

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

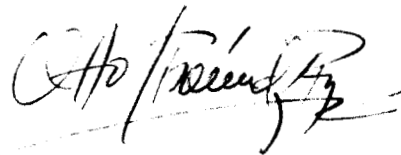
**“La Cultura Política de las élites en el
México de la Transición, elementos
para su análisis”**

T E S I N A
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA
P R E S E N T A

MIRNA MONICA SANTAMARIA BARRETO

Matricula 93227826

ASESOR: DR. OTTO FERNÁNDEZ REYES



MÉXICO, D.F.

FEBRERO DE 2001

A mi madre
Sin palabras, gracias por todo
A Mariana

DEDICATORIAS		3
INTRODUCCIÓN	225261	5
Capítulo I		10
1.1 Los conceptos y el contexto		11
1.1.1 El contexto de la estructura política: La Sociedad		11
1.1.2 ¿Qué es la política?		13
1.1.3 Apuntes sobre el estado de la política actual		14
1.2 El sistema político		19
1.2.1 Definición y Elementos Constitutivos		19
1.3 El concepto de cultura política		28
1.3.1 El concepto de cultura		28
1.3.2 Los aportes de la tradición clásica al concepto de cultura política		31
1.3.3 La nueva línea de investigación de la cultura política		43
1.4 La Teoría de las Elites		46
1.4.1 Algunas Precisiones acerca de las Elites		56
1.4.2 Estatus de la Política y de los Políticos		57
Capítulo II		59
2.1 Génesis Histórica del Sistema Político Mexicano		60
2.1.1 El Presidencialismo y el PNR		60
2.1.2 El Preámbulo para la Crisis y la Transición		70
2.2 El Corporativismo		79
2.3 La Transición		88
2.3.1 Los Marcos de la Transición		88
2.3.2 Los Movimientos Sociales y su papel en la Transición		93
2.3.3 La Transición Electoral		98
CAPITULO III		106
3.1 El nacionalismo revolucionario		114
3.2 La Cultura Política de Clase Media		124
Conclusiones		127
BIBLIOGRAFÍA		136

DEDICATORIAS

Tengo innumerables ejemplos de vida, de todos y cada uno de los seres importantes en mi vida. Agradezco de antemano a todas las personas cercanas a mi durante este ciclo que por fin cierro. Vaya una mención especial a los especiales.

A mi profesor **Otto Fernández Reyes**, cuyo rigor, entrega y voluntad, me ha afianzado la convicción, aun sin que el mismo lo sepa, de que el camino que he elegido vale la pena. Sus enseñanzas me han marcado más allá del aula, su compromiso y respeto para consigo mismo ha sido un valioso ejemplo para continuar por este sendero. Le agradezco su paciencia, su tiempo y benevolencia exigiéndome que concluyera esto, a pesar de mi propia desilusión y desidia. A ese genial ser humano va toda, toda mi admiración, respeto y gratitud.

A mi querida tía Berta, tengo una lista interminable de deudas, decir gracias resulta insuficiente para decir lo que siento por esta mujer admirable en todo sentido, por este ser que desde que tengo uso de razón se colocó a mi lado como intuyendo que me haría falta su fuerza. Con su desapego que sólo pocos suelen experimentar, me ha dado más de lo que merezco, en apoyo, en objetos pero sobre todo en amor y compañía, aun su ausencia forma parte de las presencias indispensables para no dejarme vencer.

A mis amigas, Ángeles, Iveth, Elvira y Angélica, todas tienen una parte de mi y yo tengo una parte de ustedes, su amistad me ha alentado hombro a hombro en momentos dolor y angustia, y han contemplado, festejado y han compartido de lejos mi felicidad, no tengo más que gratitud y cariño para con ustedes.

A la Dra. Abigail Cobar, que me ha ayudado a encontrar y enfrentarme con las aristas de la verdad que duerme en lo profundo de mis deseos y frustraciones. Gracias por enseñarme a aprender y a vivir de y con los destellos de esta vida breve que es pasado y es presente.

VOLENTAD
COMUNIDAD DE SERVIDORES
CARRERA DE INGENIERIA EN SISTEMAS DE INFORMACIONES

Por último, pero no menos importante a Alejandro, gracias por nuestras pláticas donde me alentabas a continuar, por el tiempo invertido en nuestras discusiones, por tus libros, tus apuntes, tus ideas, por tu apoyo a pesar de tu propia incredulidad, mil gracias. Sin tu ausencia y sin tu presencia hubiera sido imposible concluir. Con todo mi amor, esperando estar juntos siempre.

“...hasta el árbol que florece miente en el instante en que se percibe su florecer sin la sombra del espanto; hasta la más inocente admiración por lo bello se convierte en excusa de la ignominia de la existencia, cosa diferente y nada hay ya de belleza ni de consueño salvo para la mirada que, dirigiéndose al horror, lo afronta y, en conciencia no atenuada de la negatividad, afirma la posibilidad de lo mejor. La desconfianza está justificada frente a todo lo despreocupado y espontáneo, frente a todo dejarse llevar que suponga docilidad ante la prepotencia de lo existente.”

Theodor W. Adorno, *Minima Moralia*

INTRODUCCIÓN

En 1988, yo tenía 15 años y no se me permitía votar, eso no significaba gran cosa entonces, porque me resultaba de vital importancia ver como se enamoraban Pancho y Maricruz en "Quinceañera", no era yo la única persona que pensaba en ello, todas mis compañeras del CCH compartíamos esa misma afición. Pero sucesos importantes y trascendentes marcaron mi futuro, así pues, en 1988, los tambores de la conciencia retumbaron al modo marxista y Afanasiev apareció como mentor de verdades escondidas hasta entonces, las apariencias comenzaron a desmoronarse en un terremoto de preguntas y dejaron a su paso el espectáculo crudo de la realidad tal como era, y televisa paso de ser nana y educador a enemigo y objeto de represión.

La radicalización entonces se transformo en ideología y acción. Fue entonces que me enfrente a la obligada pregunta del ¿por qué?. ¿Por qué las cosas son como son y no pueden ser de otra manera?, ¿por qué hay quienes pertenecen a una clase y no a otra? ¿por qué después de tantos años se siguen reproduciendo las mismas practicas que agobian y desmoronan la cohesión social?, evidentemente, a mis 18 y aun a mis 20 años no pude encontrar respuesta a ello, así que supuse

que la sociología me abriría nuevos caminos para conocer el porque de las circunstancias que me preocupaban, así que en 1993 entre a la carrera de sociología intentando encontrar la respuesta a todo. A medida que transcurría la carrera, las preguntas no solo se hacían más confusas y complicadas sino que además presentaban variantes y aparecieron otras nuevas. Así para 1995, la posibilidad de encontrar respuestas estaban más lejos que al principio, no por que no hubiese encontrado nada sino que lo que encontraba me era insuficiente.

Por último encontré que en esta realidad que me había tocado vivir no podía dar respuesta a todas mis preguntas de golpe, así que mi entorno se vio enriquecido con seres humanos críticos que si bien no teníamos las mismas preguntas ni nos preocupaban las mismas cosas, si poseíamos en común la crítica como mentor.

¿Por que mencionar hechos tan triviales en esta introducción? por la sencilla razón de que hechos tan triviales como las telenovelas, temblores, escuela, amigos, la pareja forman parte de la vida cotidiana que nos hace ser sociales, lo que nos identifica y forma redes de cohesión o distancia. Estas experiencias en particular marcan la experiencia critica no sólo de una persona sino de una generación, la nuestra, bautizada como la de la crisis, esa que nunca ha conocido la bonanza, ni la estabilidad, ni la felicidad, ni el progreso, esa a la que han prometido que todo marchara mejor con el presidente en turno, soy de esa generación que vivió sueños rosas de "Maricruz" pensando que Ricky Martín o Chayanne bailarían en nuestra fiesta, aunque siempre e invariablemente la realidad se impuso. Esas experiencias triviales que se acumulan en una ira aparentemente sin razón, esos sueños que terminan por difuminarse y volcarse en frustraciones. En manifestaciones sociales de presión, de protesta, de rebelión, de propuestas alternativas, de contestación, es decir de interlocutor ante otro que es tangible y existe.

En 1985, aparecieron gentes comunes y corrientes, abanderando causas comunes y corrientes, con material y recursos comunes y corrientes, no son

ningunos héroes (aunque, como dice Monsivais, la acción épica es formidable), son gente que necesita un puente, que necesita transporte, que necesita seguridad, que desean democracia, y las demandas crecen y la gente que abanderaba causas comunes y corrientes para sí, se involucra en el espacio de lo político, demandando espacios, garantías y legitimidad.

Este proceso tan escuetamente mencionado, tiene en México por lo menos 15 años de vida, veinticinco años que a mi generación le ha tocado vivir, con el terremoto no solo se develó la ineptitud, sino que ese develar se hizo cotidiano y se cayó en la cuenta que pasaba mucho si se hacía notar, se aprendió a vivir con la falla pero ya no se tolera más que eso se siguiera reproduciendo. Lo trivial se volvió causa y la causa se volvió política, las frustraciones agregadas, los sueños rotos no soportaron más.

El revelar las podredumbres de la ineficacia es algo con lo que mi generación creció y con ello se hizo más cínica, por que una cosa es que las cosas se digan y otro el efecto social que ello produce, otro levantar la voz a todo lo que da y otra que esa voz sea escuchada. Otra cosa es hartarse y gritar y otra movilizarse y crear, estamos pues en una inactividad activa, seguimos inmersos en la parafernalia caudillista, en nuestra esperanza puesta en un mentor todo poderoso (llámese Fox o Marcos, llámese revolución o globalización).

La conciencia de que el otro nos da ser es lo que me llevo en gran medida a realizar este trabajo que tiene que ver con la oposición como identidad. La oposición en la estructura como marco identitario. Saber que el otro nos da ser no es sentencia, es búsqueda de lo que el otro quiere y de lo que el sujeto busca en el otro. La élite ¿qué busca?, ¿cómo lo pretende alcanzar? y ¿por qué la élite parece tener un camino diametralmente opuesto al de la masa? ¿existe la élite? ¿existe la clase?.

En ese sentido los marcos de identidad, los valores, los procesos de transición, la práctica política, en general, son elementos de suma trascendencia para entender

la compleja realidad socio-política de nuestro país. De ahí emana mi preocupación e interés que dan como resultado el presente trabajo.

Este preámbulo sólo es eso, un breve acercamiento de lo que en política se ha dado en denominar el proceso de democratización, con el consiguiente marco valorativo, y apertura de la sociedad civil. Pero ¿esa misma inquietud democratizadora se gesta también en las élites?, o bien ¿son las élites las que gestan dicho proceso?, ¿son los ciudadanos los “responsables” del curso político del sistema?, ¿qué papel juegan las élites políticas en esta compleja gama de factores que promueven y limitan la democracia? ¿la democracia es el camino que han “elegido los ciudadanos”?, ¿qué papel juegan las practicas revolucionarias en el anquilosamiento del nacionalismo, populismo y corporativismo actual?. Son demasiadas dudas y pocos los alcances obtenidos en este trabajo, sin embargo como lo dice el título, intentamos ofrecer el marco de referencia para el estudio y problematización de los procesos generados desde las élites y por las élites, en este contexto de lucha democrática institucionalizada.

En el primer capítulo, exponemos los conceptos relacionados con el tema de la cultura política en general y tratamos de vincular también las corrientes teóricas de las élites con la cultura democrática, establecemos aquí el mapa que nos guiará en la exposición de elementos relevantes del sistema político mexicano y la formación de la cultura política de élite en un contexto mexicano contradictorio. Concluimos en el tercer capítulo con los rasgos más relevantes de las élites contemporáneas, este último es sólo un acercamiento a la configuración que de la cultura de élite mexicana han realizado investigadores como Camp y Smith.

En el segundo capítulo se describe la génesis histórica del sistema político ya como la formación histórica concreta de nuestro campo de estudio. El periodo histórico que resaltamos aquí es el comprendido entre 1976 y 2000, dónde la mayor parte de los autores consultados coinciden como el inicio de la transición mexicana.

Por último en el tercer capítulo se ofrecen algunos rasgos distintivos de la élite mexicana desde, tales como el nacionalismo, la tecnocracia, el euro centrismo. Rasgos no exclusivos de la élite contemporánea como nos podremos dar cuenta, pero si una clara transformación de los fines y valores en los últimos 20 años.

El primer argumento que nos sirve de acercamiento es que las élites en México por el papel histórico que han desempeñado en la transformación y dirección de las políticas en México, han sido sumamente eficientes manteniendo el control del sistema y manteniendo depurada a la élite mediante la rotación de nuevas generaciones, que si bien han implicado rupturas no han quebrantado el proyecto económico del país.

El segundo supuesto es que en las élites políticas, por su papel protagónico, han tenido la responsabilidad de buscar y tramar la dirección idónea tanto para las mismas élites como para mantener de manera estable una ciudadanía más o menos conforme. Lo que pretendemos mostrar aquí es como la llamada democracia es una esperanza y estrategia para continuar con el mismo sistema de dominación mediante tácticas implementadas en cada componente del sistema político. Esto es, que el papel de los grupos dirigentes en México es tan fuerte hoy en día como en las épocas del caudillismo más arraigado en México.

Capítulo I

Elementos primarios en el proceso de análisis del concepto de Cultura Política de las élites

*“hoy por hoy, en política, democracia
es el nombre de lo que no podemos tener
y no podemos dejar de desear”*

Jhon Dunn

La aproximación que intentamos establecer a la cultura política de la élites del Estado moderno en México, es al esquema conceptual que nos permita adentrarnos a su análisis.

El primer punto de referencia, que más bien resulta una obviedad, es la política como estructura, en el entendido que el término estructura se aplica normalmente a aquellas pautas de poder y autoridad que caracterizan las relaciones entre gobernantes y gobernados ¹; tomando como punto de referencia dicha estructura, entremos a describir someramente los conceptos que se relacionan con la cultura política en la Política. Para ello sólo realizaremos un bosquejo general del significado de la política y posteriormente rescataremos el concepto de Sistema Político, Cultura Política y élite.

¹ Mitchell, William C., Concepto de sistema político en *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*. vol. VI pag. 22.

1.1 Los conceptos y el contexto

1.1.1 El contexto de la estructura política: La Sociedad

En este trabajo partiremos de la idea de sociedad como un sistema dinámico de acciones y relaciones sociales que mediante su propia dinámica reproductora y transformadora; vincula a las estructuras dando origen a formas sociales determinadas. Partiendo de la idea de sociedad como sistema, nos proponemos definir las estructuras que componen, según nuestro esquema, a la sociedad, esto es; acercarnos de manera somera a las estructuras, Política, Económica, Cultural e Histórica.²

El camino que nos hemos propuesto para esta tarea consiste en contestarnos tres preguntas básicas.

La primer pregunta es: ¿quien o quienes forman parte de esas estructuras?

Política	Clases, grupos, organismos políticos, sujetos sociales e individuales
Economía	Agentes económicos
Cultura	Clases, grupos, organismos.
Historia	Hechos y sucesos

La segunda es ¿bajo cuál esquema interactúan estos actores?

Política	Modelo de interacción política
Economía	Modelo de acumulación

² Hemos tomado como punto de partida para esta definición el trabajo de Alain Touraine, **Producción de la Sociedad**, UNAM-IFAL 1995; donde establece la definición de sociedad como sistema y le atribuye una serie de componentes intrínsecos. La definición que planteamos aquí toma como base ese trabajo, pero no ha sido seguida estrictamente.

Cultura	Modelo de interacción simbólica,
Historia	Modelo de Conocimiento y evaluación social

Y la última y tercer pregunta es ¿dónde se localizan estos actores que interactúan bajo determinado esquema?

Política	Campo de poder
Economía	Campo de producción
Cultura	Campo Simbólico
Historia	Campo Temporal

En este intento de esquematizar no sólo los componentes del sistema, sino también de esquematizar nuestros propios pensamientos en relación con la sociedad. Este acercamiento tiene como finalidad establecer relaciones dentro de las estructuras, lo que implicaría también una referencia obligada al resto de los componentes sociales, a la hora de realizar relaciones ínter sistémicas. En otras palabras, se trataría de encontrar las variables económicas, culturales, subjetivas, históricas, que convergen en los sucesos, hechos, procesos y coyunturas políticas.

Bajo el esquema que hemos presentado encontramos que uno de los caminos para descomponer la totalidad social, es conocer los elementos que la conforman, no solo como trabajo analítico, sino como una clarificación de las variables útiles a la hora de realizar trabajo empírico. La política entonces quedaría en este momento como una parte del sistema social, la política no es la sociedad, es una estructura, con un modelo de acción determinada y un campo de acción específico. Y, como parte, esta estructura se interrelaciona con otras partes, dando contexto y significado a las acciones que se suceden en tiempo y espacios determinados. Aunque podría parecer que la estructura

política cae subordinada por completo a la totalidad social, cabe señalar al respecto que la estructura política no es una estructura estática e inamovible, sino por el contrario, es un estructura dinámica, que, interconectada con otras estructuras y relacionada al interior con sus propios elementos, dinamiza el devenir social.

Hasta aquí las referencias estructurales de la política, pasemos pues a tratar de clarificar para este estudio las relaciones internas de la estructura política y las relaciones externas con otras estructuras, con el fin de encontrar un marco de referencia conceptual en el cual ubicar los elementos clave para este estudio: Sistema político, Régimen político, Relaciones de poder, Relaciones de clase, Clase gobernante, Élite política, Cultura política, Comportamiento político y Valores políticos, para ello intentaremos contestar nuestra primer pregunta.

1.1.2 ¿Qué es la política?

En un intento por encontrar la definición conceptual y los componentes de la política encontramos que ésta es definida la mayor parte de las veces como una esfera donde convergen, concilian y toman decisiones actores relevantes, es decir que afectan directamente la dinámica de la política, pero no solo se limita el estudio de la política a sus actores, sino también a las instituciones, a los límites y repercusiones de las acciones y a los medios (o en términos funcionalistas, los recursos) que son usados en la ejecución de las acciones para tomar decisiones de poder, en las diversas situaciones que le presenten, también el término "política" se emplea para designar la esfera de las acciones que tienen alguna relación directa o indirecta con la conquista y el ejercicio del poder último (supremo o soberano) sobre la comunidad de individuos en un territorio.³ En el primer inciso exponíamos que la política como estructura; si bien se subordina a la totalidad social, también es cierto que son las relaciones políticas, a través de su interconexión estructural quienes cohesionan la dinámica social, estableciendo el sistema de dominación y las relaciones de poder determinadas.

Así pues, en este trabajo la política será tratada de manera preponderante sobre las otras estructuras sociales; sin perder de vista la interconexión estructural, para con ello establecer las relaciones que se establezcan en determinado momento con la estructura

³ Bobbio, Norberto, **El filósofo y la Política México**, 1996, FCE. Cap. 3, pag. 135

económica, con la cultural y con la histórica. Un elemento importante para este estudio es reconocer en donde se encuentran ubicados los actores y desde que posiciones se relacionan en, con y para la política.

Para esta primer tarea analítica, decidimos acotar nuestro campo de estudio empezando por definir precisamente el campo donde se establecen las relaciones y normas más específicas de poder en un Estado: el *Sistema Político*. Tal decisión no ha sido tomada al azar sino que parte de nuestra inquietud central de estudiar la cultura política, de una manera muy general en este primer capítulo. El acercamiento en primera instancia a el sistema político nos permite hacer acotaciones en la temática que nos interesa, puesto que estudiando el sistema político encontramos herramientas que permiten un mejor acercamiento a los actores involucrados en este sistema, así como la facilidad de descubrir los medios y componentes que afectan su estabilidad y provocan su transformación o bien los elementos que le mantienen estable. También pretendemos encontrar alguna pista que nos ayude a clarificar lo que se ha dado en llamar la "crisis de la política" y "crisis política".⁴

1.1.3 Apuntes sobre el estado de la política actual

Desde la perspectiva de Norbert Lechner y Fernando Mires existen factores que pueden sintetizar los cambios que configuran el nuevo contexto de la crisis política.

El primero de ellos ***el fin del sistema bipolar***, representado por el fin del antagonismo entre el socialismo y el capitalismo con el derrumbe del muro de Berlín en 1989, con lo cual se derrumba también la dicotomía amigo- enemigo y se presenta una compleja tarea el nuevo ordenamiento de las identidades colectivas y los conflictos sociales, pues ya no se pueden reducir los "males" a lo externo ni los "bienes" a lo interno, sino que se presenta el problema de tratar de asumir nuevos papeles en la interacción de manera interna en las naciones y de prepararse para el nuevo papel mundial que la globalización exige. La trama social se trastoca y a pesar de ello, las cosas suelen funcionar sorprendentemente bien, pero no logramos interpretar el estado de cosas. Los códigos

⁴Conceptos utilizados por Nicolas Tenzer y Fernando Mires, y que serán expuestos más adelante.

interpretativos se desmigajan y, en consecuencia, percibimos la realidad como un gran desorden.⁵

El fin del sistema bipolar no ha determinado "la crisis de la política". Sólo la ha vuelto más visible, más bien se podría afirmar lo contrario: el deterioro del modo maquinal de producción, tanto en uno como en otro bloque, erosionó los fundamentos que hacían posible el orden bipolar. La revolución que puso fin al orden totalitario en el Estado comunista fue, desde esa perspectiva, sólo el anticipo del colapso generalizado producido por la revolución microelectrónica de nuestro tiempo, el que hoy se expresa, en toda su violencia, en el antiguo mundo libre. y una de sus expresiones es, precisamente al crisis de la política.⁶

El segundo factor es **el proceso de globalización y segmentación**, Lechner expone que el proceso de globalización, desde la perspectiva de los estudios de la "dependencia", no es un fenómeno externo al país, sino una completa, aunque diferenciada reestructuración social en el interior de cada país. Por esta razón este proceso no debe verse separado de un doble proceso de segmentación. Por una lado, profundiza la participación muy asimétrica de los diversos países en el nuevo sistema mundial. Por el otro, agranda las distancias en el interior de cada sociedad, siendo que América Latina ya muestra las mayores desigualdades en el mundo. Más que sociedades duales tenemos sociedades fragmentadas en las que resulta difícil conformar aquella "comunidad de ciudadanos" que propone la democracia.⁷

El tercer factor, **auge de la sociedad de mercado y reorganización del Estado**, donde los procesos de globalización aceleran la modernización de las sociedades latinoamericanas a un grado tal de diferenciación y complejidad que el Estado encuentra dificultades crecientes para representar y regular la diversidad de los procesos sociales. Las dinámicas se desplazan así del Estado al mercado como la nueva instancia de coordinación de la vida social.⁸ Según Lechner en los últimos años, la economía

⁵ Lechner, Norbert, "Las transformaciones de la política" en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, vol 58, núm 1, enero- marzo, 1996. pag 4

⁶ Mires, Fernando, **La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad: la revolución feminista, la revolución ecológica, la revolución política, la revolución paradigmática**, Ed. Nueva Sociedad, Venezuela 1996. pag. 123.

⁷ idem. pag. 5

⁸ idem.

capitalista de mercado se ha incorporado a la dinámica política no solo desregulándose de los anteriores controles sino que ahora regula la acción política por intermedio de variables macroeconómicas, mediante el proceso de consolidación de una verdadera "sociedad de mercado" con nuevas actitudes, conductas y expectativas. Van surgiendo, al menos en el mundo urbano, una nueva sociabilidad y nuevos imaginarios colectivos que debilitan la referencia al Estado y a la política como destinatarios de las demandas sociales. Las modalidades anteriores de representación política se vuelven aun más precarias, sin que cristalicen nuevas formas organizativas. Por consiguiente, las dinámicas del desarrollo adquieren el aire de fenómenos naturales. Ello señala la fase actual de modernización: la gente interioriza las exigencias de eficiencia, productividad y competitividad al mismo tiempo que rehúsa toda adhesión a dicha lógica. De este modo, la sociedad de mercado opera efectivamente, pero sin un marco valorico - normativo que lo legitime.⁹

El cuarto factor enunciado por Lechner es *el nuevo clima cultural*, donde señala algunos de los rasgos principales de lo que se ha dado en llamar la "cultura posmoderna". En primer lugar señala la aceleración del tiempo, donde no parece existir otro tiempo que el presente, y que por su misma dinámica remite a un aspecto que por su naturaleza misma es fugaz y símbolo del presente: el predominio de la imagen, que trae consigo el predominio de su sobre valoración y por ende es dejada de lado la argumentación discursiva; el contenido es reemplazado por la forma simple y llana. Lo que implica el proceso es una banalización de la política.

Asistimos, en efecto a una nueva ola de secularización que desdramatiza la cuestión del sentido (o falta de sentido) y que despoja a la política del aura cuasi religiosa que podía tener como gesta nacional o proyecto histórico. El consumo desechable nos habitúa a lo trivial y el realismo desganado de "más de lo mismo". Ese minimalismo de expectativas permite cultivar las diferencias, los signos de distinción, los (re) sentimientos de la pequeña tribu, a tal punto que la noción misma de sociedad tiende a desaparecer.¹⁰ Por último, *la democracia*. Lechner señala que si bien este régimen se ha erigido en países importantes del mundo y por tanto a adquirido una supremacía casi hegemónica, ahora nos encontramos con una serie de dificultades para su implantación en sociedades

⁹ idem pag. 6

¹⁰ idem. pag. 6

relativamente jóvenes con respecto a la experiencia democrática. En conclusión lo que Lechner sugiere es una redefinición de la democracia misma, dependiendo del nuevo contexto que vive la política y las naciones en sus desarrollo interno en relación con su papel internacional.

Así pues, nos encontramos en un contexto que bien podríamos definir de transición en los fines y en los medios que se persiguen no digamos solo como país, sino como grupos, como instituciones, como individuos, etc.; es decir, en cada uno de los roles que una sociedad fragmentada puede gestar, asistimos pues, a una redefinición de las formas y de los contenidos que involucran invariablemente a la vida política, y a la política misma, en este sentido, Lechner nos resulta importante por que ofrece un panorama sucinto de lo que sucede en el contexto que afecta esta dinámica.

La aportación de Lechner a este trabajo se resume en lo siguiente, la fragmentación de la que habla no pueden verse desde la perspectiva del fin del conflicto social, evidentemente los mecanismos de inter relación son otros pero no nos atrevemos a hablar de un cambio radical sino de una transformación de los mismos. El elemento más importante es el referente a el proceso de globalización y segmentación, coincidimos con el autor en señalar que el proceso de globalización más que ser una ficción es una realidad que se objetiviza de distintas maneras tanto en el ámbito de la política, la economía, como en el de la cultura, las relaciones de trabajo y los métodos de operar del sistema. Cuando Lechner se refiere a la reorganización del Estado y dice que la sociedad de mercado produce una nueva sociabilidad y nuevos imaginarios colectivos que debilitan la referencia al Estado y a la política como destinatarios de las demandas sociales, estamos parcialmente de acuerdo, porque la valoración del Estado como instancia última de decisión y como instancia último de operación de funciones pertenece a la idea de un sistema integrado en el contexto del sistema mundial.

Por una parte coincidimos en que el papel del Estado y en general el papel de la política han sufrido un proceso de disgregación en sus funciones y alcances, pero no podemos asegurar que el papel del Estado haya sido o tenga que ser el de desaparecer de la escena social, ni tampoco que las funciones del Estado y del gobierno hayan quedado suplantadas por la estructura del mercado. Si bien por una parte la dinámica del mercado ha cobrado una fuerza impresionante, y al parecer las dinámicas sociales se han

interpelado por está, es erróneo pensar en que la dinámica del mercado tenga la facultad de desaparecer la dinámica política, por una simple razón, las relaciones política se establecen a partir de relaciones de poder de (decisión) gobierno. En cambio las relaciones de mercado se fundamentan en relaciones de poder de adquisición.

Esto es, pensamos que en la dinámica política el desarrollo de las relaciones se fundamenta la permanencia de un mínimo de orden (jerarquías, estatutos, decisionarios, delegantes, ejecutantes), el mercado por el contrario no se basa en el poder *per se* sino el poder que da la apariencia de poder. En conclusión distinguimos aquí dos lógicas, la primera, política, donde se establecen relaciones de poder de gobierno objetivo y efectivo, la segunda la de mercado donde se establecen relaciones de poder económico y de competencia. Por último nos hacemos una pregunta, ¿si el Estado y la política ya no son los destinatarios de las demandas sociales, entonces, quienes se ocupan de toda la gama política de una sistema, de una nación o de la política mundial?

La aportación más importante, es pues, la visión de contexto que proporciona Lechner, es decir la dinámica nacional desde una perspectiva exógena y la dinámica internacional desde una perspectiva endógena. Como hemos mencionado ya, aquí lo que nos interesa no es un debate sobre la redefinición de la política, que sin duda es interesante, lo que intentamos es ver de que forma un contexto actual globalizado, disgregado, tiene todavía la necesidad de un orden político que lo regule y lo legitime y como para ello el estudio de los sistemas políticos es fundamental. Por último, Lechner utiliza esta caracterización del contexto para abordar las nuevas formas de la política lo cuál hace a través de tres rasgos: el descentramiento de la política, la informalización de la política y la reestructuración de lo público y lo privado. Lo que intentaremos hacer aquí es descubrir que tan útil resulta este contexto en la nueva relación que se ha establecido entre la sociedad y el Estado en el supuesto de que se hayan establecido nuevos papeles y posiciones de poder.

1.2 El sistema político

1.2.1 Definición y Elementos Constitutivos

Para decidir inteligentemente si un sistema político necesita cambio, y en que sentido, debemos saber cómo funciona; debemos saber si produce los resultados que queremos, y cuán eficazmente los produce. Si sabemos analizar el funcionamiento de los sistemas políticos y de la maquinaria gubernamental, nos mostraremos menos ingenuos e irreflexivos acerca de la política. ¹¹

El primer concepto dificultoso, por la diversidad de enfoques que lo analizan; para este estudio es el de Sistema político, el primer acercamiento a este concepto lo hacemos de manera formal citando la definición de base Parsoniana dada por Mitchell, en la Enciclopedia de las Ciencias Sociales. Desde la perspectiva de los sistemas, se tienden a considerar sociedades y otros grupos sociales como entidades relativamente permanentes que operan en sistemas globales en los que están inmersos. Se denominan sistemas a estas entidades en cuanto son conjuntos de elementos o variables interdependientes, susceptibles de identificación y medición.

La función principal de los sistemas políticos, es la de seleccionar los fines colectivos movilizandolos recursos necesarios para su logro, así como la adopción de las decisiones sociales. La preocupación principal es la definir los elementos que conforman la estructura interna de los sistemas políticos. El término estructura se aplica normalmente a aquellas pautas de poder y autoridad que caracterizan las relaciones entre gobernantes y gobernados, relaciones relativamente estables y por tanto relativamente pronosticables. ¹²

La unidad de análisis para estas relaciones de poder es normalmente *el papel*. Los papeles de poder y autoridad se hallan directamente relacionados, con la adquisición, mantenimiento y ejercicio del poder, y constituyen, por tanto, la base de toda comunidad política. Los papeles políticos guardan relación con el proceso de adopción de decisiones en nombre de la sociedad, así como con la realización de los actos necesarios para la

¹¹ Deutsch, Karl W., **Política y Gobierno**, México 1993, Fondo de Cultura Económica, Pag. 229.

¹² Mitchell, William C., Concepto de sistema político en *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, vol. VI pag. 22.

ejecución de dichas decisiones y la asignación de los bienes y costes. El conjunto de estos papeles y comportamiento consiguiente constituyen el sistema político. (recursos, acciones y actores)

Los politólogos han utilizado una serie de conceptos e instrumentos a fin de caracterizar y diferenciar las estructuras. Tradicionalmente, la base fundamental de clasificación ha sido la distribución de poder entre los miembros del sistema, pero este método unidimensional ha resultado inadecuado para la descripción de los sistemas políticos, hasta el punto que incluso una exposición fidedigna de la distribución del poder constituye una base insuficiente de comparación entre sistemas políticos.¹³

De aquí que los analistas idearan conjuntos más complejos de variables, y al mismo tiempo insistieran en que debían ser medibles. Parsons ha propuesto una serie de conceptos, denominados variables - pauta.

Han sugerido de la misma forma dimensiones básicas del sistema político:

- 1) Grado de diferenciación
- 2) Grado en que el sistema está manifiesto o visible.
- 3) Estabilidad de las funciones de una serie de papeles.
- 4) Distribución de poder.
- 5) Sustituibilidad de papeles.

Mediante el análisis de los límites del sistema se intenta determinar los miembros del sistema, y las unidades de acción, analíticamente diferentes, que caracterizan el sistema. En el primer caso, se hace referencia a quienes son considerados de hecho como miembros formales, o ciudadanos. En segundo caso se trata de las acciones que intervienen en la configuración del sistema político de comportamiento, no en función de los individuos concretos, sino de los sectores de su comportamiento políticamente relevantes. Con esto estamos asignando arbitrariamente límites al sistema político.¹⁴

Aun cuando estos estudios otorgan énfasis diferentes a las categorías insumo - producto, todos, sin embargo, establecen como premisa la idea general del sistema político como un sistema preservador de límites, interdependiente y equilibrado. La segunda definición

¹³ *Ibid.* Pag. 723

¹⁴ *ibid.* Pag. 723

que encontramos es la expuesta por Guiliani Urbani, contenida en el diccionario de Ciencia Política de Bobbio, donde se dice que el sistema político se refiere a cualquier conjunto de instituciones, de grupos y de procesos políticos caracterizados por un cierto grado de interdependencia recíproca.

El autor nos señala siete requisitos para el abordaje en el estudio del sistema:

1. Es necesario partir de una definición de política en condiciones de tomar y disfrutar plenamente la potencialidad analítica implícita en la acepción de sistema.
2. Señalar los confines del sistema. El ambiente del sistema político puede ser definido por el conjunto de los fenómenos sociales potencialmente relevantes para la vida del sistema, y su límite puede ser definido como el umbral, sobrepasado el cual un fenómeno social deviene relevante para la política.
3. Las relaciones que median entre el sistema y su ambiente son señaladas y precisadas agregando la miríada de posibles relaciones de conceptos como entrada, salida y retroalimentación
4. El sistema se descompone en otras tantas partes capaces de agregar significativamente los más variados y heterogéneos fenómenos políticos en un número relativamente bajo de componentes recíprocamente relacionadas.
5. Una vez individualizadas las partes del sistema quedan todavía por definir las relaciones que hacen posible (y favorecen) la recíproca coexistencia. En el caso del sistema político gran parte de estas relaciones pueden ser individualizadas a través de los conceptos de función y sintaxis sistémica.
6. Para estudiar aisladamente las partes (o grupo de partes) de un sistema político es necesario referirse a la noción de *subsistema*. A la consideración de un subsistema se aplican las mismas propiedades analíticas de una sistema, excepto uno: no puede ser considerado con autonomía absoluta respecto a su ambiente externo, desde el momento en que su ambiente externo ésta dado por el sistema mismo.
7. Para observar la dinámica de un sistema es necesario considerar el modo, la dirección y la intensidad con que sus rasgos específicos cambian en el tiempo. Sin embargo es claro que entre los posibles cambios políticos, no todos interesan a un sistema visto en su conjunto.

La tercera aportación importante, que al principio más bien nos sirve de trampolín entre las diversas teorías ocupadas del sistema político; es el análisis de Alcántara Saez. En este trabajo se nos ofrece una definición del sistema político, que resulta sumamente útil en este estudio, puesto que señala la importancia de la cultura como una de las partes más importantes en la conformación de éste. En su Libro "Gobernabilidad Crisis y Cambio" señala que para el estudio de la gobernabilidad, la unidad de análisis es el sistema político, ambos conceptos apenas tendrían que ver, en principio, con la forma política existente que definiera las reglas de funcionamiento del régimen político y las relaciones de sus instituciones más relevantes con la sociedad civil.

En consecuencia, una hipótesis fundamental será que la gobernabilidad quedará aquí asegurada en la medida en que un Gobierno pueda simultáneamente mantener la legitimidad y promover el desarrollo socioeconómico. En este sentido, al plantearse las dimensiones subyacentes a la problemática de la gobernabilidad en América Latina, Alcántara señala que éstas no son otras que "el fortalecimiento de la legitimidad del sistema político" y de las instituciones estatales; y el desarrollo de la eficacia de las políticas públicas diseñadas e instrumentadas por el Estado.¹⁵

Según Alcántara de los elementos conceptuales recientemente abordados puede deducirse en términos de Nohlen, que desde la perspectiva de la gobernabilidad, "son la funcionalidad y la capacidad de logro del sistema político y de sus partes, así como del sistema electoral, las que se ponen en el centro de la atención". Indudablemente estos componentes del sistema político tienen su razón de ser, sin embargo pensamos que en el sistema político no debiera girar la dinámica en torno a uno solo o a dos de los elementos del sistema político. Alcántara Saez, nos ofrece un detallado seguimiento de lo que han sido las teorías encargadas del estudio del sistema político, el primer recorrido lo hace a través de los análisis funcionalistas desarrollados por Easton y Merton, parten de la aceptación que la vida política deber entenderse como un todo orgánico en el que se produzca una interacción entre las distintas partes, de manera que las acciones de estado se explican por las funciones que llevan a cabo para la estabilidad o supervivencia del sistema político en su totalidad. La teoría de sistemas (Almond y Powell, 1966) derivada de esta percepción, explica generalmente la puesta en marcha de diferentes políticas

¹⁵ Alcántara, Saez, Manuel, **Gobernabilidad, Crisis y Cambio**, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994, pag.46

como el requisito de la realización de funciones para el mantenimiento de un sistema político y económico dado, de forma que todo interactúa con imperativos sistémicos superordenados. De esta manera, se sugiere a menudo que las políticas económicas se persiguen para asegurar la ejecución de dos funciones en particular el funcionalismo no tiene en cuenta el contexto internacional y la manera en que los componentes de un sistema político pueden ser afectados por factores exógenos que, irónicamente, a su vez llegan a interactuar de forma sistémica como integrantes de una unidad mayor.¹⁶

Las teorías estatistas o estado céntricas argumentan que la política no es una reacción primaria a la presión de los grupos sociales interesados. Por el contrario, sugieren que el Estado debería contemplarse como algo mucho más autónomo de la presión societal de lo que podría imaginarse en un principio. Si bien desde similares posiciones teóricas se ha llamado la atención acerca del rol del estudio de la acción del Estado en cuanto a su capacidad en perpetuar su poder y en sobre estimar su eficacia.¹⁷

La cuestión es que esta primacía del Estado retrotrae el problema a todo lo ya indicado con respecto a la teoría de sistemas, tendiéndose a confundir al Estado con el sistema político. Además, el Estado es una variable interviniente que modela, pero también es modelado, por las fuerzas sociales. Por otra parte, decir que la política es el producto de la acción del Estado, sea en el interés público o no, es a duras penas una explicación. Complementariamente, la actuación del Estado en nombre del "interés nacional" de acuerdo con Huntington comporta un término demasiado nebuloso para predecir los resultados de las políticas desarrolladas con un mínimo grado de precisión. En términos de la gobernabilidad, resultaría que esta solamente se encontraría en función de las decisiones estatales sin considerar ni las referencias sociales citadas ni el escenario internacional.¹⁸

La convicción de que del equilibrio entre el Estado y la sociedad civil depende en gran medida el buen gobierno democrático de cada país, y por ende, la gobernabilidad de un sistema, conduce a la búsqueda de un modelo de análisis que integre ambos escenarios. La aproximación institucional a las relaciones Estado - Sociedad descansa en la

¹⁶ *idem.* pag. 44-45

¹⁷ *idem* pg. 46.

¹⁸ *idem* pg. 46.

superación del tradicional estudio formal de las instituciones que durante la primera mitad de este siglo constituyó el núcleo fundamental objeto de la Ciencia Política. Ya la escuela institucionalista francesa encabezada por Hauriou y Renard había enfatizado la necesaria distinción entre lo que denominaban las "instituciones cuerpo" (instituciones organismo) que correspondían a una colectividad humana, unida por una ideología o una necesidad común y sometida a una autoridad reconocida así como a reglas fijas; y las "instituciones cosas" (instituciones mecanismos) que se trataban de un complejo humano jurídicamente estructurado, sino de un sistema de reglas de derecho que formaban un conjunto mecánico susceptible de combinarse con otras.¹⁹

La última corriente expuesta por Alcántara Saez es el institucionalismo que nos dice se centra en la consideración del papel de las instituciones localizadas en el seno de la sociedad y de la economía, y también de las redes organizativas menos formales, en la determinación de la política. Las instituciones quedan referidas aquí a las organizaciones y procedimientos que han llegado a ser aceptados por una sociedad adquiriendo así valor y estabilidad. Después de presentar las tradiciones teóricas que han estudiado el sistema político desde diversos puntos de vista Alcántara define al sistema político como al conjunto conformado por los siguientes elementos cuyo significado y contenido ontológico no es obviamente paralelo: En primer lugar, lo integran los elementos institucionales (a cuya expresión formalizada aquí se le denomina régimen político) que representan los poderes políticos y sus reglas de interacción para consigo mismo y para con la sociedad, pero también a las normas, escritas o consuetudinarias, que hacen relación a las formas de tenencia de propiedad, a su transmisión, a su enajenación y a sus constricciones. En segundo término, los actores institucionalizados en que la sociedad se organiza ya sea de manera activa o pasiva, para transmitir sus demandas, influir y modificar en mayor o en menor medida en las decisiones del gobierno. En tercer lugar, los valores de los individuos y de los grupos sociales que componen la sociedad en cuanto a la comprensión de la actividad política se refiere, derivados tanto elementos estrictamente culturales como de experiencias históricas. Finalmente, debe señalarse que la existencia del sistema político "de carácter nacional" se encuentra inmersa en el entramado internacional, del cuál puede recibir influencias bien sea como consecuencia de la

¹⁹ *Idem.* pag.50

actuación de otros sistemas políticos de carácter nacional, bien como resultado de acciones del propio sistema internacional.²⁰

Una cuarta aportación importante para este estudio, por ser la definición empleada en el estudio pionero de la cultura política; es el concepto de sistema político empleado por Almond y Verba, y por medio de la cuál involucran las actitudes de los sujetos ante y por el sistema político.

Al tratar los elementos componentes del sistema político, distinguen en primer lugar, tres amplias categorías de objetos:

1. Los roles o estructuras específicas, tales como cuerpos legislativos, ejecutivos o burocráticos
2. Los incumbentes a dichos roles como son monarcas, legisladores y administrativos.
3. Principios de gobierno, decisiones o imposiciones de decisiones, públicas y específicas. Estas estructuras incumbentes de roles y decisiones, pueden clasificarse a su vez de modo más amplio, teniendo en cuenta si están conectadas al proceso político input o al proceso administrativo output.

Por proceso político entendemos la corriente de demandas que va de la sociedad al sistema político y la conversión de dichas demandas en principios gubernativos de autoridad. Algunas de las estructuras incluidas de un modo predominante en el proceso político, son los partidos políticos, los grupos de interés y los medios de comunicación. Por proceso administrativo entendemos aquel mediante el cuál son aplicados o impuestos los principios de autoridad del gobierno. Las estructuras predominante implicadas en este proceso, incluirían las burocracias y los tribunales de justicia.²¹

La quinta aportación al esclarecimiento del concepto de sistema político es el formulado por Deutsch, quien expone que los sistemas políticos se componen de unidades políticas y están conectados principalmente por procesos políticos. Podemos tratar de analizar cada sistema y ver como funciona, como se producen sus resultados y como se pueden

²⁰ *idem.* pag.53

²¹ Almond Gabriel A. y Verba Sidney, **La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones**, EUROAMERICA. Madrid, España, 1970. Pag. 32

cambiar.²² Las anteriores cinco exposiciones acerca del sistema político nos permiten de manera muy esquemática, formular un concepto que puede ser útil al presente estudio.

Por un lado nos encontramos que las definiciones de corte sistémico, hacen una referencia obligada a los componentes formales y permanentes del sistema como son las instituciones, los papeles de autoridad, y los recursos empleados en la ejecución de las decisiones, lo cuál les permite una disgregación de los elementos para analizar el sistema por partes. Los análisis de sistemas en la política, tienen para este estudio, una ventaja, en primera instancia permite de manera relativamente sencilla identificar los componentes del sistema político, esto es, cuales son las instituciones, estructuras y papeles políticos relevantes en la dinámica política.

También encontramos que la perspectiva de sistemas permite la identificación de canales de interrelación de los componentes del sistema político esto es que aquellos componentes más importantes en la escena política tienden a permanecer por un periodo de tiempo favorable para identificarlos y estudiarlos en sus contextos.

La dificultad que ofrecen es que en un contexto de transición política, el análisis de sistemas remite exclusivamente a estudiar a sus componentes como partes orgánicas que pretenden la estabilidad y permanencia del sistema. Por tanto en tales contextos el análisis de sistemas representa algunas dificultades. Por otra parte Urbani, señala algunos componentes de gran importancia, en primera instancia nos hace referencia a delimitar los alcances del sistema; identificar las partes y definir las relaciones que favorecen la reciproca coexistencia; también nos dice que para estudiar aisladamente las partes del sistema político es necesario referirse a la noción de *subsistema*. Por último Alcántara señala en su concepto los valores de los individuos y de los grupos que componen la sociedad, derivados de experiencias históricas. Por un lado encontramos a quienes señalan los componentes del sistema como un todo orgánico, y por ello aportan más al *como* abordar el sistema político, las otras corrientes ofrecen un intento de bosquejar los elementos que lo constituyen. El concepto empleado por Almond y Verba, evidentemente refleja el intento metodológico por operativizar el concepto de sistema

²² Deutsch, Karl W., **Política y Gobierno**, México 1993. Fondo de Cultura Económica, Pag. 230.

político, pero también ofrece un instrumento lógico para reunir sumariamente los aspectos culturales de los sistemas políticos.²³

En el presente estudio nos interesa tener una visión de sistema político por que partimos de la idea que la cultura política es un elemento intrínseco de este, los cambios que tienen su origen en un proceso de cultura política, afectan el sistema político. Como se ha dicho existen canales que comunican el sistema político con el resto del sistema social. Así pues encontramos que el sistema político se forma por elementos de carácter casi permanente, es decir sus elementos no son, ni con todo invariablemente permanentes. Lo que marca la permanencia del sistema es el régimen político, y éste marca, como parte del sistema político; las reglas institucionales que permiten la convivencia entre los actores que encarnan los papeles de poder. Basándonos en la teoría de sistemas no podemos desligar el sistema político del sistema social en su conjunto, y nos es de gran utilidad el no hacerlo por que, logramos establecer la relación que existe entre éste y los demás sistemas, esto es, que tomamos el concepto de cultura política como la parte que da cohesión a los elementos del sistema.

En primera instancia encontramos que la cultura política hace referencia a la posición (sea cual sea está) que toman los individuos respecto de los actores, acciones y recursos empleados en la toma de decisiones del sistema político. El sistema aparece entonces por una lado como objeto de representaciones, juicios, valoraciones, posiciones, actitudes, significaciones; y por otro lado aparece como sujeto, es decir, en tanto el régimen político establece los papeles principales de decisión política, que por lo regular en los sistemas Latino americanos aparecen encarnados por personajes; estos mismos personajes tienen, por una lado, representaciones de su papel protagónico en la esfera política, es decir, una representación de ellos como elementos constitutivos del sistema, y por el otro, como evaluadores del sistema, es decir desde dentro del sistema (como parte fundamental de este) se toma una posición valorativa y significativa, desde fuera se toma otra posición valorativa y significativa.

Después de lo anterior nos atrevemos a bosquejar un intento por conceptualizar el sistema político entendiendo por este el conjunto de instituciones formales (entra aquí la noción de

²³ Almond Gabriel A. y Verba Sidney, **La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones**, EUROAMERICA, Madrid, España, 1970. Pag. 54

subsistema, por lo cuál entendemos: el sistema electoral, de partidos, etc.); es decir, estructuras políticas permanentes que no tienen carácter meramente coyuntural y que existen de acuerdo con el régimen político actual; por otro lado las instituciones informales de incidencia política cuya acción involucra cambios e innovaciones en la estructura misma del sistema; los actores que encarnan los papeles de dirección política principal, y los actores institucionales de igual incidencia política (personajes, grupos, partidos etc.) y las reglas, normas, valores y significados que, por una parte, **se construyen en relación** con a todo el sistema político y por la otra los valores reglas y significados **que constituyen parte** de los miembros del sistema político e todos los miembros del sistema político.

De esta manera queda entonces que la cultura política tiene que ver inmediatamente con el sistema político y específicamente las reglas y valores con las cuales interactúan los miembros que pertenecen a él y a quienes afecta. La vemos pues, como un proceso que forma parte del sistema político. ,sostenemos que, la cultura política funciona, figurativamente, como una especie de engrudo social que une, da cohesión y significación a los procesos que se desarrollan en el sistema político. Pasemos pues a exponer lo que se entiende por cultura política

1.3 El concepto de cultura política

1.3.1 El concepto de cultura

Tratar el problema de la “cultura” en sociología, y en especial en la sociología política, requiere hacer una revisión general sobre los elementos principales que implica dicho concepto.

*La primera aproximación a este concepto nos arroja que es sumamente abstracto, y por lo tanto, susceptible a diversos usos en la investigación social. En particular, no podemos entender aquí por cultura las producciones materiales e intelectuales de profesionales que se especializan en un ámbito específico. Aunque e concepto de cultura que aquí La antropología brinda un modo de concebir la cultura diferente al de considerarla como producción “especializada”: la cultura sería todo aquello que realizan los seres humanos y que crea la identidad de un grupo social. El concepto es bastante abstracto pero refleja, por lo menos, ya algo esencial: los seres humanos realizan su actividad siempre en un

ámbito cultural, la acción humana, es eminentemente cultural y política. En este sentido la cultura se presenta como espacio y producción: espacio, porque la cultura configura el lugar de donde los seres humanos, se relacionan, producción, porque la cultura se expresa en producciones materiales e intelectuales. Pero en este nivel el concepto es poco útil. Quizá nos acerquemos un poco más en nuestras intenciones, si nos preguntamos más por la cultura el sí por sus efectos: la identidad de un grupo social. Esté interés por la identidad de grupos sociales que puede adquirir diferentes énfasis entre la antropología y la sociología.

Las aportaciones de Juan Luis Sariego al estudio de la cultura obrera nos ofrecen un ejemplo de como la antropología aborda la problemática de las identidades. Sariego hace referencia en la diferencia de los grupos sociales frente a la sociedad global, y a privilegiar lo que es específicamente cultural de ese grupo social, es decir a privilegiar lo que endógenamente hace en el terreno cultural ese grupo social. La perspectiva es clásica de los estudios indigenistas. Pero otra perspectiva, que emparenta a otras corrientes antropológicas con la sociología, haría énfasis en la identidad como punto a partir del cuál se establecen relaciones sociales entre el grupo social constituido y la sociedad global, es decir un énfasis en la interacción. Y esos grupos sociales que constituyen identidades a través de factores culturales no sólo son o pueden ser grupos étnicos o raciales, sino que también se incluyen, clases sociales, movimientos sociales, etc., conceptos más sociológicos.

De manera que la cultura es un concepto abstracto y evanescente, que designa, en realidad la totalidad de lo específicamente humano. Así pues, nunca tocamos u observamos la cultura en sí, sino que tenemos **expresiones** de la cultura concreciones de ella, en términos de producciones culturales resultados de la interacción social: ritos, productos materiales, tradiciones, sistemas de valores, lenguajes, normas, etc. A su vez estas producciones configuran un espacio en el cual se dan las relaciones sociales, es decir, prescriben lo factible o no, lo permitido o no, de las acciones que pueden llevar a cabo los sujetos que se ubiquen en ese espacio.

En el terreno de la sociología, las expresiones y el espacio que configuran la cultura permiten la creación de identidades sociales colectivas, de sujetos sociales. Una identidad social se da, cuando un cierto número de sujetos comparten o son obligado a compartir

las expresiones y el espacio creado por la cultura, a partir de ahí se relacionan con otros sujetos sociales, sin perder su propia identidad. A nuestro modo de ver esto tiene que ver con factores de tipo histórico - social y emparentados con ellos factores de tipo teórico. El optimismo provocado por esa efervescencia política, expresada en el terreno del trabajo por la insurgencia sindical, creó optimismo teórico con respecto a las posibilidades explicativas del marxismo, y ello a su vez llevó a un optimismo con respecto a las posibilidades de transformación política. De modo general, las características de la investigación sociológica en México en esa época eran:

- Un interés primordial por los procesos macros como variable explicativa de lo social.
- El supuesto de la transitoriedad de la sociedad capitalista en México.
- Concentración de la atención en grupos sociales altamente institucionalizados: partidos políticos, sindicatos, etc. como ejes ordenadores de la acción colectiva, entendido esencialmente como lucha de clases.

La visión de que el que hacer sociológico era cumplir un compromiso político.²⁴

Así pues por lo menos en el espacio de la acción colectiva, la situación mexicana de la sociología se haya dominada por la sensación de fragmentación de identidades políticas que se creían más o menos homogéneas como la clase social.

El problema se sitúa entonces en no suponer que existen identidades pre constituidas en un nivel estructural (como lo hacía el marxismo ortodoxo) sino preguntarse a cerca de los procesos mismos que llevan a la constitución de una identidad socio - política. La cultura, en este contexto de cambio, aparece precisamente como uno de esos espacios de intermediación entre lo individual y lo colectivo que nos permiten comprender la forma en que entre los individuos se llevan a cabo los procesos de identidad. En esté sentido el interés por la cultura en la sociología se aleja del interés antropológico, en la medida en que en el estudio de las identidades no se privilegia la separación entre el grupo y la sociedad global, sino que se intenta observar como las identidades colectivas intervienen en el sistema político global.

²⁴ Cfr. , L. girola Molina y M. Olvera Serrano, "Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años", en *Sociológica*, No. 24, enero-abril 1994, México, pp. 98-105.

Así pues en la sociología mexicana, el uso de concepto de cultura tiene como fin rastrear, a través de una revisión historizada, las potencialidades políticas de sujetos constituidos a través de un proceso identificatorio.

225261

1.3.2 Los aportes de la tradición clásica al concepto de cultura política

El primer texto que encontramos al hacer recorrido bibliográfico sobre los aportes al estudio de la cultura política, es el texto de Almond y Verba: **La Cultura Cívica**, este texto ya clásico en el estudio de la cultura política establece no solo una primera aportación al esclarecimiento del concepto mismo, sino también es un intento empírico de **como** estudiar la cultura política en América Latina. Al inicio del texto los autores establecen que es un estudio sobre la cultura política de la democracia y de las estructuras y procesos sociales que la sostienen. La fe de la ilustración en el inevitable triunfo de la razón y de la libertad y el hombre ha sido sacudida por dos veces en las últimas décadas. El desarrollo del fascismo y del comunismo después de la primera guerra mundial suscitó serias dudas sobre la inevitabilidad de la democracia en Occidente.²⁵

Continúan exponiendo que lo problemático en el contenido de la cultura mundial, (de posguerra) es su carácter político. Mientras que el movimiento, en el sentido tecnológico y de racionalidad organizadora, presenta gran uniformidad en todo el mundo, la dirección del cambio político es menos clara. Pero es posible discernir un aspecto en esta nueva cultura política mundial: será una nueva cultura política de participación. En todas las naciones jóvenes del mundo se halla difundida ampliamente la creencia de que el individuo corriente es políticamente importante de que debe ser un miembro activo del sistema político. Grandes grupos de personas que han estado apartadas de la política, solicitan su ingreso a la misma. Y son raros los dirigentes políticos que no se profesan solidarios con esta meta. Aunque esta próxima cultura política mundial aparece dominada por la explosión de la participación no se sabe cuál va a ser el modo de dicha participación. Las naciones nuevas se ven confrontadas con dos diferentes modelos de Estado moderno de participación: el democrático y el totalitario. Ambos modos tienen sus

²⁵ Almond Gabriel A. y Verba Sidney, **La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones**, EUROAMERICA, Madrid, España, 1970. Pag. 19

atractivos para las naciones jóvenes, y no puede predecirse cuál vencerá si es que no surge una nueva combinación de los dos.²⁶

La definición que acabamos de exponer hace referencia a un contexto específico, el contexto mundial de posguerra, una posición de base parsoniana y tendencia sistémica. La relación que se establece entre la cultura política y el sistema político, es una relación reciproca de corte conductista, es decir, el sistema político funciona como una especie de objeto - estímulo que provoca diversas actitudes en el sujeto - respuesta. Por tal motivo su aseveración acerca de que una forma democrática del sistema político de participación requiere igualmente una cultura política coordinada con ella.

Cuando los autores tratan el problema de las culturas políticas en sociedades democráticas hacen una comparación de las formas modernas de sistema político y las formas tradicionales de sistema político. En estas últimas se presenta una cierta ambivalencia entre las dinámicas internas y externas de las naciones por una parte la fascinación por la ciencia y la tecnología y atraídos hacia un impaciente sistema político tecnocrático como medio de alcanzar las cosas nuevas de este mundo, y al mismo tiempo dicen los autores, son hijos de sus propias culturas tradicionales y preferirían tratar con consideración a tales culturas, si les dejaran esa opción.

Según Almond y Verba la respuesta a tal ambivalencia es la Cultura Cívica, pues no es una cultura moderna sino una mezcla de lo tradicional con la modernización, el contenido que le confieren a esta cultura cívica, esta cultura esta basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de consensos y diversidad, una cultura que permitía el cambio pero también lo moderaba.

Almod y Verba exponen en su estudio exponen las dos razones principales del empleo de cultura política al tiempo que lo definen, por una lado señalan que la cultura política se refiere a orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes con relación al rol de uno mismo dentro del sistema. Es un conjunto de orientaciones con relación al sistema especial de objetos y

²⁶ Almond Gabriel A. y Verba Sidney, **La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones**, EUROAMERICA. Madrid, España, 1970. Pag. 20

procesos sociales,²⁷ más adelante se delimita en concepto quedando que es la orientación psicológica hacia objetos sociales.

Al abordar el concepto en su acepción más amplia, es decir, la cultura política de una nación señalan que consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de dicha nación.

La orientación se refiere a los aspectos internalizados de objetos y relaciones. Incluye:

1. Orientación cognitiva, es decir conocimientos y creencias del sistema político de sus roles y de los incumbentes de dichos roles de sus aspectos políticos.
2. Orientación afectiva o sentimientos acerca del sistema político, sus roles, personal y logros.
3. Orientación evaluativa, los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los sentimientos.

La tipificación que ofrecen de la cultura política, se constituye por la frecuencia de diferentes especies de orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas.

- I. Pero las orientaciones respecto a objetos específicamente políticos y hacia uno mismo como participante se aproxima a cero. El súbdito tiene la conciencia de la existencia de una autoridad gubernativa especializada, está eficazmente orientado hacia ella, tal vez se siente orgulloso de ella, tal vez le desagrada, y la evalúa como legítima o ilegítima, consiste generalmente en una posición pasiva.
- II. La cultura política de participante, es aquella donde los miembros de la sociedad tienden a estar explícitamente orientados hacia el sistema como un todo y hacia sus estructuras y procesos políticos y administrativos. Tienden a orientarse hacia un rol activo de su persona en la política, aunque sus sentimientos y evaluaciones de semejante rol pueden variar desde la aceptación hasta el rechazo total.

El segundo concepto que exponemos es el acuñado por Lucian Pye, en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales; al desarrollar el concepto de Cultura Política

²⁷ Almond Gabriel A. y Verba Sidney, **La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones**, EUROAMERICA, Madrid, España, 1970. Pag. 30

nacional la cuál esta integrada "por una **subcultura de élite** y una **subcultura de masas**, y la relación existente entre ambas constituye otro factor fundamental del funcionamiento del sistema político. Dicha relación determina asuntos tan importantes como el fundamento de la legitimidad del gobierno, la libertad y las limitaciones del liderazgo, los límites de la movilización política y las posibilidades de una transmisión pacífica del poder

" 28

Podemos definir la cultura política como el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político. La cultura política abarca, a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política. La cultura política es, por tanto, la manifestación en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política. Una cultura política es, a la vez, el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las biografías de los miembros de dicho sistema, debido a lo cual sus raíces hay que buscarlas tanto en los acontecimientos públicos como en las experiencias individuales.²⁹

La cultura política es un concepto reciente que intenta aclarar y sistematizar los significados incorporados a conceptos tan antiguos como los de la ideología política, ethos y espíritu nacionales, psicología política nacional y valores fundamentales de un pueblo. El concepto de cultura política puede concebirse como resultado natural del auge del punto de vista behaviorista en el análisis político, ya que representa un intento de aplicar a los problemas del análisis de conjuntos o de sistemas el tipo de ideas y conocimientos elaborados inicialmente al estudiar el comportamiento político de los individuos y de los grupos pequeños.³⁰ El concepto de cultura política surgió como respuesta a la necesidad de tender un puente sobre la brecha, cada vez más amplia, que se iba abriendo, en el seno de la concepción behaviorista, entre el nivel del micro análisis, basado en las interpretaciones psicológicas del comportamiento político del individuo, y el nivel del macro análisis, basado en las variables propias de la sociología política. En este sentido, el concepto constituye un intento de integrar la psicología y la sociología, con el fin de poder aplicar al análisis político dinámico tanto los hallazgos revolucionarios de la

²⁸ Pye, Lucian, el concepto de Cultura Política en *Enciclopedia Internacional de la Ciencias Sociales*, Vol 3.

²⁹ *idem.*

³⁰ *idem.*

moderna psicología profunda como los recientes progresos de las técnicas sociológicas para la medición de actitudes en la sociedad de masas.³¹

Posteriormente Lucian Pye, señala algunos de los factores que intervienen en el proceso de conformación de una cultura política; el primero de ellos son los estadios de la socialización, y nos expone que desde las primeras investigaciones de las relaciones entre los diversos estadios de socialización, y entre el proceso final de socialización política y los patrones de comportamiento dominantes en la cultura política, constituye una de las bases de análisis de las culturas políticas. En algunos sistemas se da una congruencia esencial entre el contenido de los diversos procesos de socialización y la cultura política vigente. Tal congruencia se ha dado históricamente en las tradicionales culturas de Japón, Egipto, Etiopía y Turquía. En tales sistemas, los valores y actitudes interiorizados durante el proceso general de socialización concuerdan con las actitudes y valores sobre los que se insiste durante el proceso de socialización política explícita, y son reforzados por estos, además los procesos de socialización combinados tienden a su vez a apoyar y reforzar la cultura política vigente. En tales circunstancias, es sumamente probable la subsistencia de una cultura política coherente y relativamente estable.³²

Es también posible, sin embargo, distinguir diversos tipos de tensión e inestabilidad en la cultura política, de acuerdo con los tipos de contradicciones e incongruencias que se dan en los procesos de socialización y entre dichos procesos y las necesidades del sistema político. Los más dramáticos ejemplos de tales contradicciones pueden encontrarse en los sistemas revolucionarios, en los cuales la cultura política de la élite es moldeada por una ideología extra cultural muy explícita o es producto de una experiencia histórica exógena como el colonialismo.

El segundo elemento constitutivo es la continuidad y discontinuidad; donde estos también requieren un análisis de las relaciones entre la socialización y la cultura política. Los acontecimientos históricos que se producen en el seno del sistema político pueden exigir cambios en la cultura política que sean contrarios a los procesos de socialización presentes o pasados. En todos los sistemas políticos dinámicos, es posible que se produzcan tensiones debido a que el proceso de socialización no puede alterarse con la

³¹ *idem*

³² *idem*

misma rapidez que el proceso político.³³ El tercer elemento lo conforman los agentes socializadores. Por lo que se refiere a la configuración de la cultura política, el proceso de socialización política actúa en función de diversos agentes socializadores. Algunos de estos agentes, tales como la familia, tienden a predominar durante las primeras fases del proceso de socialización, por lo que su influencia se ejerce principalmente sobre aquellos rasgos de la personalidad que son esenciales a la cultura política. Otros agentes socializadores, tales como los medios de comunicación de masas y los partidos políticos, tienden a predominar en etapas posteriores, por lo cuál afectan fundamentalmente a los aspectos más notorios de la cultura política.³⁴

Los estudios realizados sobre los sistemas políticos de transición de los países subdesarrollados, han demostrado que la naturaleza intensamente politizada de estas sociedades es, a menudo, resultado del papel predominante que desempeñan los agentes de socialización partidista sobre los agentes constitucionales de carácter no partidista. Cuando los agentes socializadores de carácter no partidista o políticamente neutrales son débiles, la vida social tiende a politizarse en alto grado, y lo más probable es que exista poca estimación por instituciones constitucionales fundamentales tales como una burocracia imparcial y el imperio de la ley. Los estudios realizados sobre los procesos de construcción nacional en sociedades en las que los medios de comunicación de masas son débiles y no pueden ofrecer un punto de vista objetivo sobre los acontecimientos nacionales, indican que el desarrollo constitucional no puede llegar a institucionalizarse con rapidez en tales circunstancias.³⁵

El apartado sobre la distinción que hace sobre las subculturas de élite y de masa, resulta útil para el análisis de diferenciación en todas las sociedades, Lucian Pye expone que existen necesariamente ciertas diferencias entre la orientación política de aquellos a quienes corresponde la adopción de decisiones y la de quienes son únicamente observadores o simples ciudadanos activos. **Una cultura política** nacional está integrada por una **subcultura de élite** y una **subcultura de masas**, y la relación existente entre ambas constituye otro factor fundamental del funcionamiento del sistema político. Dicha relación determina asuntos tan importantes como el fundamento de la legitimidad del

³³ *idem.*

³⁴ *idem.*

³⁵ *idem.*

gobierno, la libertad y las limitaciones del liderazgo, los límites de la movilización política y las posibilidades de una transmisión pacífica del poder.³⁶

Las subculturas de masas son rara vez homogéneas, ya que generalmente existen importantes diferencias entre las capas políticamente activas de la sociedad y los elementos que muestran poco interés por la política. En algunos casos, la cultura política de masas es muy heterogénea y existen agudas diferencias según las regiones, las clases sociales y económicas, o las comunidades étnicas. En tales casos, el tipo de relación que existe entre las diversas subculturas se convierte en un factor decisivo de la cultura política de masas. Al analizar en qué medida las subculturas de elite y de masa contienen series complementarias de valores, es útil distinguir entre aquellos sistemas en los que la admisión en el seno de la subcultura de elite va precedida generalmente por la socialización en el seno de la subcultura de masas y aquellos otros en los que los canales de socialización se hallan totalmente separados. En la mayoría de las sociedades democráticas modernas, el modelo general consiste en que los individuos son socializados en el seno de la cultura de masas antes de ser reclutados para el desempeño de los papeles políticos importantes, debido a lo cual la elite, aun habiendo adquirido cualidades y conocimientos políticos altamente especializados, está también en condiciones de apreciar los valores básicos del conjunto de ciudadanos. Es indudable que de esto no se sigue que, en todos los casos, las personas que consiguen elevarse desde la subcultura de masas continúen teniendo simpatía o sean especialmente sensibles a las aspiraciones de la misma; de hecho, en las sociedades en transición, los elementos dirigentes poseen a menudo profundos resentimientos contra lo que consideran actitudes anacrónicas de quienes estuvieron antes a su lado.

En la mayoría de los sistemas tradicionales, y en muchos sistemas en transición, quienes están destinados a desempeñar posiciones dirigentes tienden a seguir carreras muy diferentes, reciben tipos de educación muy distintos y viven experiencias sociales muy diferentes de las propias de la mayor parte de sus seguidores. En numerosas sociedades en transición incluso, el propio fundamento de la legitimidad de los líderes descansa en la creencia popular de que son personas diferentes de los demás desde el momento de su nacimiento.³⁷

³⁶ *idem*

³⁷ *idem*

Una afirmación que resulta a lo sumo interesante par este trabajo es la siguiente:

Un problema básico para la dinámica de las culturas políticas es el que entraña el desarrollo desigual de los patrones de socialización de las dos subculturas.

Consideramos la importancia de dicha afirmación, en primer término por las distinciones que hace a cerca de la Cultura política, y enseguida por que afirma que los patrones de socialización son un determinante importante en la relación entre las dos subculturas. Al sistema político pueden presentársele serias dificultades cuando los gobernantes descubren que la subcultura de masas ya no responde a las pautas de liderazgo tradicionales, si no que ellos sepan aplicar métodos de gobierno más modernos. O puede surgir el problema contrario, cuando la subcultura de elite se ha visto radicalmente modificada por nuevos modelos de socialización de la élite, mientras la cultura de masas continúa prácticamente inalterable. En tales circunstancias los líderes pueden impacientarse por el deseo de un cambio rápido y, al mostrar poca comprensión e incluso abierto desprecio por los rasgos esenciales de la cultura de masas, pueden crear un resentimiento en la población, la cual pensará entonces que sus líderes han perdido todo sentido de rectitud en su conducta.³⁸

Como hemos tratado en la primer parte del presente apartado el ámbito de la política afecta sustancialmente a la cultura política, por tanto debe definir el ámbito o los limites generalmente aceptados de la política, así como las fronteras legítimas entre las esferas pública y privada de la existencia. La definición del ámbito conlleva la definición de los participantes admitidos en el proceso político, de la categoría de los asuntos lícitos y de las funciones propias del proceso político en su conjunto, así como de los diferentes organismos o sectores donde se adoptaran las decisiones y que constituyen, en conjunto, el proceso político.³⁹

.

El ámbito de los participantes está definido formalmente, en la mayoría de los sistemas, por los requisitos de la ciudadanía, pero en todos los sistemas suele haber también límites que se definen, formal o informalmente, por referencia a la edad, el sexo, el estatus social, la educación, las relaciones familiares y otros requisitos semejantes que rigen el proceso de reclutamiento. De manera similar, en la mayor parte de las culturas políticas se admite

³⁸ *idem.*

³⁹ *idem*

que ciertos asuntos están fuera de la esfera de la política o de la jurisdicción de los sectores u organismos determinados del proceso político. La relación entre asuntos y funciones puede establecerse de modo altamente especializado, en el sentido de que determinados asuntos se consideran de la competencia específica de determinadas formas de decisión: electoral, parlamentaria, burocrática, judicial o tecnocrática.

En las culturas políticas democráticas existe generalmente una clara conciencia de las fronteras apropiadas de la vida política, un reconocimiento explícito de los nuevos asuntos, según van surgiendo, y cierto grado de respeto por la especialización funcional en el tratamiento de los asuntos, y por la relativa autonomía de los diferentes sectores en que se realiza el proceso de adopción de decisiones políticas. En las culturas totalitarias, las fronteras que delimitan la esfera de actividad política son difusas; se da, en cambio, un reconocimiento explícito de que cualquier asunto puede convertirse en política y, finalmente, hallamos también en ellas cierto respeto por la especialización funcional, pero muy poco por la autonomía de los diferentes sectores. En los sistemas en transición no existen generalmente límites: existe la expectativa de que todos los asuntos pueden politizarse, y se da poca especialización o autonomía funcionales dentro de los diversos sectores donde se adoptan las decisiones políticas.⁴⁰

En formas y grados diversos, las culturas políticas proporcionan al pueblo un sentido de identidad nacional y un sentimiento de pertenencia a un sistema político concreto. El establecimiento de un sentido de identidad nacional se encuentra a la base de los problemas de la integración del sistema político, siendo, a su vez, el problema de la identidad nacional función del proceso mediante el cuál el individuo percibe su propio y peculiar sentido de identidad. Esta relación básica entre la identidad nacional y la identidad personal ofrece una conexión fundamental entre el proceso de socialización y la integración del proceso político.

La integración hace referencia asimismo a las relaciones de las diversas estructuras envueltas en el proceso político, y está, por tanto, relacionada con los problemas de especialización de funciones entre los grupos decisorios antes mencionados.

Un tercer aspecto de la integración se refiere al modo en que se relacionan entre sí las diversas sub comunidades, grupos étnicos o regionales y subculturas. **Las culturas**

⁴⁰ *ídem*

políticas se diferencian según el grado en que permiten que tales minorías conserven sus identidades diferenciadas, si bien guardando los necesarios niveles de integración.

Podemos definir la cultura política como el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político. La cultura política abarca, a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política. La cultura política es, por tanto, la manifestación en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política. Una cultura política es, a la vez, el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las biografías de los miembros de dicho sistema, debido a lo cual sus raíces hay que buscarlas tanto en los acontecimientos públicos como en las experiencias individuales.⁴¹

Ahora, veamos la definición de Cultura Política en el diccionario de Ciencia Política Bobbio, se ha ido difundiendo el uso de la expresión cultura política para designar el conjunto de actitudes, normas y creencias, compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social y que tienen por objeto fenómenos políticos. Así por ejemplo, podríamos decir que forman parte de la cultura política de una sociedad los conocimientos, o mejor dicho su distribución entre los individuos que la componen, relativos a las instituciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; las orientaciones más o menos difundidas como, por ejemplo, la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el dogmatismo o, por el contrario, el sentido de confianza, la adhesión, la tolerancia hacia las fuerzas políticas distintas de la propia, etc.; y, finalmente, las normas, como por ejemplo el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida política, la obligación de aceptar las decisiones de la mayoría, la inclusión o exclusión del recurso a formas violentas de acción. No hay que olvidar, por último, el lenguaje y los símbolos específicamente políticos, como las banderas, las sus estructuras, etc. ; finalmente, la orientación de tipo *evaluativa* comprende juicios y opiniones sobre fenómenos políticos y requiere la combinación de informaciones, sentimientos y criterios de evaluación. Las orientaciones se distinguen de acuerdo con el

⁴¹ *idem.*

⁴² Giacomo, Sani, "Cultura política", en *Diccionario de Ciencia Política*, a cargo de Bobbio y Metteucci, tomo I, siglo XXI Editores, México, 1981, pp.469-472.

objeto que tengan, ya sea el sistema político de instancias y demandas existentes en la sociedad, ya sea también las estructuras de tipo ejecutivo o administrativo a través de las que se llevan a cabo las decisiones, ya sea finalmente la relación que se establece entre el individuo y el sistema.⁴³

El primer tipo de cultura política se presenta principalmente en sociedades simples y no diferenciadas en que las funciones y las instituciones específicamente políticas no existen o coinciden con funciones o estructuras económicas y religiosas.

225261

El segundo tipo, llamado cultura política de "subordinación", se presenta cuando los conocimientos, los sentimientos y las evaluaciones de los miembros de la sociedad se refieren esencialmente al sistema político en su conjunto pero se dirigen principalmente en los aspectos output, o de salida, del sistema, o sea, en la práctica, el aparato administrativo encargado de la ejecución de las decisiones. En este caso, las orientaciones son principalmente de tipo pasivo, y esta, cultura política corresponde principalmente a regímenes políticos autoritarios.

Finalmente, en el tercer tipo de cultura política - llamada de participación - existen orientaciones específicas que se refieren no solo a ambos aspectos del sistema sino que se que prevén también una posición activa del individuo. En este tipo de planteamiento se usan los conceptos de adhesión, apatía y alienación par caracterizar la relación de congruencia o incongruencia entre la cultura política y las estructuras políticas. Se da la adhesión cuando los conocimientos van acompañados de orientaciones afectivas y juicios positivos; alienación y apatía, cuando la actitud predominante de los miembros de una sociedad respecto del sistema es de hostilidad o de indiferencia, respectivamente. La congruencia o incongruencia entre la cultura política y la estructura política se presentan, por lo tanto cuando las orientaciones predominantes no se adaptan a las estructuras y a la praxis existentes: de este modo, una cultura política de participación que formas parte de un sistema con estructuras políticas autocráticas es muy poco congruente y se adapta menos que una política "de subordinación". Dígase lo mismo de la relación entre una cultura política en que no se considera al ciudadano como participe de las estructuras políticas de participación. Naturalmente no es necesario decir que los tipos descritos más arriba son tipos puros, figuras totalmente teóricas que se presentan sólo en el caso de una absoluta homogeneidad de la cultura política En la práctica, en cambio, encontramos

⁴³ *idem*

únicamente cultura política de tipo mixto, que resultan, de la combinación de diversas orientaciones.

El hecho de que al nivel del macro análisis se pueda hablar legítimamente de la cultura política de toda una sociedad y caracterizarla de manera general, no debe inducir, sin embargo a cometer el error de creer que la cultura política es algo homogénea. Por el contrario, se puede considerar que la cultura política de una cierta sociedad está constituida normalmente por un conjunto de subculturas, o sea de actitudes, normas y valores diversos que frecuentemente se oponen entre sí.⁴⁴

En sociedades complejas, organizadas y con estructuras muy diferenciadas y que son el resultado de la agregación de comunidades con historia y tradición diversas, la presencia de estas confirmaciones llamadas subculturas no llama la atención y la sobre vivencia de divisiones étnicas y diferencias lingüísticas constituye el signo exterior más evidente. Desde el punto de vista político, las diferenciaciones más obvias de la cultura política son las que están ligadas a la existencia de corrientes de pensamiento, de símbolos y de mecanismos organizativos que encabezan a las fuerzas políticas. En esta forma, dentro de la sociedad italiana de la última posguerra se pueden encontrar algunas subculturas principales que corresponden, en términos generales a la tradición laico - liberal, a la socialista a la católica y a la derecha.

Una distinción importante que existe entre la cultura política de las elites y cultura política de las masas y, desde el punto de vista de la interpretación de los acontecimientos políticos, el análisis de la cultura política de las élites en el poder y de las de la oposición tiene una importancia totalmente desproporcionada a su fuerza numérica. Basta considerar el papel que desempeñan las élites al definir los temas del debate político, al arrastrar en una dirección o en otra a la opinión pública y, sobre todo, al tomar decisiones de gran importancia para la estructuración del sistema, como por ejemplo en la formación en la formación de coaliciones y en las fases de reestructuración del sistema, cuando en los momentos de transición de una régimen a otro, antes de que se hayan consolidado las nuevas instituciones y los nuevos alineamientos. La definición de Sani, esta basada fundamentalmente en la investigación realizada por Almond y Verba, y que lo exponen de manera detallada a lo largo del primer capítulo del libro Cultura Cívica.

⁴⁴ *idem*

El estudio iniciado por Almond y Verba sobre la importancia de la cultura política como variable determinante a la hora de explicar las políticas nacionales divergentes enfatizando los diferentes hábitos mentales de sus ciudadanos y dirigentes, ha calado igualmente de forma profunda.

Los argumentos culturalistas desde la óptica de la gobernabilidad, presuponen la existencia de una notoria serie de condicionamientos estructurales que gravitan enormemente sobre los procesos políticos y que llegan a explicar su contenido y su forma de comportamiento. De esta manera, se registra un marcado determinismo que ignora la presencia de otros elementos. Además es más bien fruto del aprendizaje que de la herencia, se encuentra sesgada por influencias internacionales que desvirtúan la existencia de características nacionales singulares. Es dudoso que los procesos de socialización que habitualmente han reproducido ciertas actitudes nacionales no se hayan visto sometidos en el último medio siglo a estas influencias, tendiéndose a generar patrones de comportamiento más universales. De esta suerte, quizás debieran ser los vehículos de creación y transmisión de las modernas pautas culturales los que merecieran la atención, cosa que, por cierto, no sucede, entre los que se dedican al estudio de la cultura política. En cuanto a la incidencia de los factores culturales en la puesta en marcha de instituciones políticas debe sugerirse que éstas a lo largo de la historia se han visto sometidas aun elevado número de impactos gracias a coyunturas históricas que tenían que ver con la distribución del poder entre grupos sociales y a procesos migratorios de intensidad diferente y que han alterado su constitución original.⁴⁵

1.3.3 La nueva línea de investigación de la cultura política

La cultura es también un factor político porque es un factor de integración, integra lo que de otro modo se desharía en pedazos: Cultura nacional y cultura política son fórmulas para los intentos de uso político de la idea de integración cultural⁴⁶

⁴⁵ Alcántara Saez, **Gobernabilidad, Crisis y Cambio**, Instituto de Investigaciones Constitucionales, Madrid, 1994. pag. 46-47

⁴⁶ Eder, Klaus, "La paradoja de la "cultura". Más allá de una teoría de la cultura como factor consensual" en **Zona Abierta** 77/78 ARCE, España, 1996. Pag. 95

La nueva línea de investigación de la política parte de la crítica a los aportes clásicos en el estudio de la cultura política, Moran, en su artículo en Zona Abierta, afirma que a partir de la década de los ochenta se ha producido un movimiento de recuperación del análisis cultural como perspectiva de estudio capaz de intervenir de un modo significativo en algunos de los campos de discusión centrales dentro de las ciencias sociales, el intento es el de superar el paradigma clásico de la cultura política: aquel marco de análisis vinculado dentro de la sociología y de ciencia política con la teoría pluralista y, en concreto, con su principal obra de referencia: La Cultura Cívica. Estos nuevos intentos de investigación y resociologización del concepto, según la autora, han comenzado a traducirse en estrategias de análisis y en formas diversas de comprender las complejas relaciones existentes entre la estructura social, el sistema político y los marcos culturales con los que los individuos interpretan la realidad social que les rodea y mediante los cuales guían sus acciones.⁴⁷

La autora esquematiza las cinco causas fundamentales que repercutieron en el cambio del estudio de la cultura:

- 1) Insatisfacción del estado de la ciencia normal en sociología.
- 2) Interés dentro del análisis marxista, con las relaciones de la ideología y legitimidad.
- 3) Renacimiento de la sociología de la "interpretación"
- 4) Publicación de trabajos relevantes en torno a problemas culturales.
- 5) La institucionalización de la sociología de la cultura en el mundo académico anglosajón.

Los nuevos intentos de teoría de la cultura tienen dos elementos constantes, el primero de ellos es el de rechazar los dualismos, se borra pues la diferencia entre hechos y valores ya que considera que está oscurece su continua interpretación en el mundo real. El segundo de ellos es el cuestionamiento entre acción racional y acción no racional. Así pues, la sociología de la interpretación, que nace sobre la base de estos postulados, se fundamenta en que el análisis sociológico es inevitablemente un acto de interpretación. Después de la justificación histórico - teórica que hace la autora de la necesidad de un retorno al análisis cultural, plantea lo que puede ser el primer producto de una

⁴⁷ Moran, Luz María, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", en **Zona Abierta** 77/78, ARCOS, España 1996. Pag 3

investigación en la nueva línea cultural: La cultura política es el conjunto de significados compartidos de la vida política. Es decir el conjunto de recursos empleados para pensar sobre el mundo político, lo que significa que es algo más que la suma de opiniones privadas de los individuos.⁴⁸

Posteriormente, pasa a conceptualizar lo que pueden ser las culturas políticas, pueden entenderse como culturas políticas aquellos marcos que dotan de significados (compartidos) a los acontecimientos políticos concretos; son, pues, los elementos que permiten la definición de situaciones que alientan o inhiben la acción colectiva.⁴⁹ Los aportes de esta nueva línea investigación ofrecen una propuesta alternativa en el estudio de la cultura política, que ofrece una serie de elementos nuevos para su estudio.

⁴⁸ Moran, Luz María, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", en **Zona Abierta** 77/78, ARCOS, España 1996. Pag. 7

⁴⁹ Moran, Luz María, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", en **Zona Abierta** 77/78, ARCOS, España 1996. Pag. 7

1.4 La Teoría de las Elites

El tema que nos ocupa es el de la cultura política en las élites en México, la primer pregunta que se presenta ante nosotros es por qué ocuparnos de las élites en un contexto donde aparentemente la matriz del cambio y el centro de los estudios lo ocupan los "ciudadanos" y los proceso de organización y participación.

El primer argumento que pretendemos sostener aquí como preámbulo es que las élites en México por el papel histórico que han desempeñado en la transformación y dirección de las políticas en México, han sido sumamente eficientes manteniendo el control del sistema y manteniendo depurada a la élite mediante la rotación de nuevas generaciones, que si bien han implicado rupturas no han quebrantado el proyecto económico del país.

El segundo supuesto es que en las élites políticas, por su papel protagónico, han tenido la responsabilidad de buscar y tramitar la dirección idónea tanto para las mismas élites como para mantener de manera estable una ciudadanía más o menos conforme. Lo que pretendemos mostrar aquí es como la llamada democracia es una esperanza y estrategia para continuar con el mismo sistema de dominación mediante tácticas implementadas en cada componente del sistema político. Esto es, que el papel de los grupos dirigentes en México es tan fuerte hoy en día como en las épocas del caudillismo más arraigado en México.

Pero comencemos por el concepto: ¿cómo se define una élite según la teoría clásica?

Según Bolívar, la teoría de las élites no es en sí mismo una teoría conservadora, ya que es un hecho real que aún en los sistemas más democráticos las minorías guían y las mayorías son guiadas y manipuladas. Lo que sí es un hecho de expresión conservadora es que plantea un cambio lento, gradual y controlado desde arriba, sin reconocer del todo las ventajas y virtudes del método electoral como mecanismo de recambio de la clase en el poder. El estudio de las élites no es exclusivo de la Italia de Benito Mussolini o de la Alemania de Adolfo Hitler. Antes del advenimiento del fascismo y del nacionalsocialismo varios pensadores, invocando el liberalismo, habían señalado y estudiado la distancia que separa a gobernantes y gobernados y sometieron a un nuevo examen los postulados de la democracia liberal.

La teoría de las élites, que afirma que en todas las sociedades la dirección política, administrativa, militar, religiosa, económica y moral es ejercida por una minoría organizada, es más antigua de lo que comúnmente se cree. Desde con Maquiavelo esto quedó claro cuando afirmó en sus discursos que en cualquier ciudad, no importa como esté ordenada, en los niveles de comando hay apenas unas cuantas personas. Más adelante, Saint-Simon establece que la dirección política debe estar confiada a los que tienen la capacidad de hacer progresar la ciencia y dirigir la producción económica.

Marx y Engels llegaron a la conclusión de que el Estado es el representante de la clase poseedora de los instrumentos de producción económica. Cabe destacar que percibieron que las revoluciones no han sido más que la sustitución de una élite por otra, ya que como señaló Engels, refiriéndose a la revolución Francesa de 1848, hasta aquella fecha " todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella para el Estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquella en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase en ellas, lo hacía –conciente o inconscientemente- al servicio de una minoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo".

- Debemos dejar claro que no se trata de cuestionar si deben o no existir las élites, el problema en sí ya ha sido discutido ampliamente para establecer el origen y las causantes históricas del hecho. Más bien de lo que se trataría es lo que señala Smith: las élites son el reflejo de una sociedad y es precisamente ese reflejo lo que queremos analizar, esto es, exponer de manera clara, cual son las variantes y procesos de creación y permanencia de dichas élites, pues ello también se relaciona con las propias dinámicas culturales que permiten que en determinadas formaciones sociales y regímenes políticos se mantengan unas élites y no otras y la manera como la cuál estas se rotan el poder.

Para la teoría de las élites las clases políticas se forman según dos tendencias: la aristocrática, que se gesta desde arriba, y la democrática, que proviene de abajo. La primera se caracteriza por la organización militar burocrática y la segunda por la organización del sistema electoral. Esta última estimula un proceso de rotación o circulación de la élite controlado, ya que por lo general la clase política cuenta con los medios idóneos para orientar la voluntad de los electores.

La minoría dominante o élite posee organización, cualidades superiores y control de fuerzas sociales, además de conexiones y parentescos. Su éxito y su poder radica en que es una minoría organizada en contraposición con una mayoría desorganizada. La desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus miembros particulares impotente ante el poderío organizado de la minoría. Por ser una minoría puede lograr lo que la mayoría no puede: comprensión mutua y una acción concertada. La élite actúa con base en la razón y el conocimiento mientras que la no élite es impulsada primordialmente por el sentimiento. Para promover sus intereses y buscar apoyo la élite apela al sentimiento de masas.

Para Pareto, en el estrato superior de la sociedad, en la clase selecta, están ciertos agregados que se dicen aristocracias. Hay casos en que la mayoría de los que pertenecen a tales aristocracias tienen las características para permanecer en ellas, y otros en los un número notable de sus componentes carecen de tales caracteres. Pueden tener participación más o menos importante en la clase selecta de gobierno, o bien estar excluidos de ella. Concibe que las aristocracias no son eternas, motivo por el cual señala que "la historia es un cementerio de aristocracias". Estas decaen no sólo por el número, sino también por la calidad, ya que disminuye en ellas la energía y se modifican las circunstancias que les ayudaron a adueñarse del poder y a conservarlo. La clase gobernante es restaurada, no sólo en número sino en calidad, por las familias que viven de las clases inferiores que le aportan energía y le proporcionaron nuevos elementos para mantenerse en el poder. Se restaura también por la pérdida de los componente que más han decaído⁵⁰. La élites y las aristocracias no perduran, ya que degeneran a lo largo del tiempo. Toda élite necesita organizarse con refuerzos provenientes de las clases inferiores, con sus mejores elementos. Con la decadencia de una élite, una nueva élite

⁵⁰ Pareto Vilfredo, **Forma y Equilibrio Sociales**. Alianza Editorial, Madrid., pag. 70-71

llena de fuerza y vigor se forma en el seno de las clases inferiores. La autoridad: en inteligencia, carácter, habilidad, capacidad, poder, etcétera. La élite o clase selecta es la que tiene los índices más elevados en el ramo de su actividad y se divide en dos: la clase selecta del gobierno, mientras que el resto lo conforma la clase selecta no del gobierno. En conjunto, constituyen el estrato o clase superior de la sociedad. El estrato inferior o no élite esta formado por los individuos que no tiene influencia y corresponde a la mayoría de la población. En toda sociedad organizada siempre ha existido una clase gobernante poco numerosa que se mantiene en el poder, en parte por la fuerza y en parte por el consentimiento de la clase gobernada; que es mucho más numerosa. Para mantener su poder la clase gobernante copota elementos de la clase gobernada tanto para el uso de la fuerza, como para el desarrollo del arte.

Las élites usan a las clases inferiores rindiendo un homenaje puramente verbal a sus sentimientos, usando la demagogia con el fin de conservar o tomar el poder. El equilibrio y la declinación de una élite, así como el surgimiento de otra, dependen del grado de éxito con que una élite pueda inventar fórmulas que apelen al sentimiento de la masa. La élite gobernante se fortalece al cooptar a los elementos más destacados de la no élite, mientras que la no élite se debilita por la pérdida de esos elementos. Esta circunstancia, según Pareto, da estabilidad a las sociedades, pues la clase gobernante sólo necesita absorber un número pequeño de nuevos individuos para mantener a la clase sometida sin líderes.

Pareto considera que el carácter de una sociedad es, ante todo, el carácter de su élite. Par él la élite no es ni enteramente abierta ni enteramente cerrada. Las clases dirigentes tratan de mantenerse en el poder y utilizan la astucia cuando no disponen de la fuerza. Como están sometidos a la presión de las masas deben renovarse constantemente mediante una aportación proveniente de las clases inferiores. La movilidad social es el mejor antídoto contra las revoluciones. El mantenimiento y la caída de una élite y el surgimiento de otra dependen del grado de éxito con el que una élite puede inventar fórmulas que apelen al sentimiento de las masas. La masa tiene sentimientos inmutables, mientras que la élite es activa en la explotación de esos sentimientos.

Para Pareto la élite logrará sus fines más eficazmente mientras más ignorantes permanezcan las masas, ya que al tener conocimiento de manipulación por parte de las

élite pueden impedirlo. Admite, sin embargo, que la estupidez y la aquiescencia de las masas no es necesariamente permanente. Parte de la premisa de que la lucha real por el poder no se realiza entre las masas y los líderes, sino entre los líderes existentes y los líderes nuevos, desafiantes y en ascenso. Aún cuando perezcan que la nueva élite está guiada por la buena voluntad y el deseo de las masas, de hecho no es así.

Para Pareto existen varios elementos que la clase gobernante puede utilizar para defenderse y eliminar a los individuos capaces de derribarla del poder, los cuales son:

1. La muerte
2. Las persecuciones que no llegan hasta la pena capital como la cárcel, la ruina económica, la separación de los despachos públicos, etc.
3. El exilio o el ostracismo
4. Llamarlos a formar parte de la clase gobernante con tal de que la sirvan, dándose así una amalgama o una reunión de élites⁵¹

Por otro lado, entendía como la sustancia real de la historia, la circulación de la élites tiene pocas consecuencias positivas para las masas. Si esta cesa, la clase gobernante se derrumba y arrastra consigo a toda la nación. El equilibrio se rompe. Gracias a la circulación de la élite, ésta se encuentra en un estado de continua y lenta transformación. De vez en cuando se realizan repentinas y violentas perturbaciones y después la nueva élite vuelve a modificarse lentamente.

Cuando se agudizan las diferencias entre la clase gobernante, y la clase sometida estalla la revolución. Esta se produce por el entorpecimiento de la circulación de la élite, o por la acumulación de elementos decadentes en los estratos superiores que no son capaces de mantenerse en el poder y evitan el uso de la fuerza, mientras que en los estratos inferiores crecen los elementos de calidad superior que poseen las virtudes necesarias para ejercer el gobierno y que están dispuestos a utilizar la fuerza.

Generalmente en las revoluciones los individuos de los estratos inferiores son capacitados por individuos de los estratos superiores, ya que en estos se dan las cualidades

⁵¹ Pareto Vilfredo, **Forma y Equilibrio Sociales** Alianza Editorial, Madrid., pag.267-270

intelectuales útiles para disponer la batalla, mientras que les faltan los elementos que son suministrados precisamente por los individuos de los estratos inferiores.

Las mutaciones violentas se producen bruscamente y, por tanto, el efecto no sigue de modo inmediato a la causa. Cuando una clase gobernante se ha mantenido largo tiempo por la fuerza, comprando la paz de los adversarios y pagando no solo con oro, sino también con sacrificios, el decoro y la reverencia de que hasta entonces había gozado y que constituye un cierto capital. En un primer momento, el poder se mantiene mediante concesiones, y nace del error de que se puede seguir manteniendo así indefinidamente. Así como caen los gobiernos que no saben o no pueden servirse de la fuerza, del mismo modo ningún gobierno dura haciendo exclusivamente uso de la fuerza. De la misma manera, cuando la élite gobernante es cada vez menos capaz de usar la fuerza, dicha élite falta a su principal deber como clase gobernante ⁵²

225261

En la "Teoría de las Elites" , Mosca, retoma el pensamiento original de Saint- Simon, con su sistema de dos clases con una minoría dominante y una mayoría dirigida, y que sostiene que una vez que una sociedad llega a una cierta etapa de desarrollo, el control político, en el más amplio sentido de la expresión – la dirección administrativa, militar, religiosa, económica y moral- es ejercida siempre por una clase especial, o por una minoría organizada. Esta es la idea que Mosca continúa trabajando en "Teoría del gobierno y Gobierno Parlamentario", donde sostiene que aún en las democracias subsiste la necesidad de una minoría organizada y que, a pesar de las apariencias en sentido contrario y para todos los principios legales sobre los que se basa el gobierno, esta minoría conserva el control real y efectivo del Estado.

Considera al liberalismo como el justo medio entre la aristocracia y la democracia. Es el sistema mediante el cual los funcionarios son elegidos desde abajo, es decir, directa o indirectamente por los subordinados. Se les escoge de un conjunto limitado de hombres sabios, experimentados, responsables y devotos, que son los más capaces para gobernar: la minoría aristocrática, los cuales se caracterizan por tener autoridad pero no poder ilimitado. Estos límites en el poder, frenos y contrapesos, constituyen para Mosca la esencia del liberalismo. Parte de la premisa de que los muchos, especialmente si son

⁵² Pareto Vilfredo, **Forma y Equilibrio Sociales** Alianza Editorial, Madrid., pag. 117-118

pobres e ignorantes, jamás han dirigido a los pocos, sobre todo si éstos son ricos e inteligentes, por lo que la dictadura del proletariado no podría ser más que la de una clase muy restringida ejercida en nombre del proletariado. Para Mosca las masas dominadas ejercen presiones sobre el poder e influyen en las medidas que adopta la clase dominante. El descontento popular puede provocar el derrocamiento de una clase dominante, pero otra clase parecida surgirá inevitablemente de las masas, la cual desempeñará las funciones de una clase dominante.

El poder de la clase dominante y de la inestabilidad de su predominio reposan en el hecho de que es una minoría organizada, acompañada, según Mosca, por una mayoría desorganizada. El estado de desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus integrantes en un estado de impotencia frente a la organización de la minoría. Toda organización humana requiere jerarquía, y cualquier jerarquía exige que unos manden y otros obedezcan; es decir, gobernantes y gobernados. Los primeros, que son siempre los menos numerosos, desempeñan todas las funciones políticas, monopolizan el poder y disfrutan de las ventajas que van unidas a él. Los segundos, más numerosos, son dirigidos y regulados por los primeros, ya sea por métodos legales, o por mecanismos arbitrarios y violentos.

Para Mosca una organización política relativamente perfecta es aquella en que quienes detentan el poder supremo poseen una posición económica independiente. Más aún, las características predominantes de la clase política consisten en su actitud de dirigir, así como sus cualidades o condiciones intelectuales, morales, económicas y militares. Los grados académicos, la cultura científica y las aptitudes especiales probadas abren las puertas a los cargos públicos. En este caso, los individuos que cambian de posición social mantienen sus actitudes intelectuales pero modifican sensiblemente las morales, ya que el servil se puede volver arrogante y el humilde orgulloso. Por otro lado, quien asciende desde abajo su desarrolla los sentimientos de justicia y equidad.

El predominio de la minoría organizada es evidente sobre la mayoría desorganizada. La primera, además de su organización, posee cualidades que le otorgan superioridad material, intelectual y moral, o bien, son herederos de quienes poseen estas cualidades. Por ello, Mosca señala que todas las clases políticas tienden a volverse hereditarias, sino de derecho, el menos de hecho. La clase política no justifica exclusivamente su poder con

sólo poseerlo de hecho, sino que procura darle una base moral y hasta legal, haciéndolo surgir como consecuencia necesaria de doctrinas y creencias generalmente reconocidas y aceptadas en la sociedad regida por esa clase. Una clase política trasciende cuando ha sabido tomar la iniciativa de una reforma oportuna de las clases dirigentes, en que el mérito principal de las clases populares ha consistido en su capacidad congénita de extraer de su entraña nuevos elementos idóneos para conducirlos.

Cuando cambian las fuerzas políticas se deben afirmar nuevas actitudes en la dirección del Estado. Por el contrario, si las viejas fuerzas políticas no mantienen sus actitudes, cambia la composición de la clase política. Las clases políticas declinan inevitablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades mediante las cuales llegaron al poder, o cuando sus cualidades pierden importancia en el ambiente social en que se desarrollaban. En la lucha entre las diversas fracciones de la clase dirigente una de ellas busca el apoyo de las masas. A ella se unen los individuos que, nacidos en las clases menos favorecidas, han sabido elevarse por sobre ellas en virtud de su especial inteligencia y energía, o por su audacia excepcional. Esta fracción de la clase dirigente explota la simpatía de las masas exagerando y evidenciando el egoísmo, la tontería y los privilegios materiales de los ricos y poderosos, denunciando sus vicios y errores reales e imaginarios, prometiendo satisfacer al sentimiento de justicia.

Al igual que Pareto, Mosca considera que toda clase política debe renovarse con elementos de las clases inferiores, quienes mantienen despiertos los ancestrales instintos de lucha. El aislamiento produce la degeneración de la clase, pues pierde la aptitud para atender los asuntos propios y los de la sociedad que dirigen. Si esto ocurre el régimen político se desploma al primer choque con el enemigo externo o interno. Para Mosca la representación de las masas del pueblo mediante elecciones es una mentira. Si los votantes no importan, tampoco importan los representantes. Los verdaderos triunfadores son los elementos que saben imponerse en ese ambiente especial y muchas veces artificiosos creado por el sistema electivo. Son ellos, los elementos que deciden, los que seleccionan al representante.

Michels, rechazó los aspectos teóricos que consideró utópicos del marxismo, pero conservó los elementos del método analítico. Concibió que " no hay contradicción esencial

entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de lechas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores.

La tendencia hacia la oligarquía es un proceso común a todas las organizaciones importantes, ya que toda organización requiere de una especialización de las tareas, una distinción cada vez inequívoca entre la masa y sus dirigentes. Partiendo de la premisa de que es inherente a la naturaleza del hombre anhelar el poder, y una vez obtenido tratar de perpetuarse en él, la democracia exige una organización que conduce de manera necesaria a la oligarquía.

La organización, como arma de los pocos en su lucha contra los muchos, conduce a la oligarquía, ya que propicia algunos cambios importantes en la masa organizada, e invierte completamente la posición respectiva de los conductores y los conducidos. Como consecuencia de la organización, todas las agrupaciones llegan a dividirse en una minoría de directivos y una mayoría de dirigidos. Con el avance de la organización la democracia tiende a declinar. Cabe señalar además que el aumento del poder de los líderes es directamente proporcional a la magnitud de la organización, ya que una organización fuerte necesita un liderazgo igualmente fuerte. Toda organización implica especialización y responsabilidad de los líderes, los cuales se hacen expertos en conducir a las masas. De esta forma, la democracia termina convirtiéndose en una forma de gobierno de los mejores: en una aristocracia. Tanto en lo material como en lo moral, son los líderes quienes han de ser considerados como los más capaces y los más maduros.

La oligarquía surgida de la democracia está amenazada por dos peligros graves a rebelión de las masas y la transición hacia una dictadura. De estos dos peligros, uno viene de abajo, mientras que el otro nace del seno de la oligarquía. Se tiene entonces por un lado el peligro de la rebelión y por el otro el de la usurpación. La organización del Estado necesita una burocracia numerosa y complicada. En ella se apoyan las clases políticas dominantes para asegurar su dominio y retener en sus manos el timón del Estado. La organización política conduce al poder, pero este es siempre conservador. Quien ha adquirido poder aumenta sus prerrogativas. Se esforzará siempre por consolidarlo, extenderlo y sustraerse del control de las masas. La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes.

Toda organización requiere de una especialización técnica para conducción experta. Ello propicia que el poder de determinación se convierta en uno de los atributos específicos del liderazgo. De este modo, los líderes, que al principio eran los órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, se emancipan de la masa y se hacen independientes de su control. La organización es un poder oligárquico fundado en una base democrática. El poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado, por lo que la estructura oligárquica de la organización ahoga el principio democrático básico.

En México la nueva fracción de la clase gobernante tiene muy aprendida la socialización de aferrarse al poder, conservarlo y, por supuesto, acrecentarlo vía ejecutorias de debilitamiento de los opositores y fortalecimiento de sus componentes básicos. Sobre ese particular cambio no opera y, al parecer, sólo operará bajo una situación de confrontación social extensa. Misma que, por el momento, no parecería formar parte de las agendas organizacionales de las fuerzas opositoras pero eso sí, no necesariamente respecto de los contingentes sociales ni siquiera "controlados" políticamente dentro de los espacios "legales" de la acción de movilización. Semejantes muestras violencia local de inconformidad, ante viejos patrones de legalidad política, sugieren problemas de fondo que sólo un iluso se empeñaría en ignorar. Progresivamente se han ido operando en la sociedad una radicalización social en torno a la exigencia de imponer el respeto a los resultados y funcionamiento de las instituciones públicas. Lanzando a amplios núcleos poblacionales a confrontaciones sobre el carácter de la representación y legitimidad que dicen lograr las representaciones partidarias oficiales.

Al analizar en qué medida las subculturas de elite y de masa contienen series complementarias de valores, es útil distinguir entre aquellos sistemas en los que la admisión en el seno de la subcultura de elite va precedida generalmente por la socialización en el seno de la subcultura de masas y aquellos otros en los que los canales de socialización se hallan totalmente separados. En la mayoría de las sociedades democráticas modernas, el modelo general consiste en que los individuos son socializados en el seno de la cultura de masas antes de ser reclutados para el desempeño de los papeles políticos importantes, debido a lo cual la elite, aun habiendo adquirido cualidades y conocimientos políticos altamente especializados, está también en condiciones de apreciar los valores básicos del conjunto de ciudadanos.

1.4.1 Algunas Precisiones acerca de las Elites

Los pioneros de la investigación de las elites compartían la esperanza de superar las anticuadas clasificaciones de las formas de dominación que prevalecían en la teoría del Estado y en la teoría política de su época. La teoría de la dominación de las minorías en Pareto revelaba mayor dependencia de Marx que la teoría de Mosca. La concepción de Pareto de la historia como un cementerio de aristocracias , se interpreto con razón como una variante de la concepción de la historia de Marx de la lucha de clases. Sin embargo el concepto central de Mosca de la *clase política* tenía la desventaja de que incluso los no marxistas situaban el concepto de clase en las cercanías del modelo de dos clases marxistas, estaba caracterizado por una perspectiva dicotómica. Parecía que en todas partes había élite y no elites. La teoría de la democracia tenia al menos que partir de la idea de que las no elite influían en las elites por delegación. Las anteriores teorías de la representación, con la separación estricta entre representantes y pueblo, tuvieron una visión más flexible de la relación entre élite y no élite.

1.4.2 Estatus de la Política y de los Políticos

En las sociedades tradicionales, sacerdotes, guerreros y gobernantes constituían la elite, y se consideraba que el arte de gobierno tenía un origen sagrado. El liderazgo conllevaba un alto grado de ostentación, y quienes participaban en la adopción de decisiones podían reclamar para sí gloria y grandeza. Las culturas políticas modernas, en cuanto son reflejo de una creciente división del trabajo y del auge de postulados seculares, tienden a considerar la política simplemente como una profesión entre otras muchas, y a rebajar el papel del político, aun cuando todavía enlacen la importancia suprema del Estado y de la nación.

Una cultura política debe establecer recompensas y castigos apropiados para premiar o castigar la participación política activa. En las sociedades tradicionales, el elevado estatus de los líderes significaba también que quienes poseían el poder podían aspirar legítimamente a elevadas recompensas materiales. Con el desarrollo de otras profesiones y la contradicción de la esfera política, disminuyeron las recompensas materiales que aguardaban a cuantos se dedicaban a la vida pública, confiándose, cada vez más, que sacrificaran sus personas en el servicio del público. La cultura política, al controlar el equilibrio existente entre las recompensas y los castigos que esperan a quienes acceden a la vida pública, tiende, asimismo, a controlar las cualidades exigidas a los aspirantes. En las culturas políticas democráticas, el deseo de constreñir al poder se traduce en la exigencia de que quienes aspiran al poder no tengan intereses personales, sino que deseen únicamente servir los intereses de los demás; naturalmente, la sospecha de que esto no siempre sucede, reduce la estimación popular por los políticos como clase. Las culturas políticas, al crear distinciones entre estadistas y políticos, ofrecen otra base para premiar y controlar a quienes aspiran al poder.⁵³

Posiblemente ninguna otra actividad social incide sobre una gama tan amplia de emociones como la política; en consecuencia, toda cultura política pretende regular la expresión de las pasiones públicas que considera apropiadas, negando legitimidad a las restantes. Por encima de todo, y en la medida en que la política entraña necesariamente. En tercer lugar, los valores de los individuos y de los grupos sociales que componen la sociedad en cuanto a la comprensión de la actividad política se refiere, derivados tanto

⁵³ *Idem*

elementos estrictamente culturales como de experiencias históricas. La política en México requiere de un estudio histórico que nos permita entender como se ha ido configurando la cultura política de las élites y en ese sentido cual ha sido su desempeño y rotación, para con ello poder entender como se configura el nuevo esquema de dominación.

Capítulo II

La Transición en México y la Ontología de las Elites

Para ser democrático, un sistema político debe reconocer la existencia de conflictos de valores insuperables, y por tanto no aceptar ningún principio central de organización de las sociedades, ni la racionalidad, ni la especificidad cultural. Estamos acostumbrados desde hace tiempo a decir que la democracia es necesaria porque existen conflictos sociales insuperables.

Alain Touraine ¿Qué es la democracia?

El tema general que nos ocupa es el de la cultura política en las élites en México, la primer pregunta que se presenta ante nosotros es por qué ocuparnos de las élites en un contexto donde aparentemente la matriz del cambio y el centro de los estudios lo ocupan los "ciudadanos" y los proceso que generan. El primer supuesto del que partimos aquí como preámbulo es que las élites en México han desempeñado la configuración del esquema de dominación en la transformación y dirección de las políticas en México. El segundo supuesto es que en las élites políticas, por su papel protagónico, han tenido la responsabilidad de buscar y dirigir la vía idónea tanto para las mismas élites como para mantener de manera estable una ciudadanía más o menos conforme. Esto es, que el papel de los grupos dirigentes en México es tan fuerte hoy en día como en las épocas del caudillismo más arraigado en México. También intentaremos exponer el carácter heterogéneo de la subcultura de élite, por lo que suponemos que las normas y patrones de comportamiento son distintos tanto en las subculturas de élite como en las de masa.

Al analizar en qué medida las subculturas de elite y de masa contienen series complementarias de valores, es útil distinguir entre aquellos sistemas en los que la admisión en el seno de la subcultura de élite va precedida generalmente por la socialización en el seno de la subcultura de masas y aquellos otros en los que los canales de socialización se hallan totalmente separados. En la mayoría de las sociedades democráticas modernas, el modelo general consiste en que los individuos son socializados en el seno de la cultura de masas antes de ser reclutados para el desempeño de los papeles políticos importantes, debido a lo cual la élite, aun habiendo adquirido cualidades y conocimientos políticos altamente especializados, está también en condiciones de apreciar los valores básicos del conjunto de ciudadanos.

Como hemos venido exponiendo desde el primer capítulo, las relaciones y condiciones estructurales son vital relevancia para este trabajo, por lo que iniciaremos nuestra discusión con una descripción del contexto histórico del sistema político mexicano, para posteriormente exponer las diferentes corrientes de interpretación de la transición y por último el papel de las élites en este contexto.

2.1 Génesis Histórica del Sistema Político Mexicano

2.1.1 El Presidencialismo y el PNR

Lo expuesto en el primer capítulo nos ofrece el panorama en el cuál se desenvuelve al menos de manera rígida el contexto mexicano, algunos han dado en llamar a este lapso histórico un periodo de transición, sin embargo parece que los periodos de transición en México surgen únicamente en periodos de elección. En este capítulo trataremos de mostrar porque el intento de democratización del sistema político mexicano se centra exclusivamente en los periodos de elección.

Comencemos por mencionar que una de las consecuencias de la Revolución Mexicana, es que los constituyentes de 1916 tuvieron que integrar las demandas sociales en el diseño constitucional, en el artículo 27 se observa un reordenamiento de las facultades del Estado (a través del presidente) para garantizar a la población campesina el bienestar y su participación e incorporación en el desarrollo nacional; en el artículo 123 se

establecen los lineamientos para garantizar a cualquier persona la protección en su trabajo (el presidente actúa como árbitro).⁵⁴ La Constitución de 1917 creó un ejecutivo extraordinariamente poderoso; es de esta carta magna donde emanan muchas de las facultades amplias de que goza en México el presidente de la República. El predominio del presidente como árbitro en los conflictos nacionales, y el secreto en que se mantienen las decisiones gubernamentales -en particular la selección de su sucesor⁵⁵-, han contribuido a dar sustento de un "mito presidencial"⁵⁶. No debemos perder de vista que la Constitución favorece la existencia de una figura presidencial fuerte. La creación del Partido Nacional Revolucionario que es el primer esfuerzo exitoso de institucionalización del poder; sobre todo del presidencial. Así pues, la constitución de 1917 garantizaba un respaldo social por parte del Estado a la población mexicana, con una clara influencia del ejecutivo, tal vez por este motivo sea que durante muchos años se haya considerado que el sistema político mexicano como *sui generis*, una de las razones, pero no la única, de considerarlo así es el prolongado periodo de tiempo que el partido surgido de la revolución (PRI) se ha mantenido en el poder. Por otro lado, se pensaba que la razón de la estabilidad del sistema, residía en la institucionalización del poder presidencial y el surgimiento de una elite política sumisa al presidente en turno.

De esta manera nos dirigimos a abordar las características principales del presidencialismo y los hechos históricos más importantes que configuraron el sistema político actual. Al observar las diferentes perspectivas sobre el presidencialismo se pueden hacer los siguientes señalamientos, primero que algunos observan una tradición histórica que nos remite hasta la constitución de 1824, 1857 y 1917, sin embargo, es después de la revolución, cuando se pudo diseñar un gobierno efectivo y capaz de controlar los diferentes sectores a través de un ejecutivo fuerte.

Sin embargo no sólo constitucionalmente es relevante del estudio del presidencialismo, lo que aquí nos interesa es conocer cuál es fueron las estructuras sociales que creo y mantuvo para poder existir durante más de cuatro décadas en México sin estallidos generalizados de violencia o inestabilidad política como en otros países de América Latina, por ello para entender el presidencialismo en México es necesario, como ya

⁵⁴ Constitución de 1917 y diario de debates del constituyente de 1916.

⁵⁵ Luis Javier Garrido. "Las quince reglas para la sucesión presidencial" La sucesión presidencial en 1988. México, Grijalbo, 1987

⁵⁶ Daniel Cosío Villegas. "El sistema político mexicano" México. Joaquín Mortiz, 1987

habíamos mencionado remitirnos historia del su actor principal: El PRI. El fenómeno del PRI ha llamado la atención, en primer lugar, por ocurrir en América Latina, región que ha mostrado una profunda inestabilidad política en este siglo. En segundo lugar, es considerado como uno de los pocos partidos en el mundo que no perdió una sola de las elecciones presidenciales desde su fundación, en 1929 y hasta 1994.

Cuando Plutarco Elías Calles propuso la creación del PNR, además de presidente de la república, ostentaba un rango militar: General del Ejército. El PNR. nace en México con el proceso de aglutinar a las fuerzas revolucionarias. La muerte del general Obregón y las condiciones de inestabilidad política generadas por el suicidio acrecentaron en Plutarco la convicción de instituir reglas del juego y canales apropiados para dar curso a los diversos intereses políticos.

El sistema político mexicano compuesto por un ejecutivo fuerte se alejaba del modelo tradicional estadounidense para convertirse en un superpresidencialismo. La base de lo anterior se basó en un diseño legal que se conjugó con la creación del PNR en 1929, además la inclusión de grupos en el periodo conocido como corporativismo con Cárdenas, vino a traer mayor estabilidad entre los grupos dominantes (caciques, inversionistas y la clase política), la conjugación de estos elementos propicio que el poder ejecutivo fuera el jefe del partido dominante (hasta los ochentas), debilitamiento del poder legislativo, control sobre la suprema corte de justicia, en un principio marcada influencia sobre la suprema corte de justicia, institucionalización del ejército, amplias facultades constitucionales y extraconstitucionales para designar a su sucesor, gobernadores de entidades federativas y locales.

Durante la primera mitad del sexenio del general Lázaro Cárdenas, el régimen mexicano se consolidó sobre dos "instituciones" fundamentales: un presidente de la República fuerte y un partido oficial que pretendía incorporar a la casi totalidad de las masas obreras y campesinas organizadas, presentándose más que nunca como el legítimo representante de "la Revolución". Luego de los años de lucha contra el callismo (1934-1936), el partido devino por primera vez en su historia, en su mismo sostén del presidente de la república. De un instrumento que permitía la "Jefe máximo de la Revolución" dirigir la política del país, el PNR pasó a ser una institución estatal bajo el control del Ejecutivo. El sistema político mexicano se fue fincando esencialmente durante este trienio sobre un presidente

de la república cuyos poderes reales comenzaban a ser superiores a sus facultades constitucionales y que se consistió en el centro de la vida política del país. El "Partido de la Revolución" tuvo un papel fundamental para consolidar el régimen posrevolucionario. El PNR dominó ampliamente durante esos años el panorama electoral sin que fuerza alguna pudiera oponerse. A principios del sexenio cardenista, la lucha política se reducía prácticamente al enfrentamiento de dos tendencias en el interior del PNR – la cardenista y la callista-, pero luego de los acontecimientos de esos meses, no obstante seguir atravesando por diversas corrientes políticas, el PNR permaneció firmemente unido en torno al presidente de la República. Los otros dos partidos políticos nacionales existentes – el PCM y el PLM- aun siendo formalmente organizaciones "de masas" no podían presentarse como una verdadera oposición y adoptarse en 1937 la política "frente popular" el PNR eliminó prácticamente toda oposición electoral importante, lo mismo en el plano nacional que en el local. En la concepción del grupo cardenista, el Partido debía volver a ser por consiguiente el centro legítimo de unión de las fuerzas populares organizadas y al mismo tiempo convertirse en el lugar de expresión política de las nuevas organizaciones. El PNR debía reforzarse con bases sociales más amplias según este proyecto y fortalecer sus rasgos como partido "popular". De un partido que realizaba la mediación entre diversas facciones del grupo revolucionario, se estaba construyendo un partido de masas, que realizaba la mediación entre el aparato estatal y las organizaciones sindicales.

La incorporación de los líderes sindicales al aparato partidario fue sin duda alguna una de las principales innovaciones del nuevo PNR. Una gran diferencia entre la concepción que Calles y Cárdenas tenían del Partido residía precisamente en el problema de la integración de los dirigentes de los sindicatos a sus tareas y el papel político que éstos debían desempeñar. Los viejos caudillos militares, luego de la experiencia con la CROM durante los años veinte, se habían opuesto decididamente a lo largo de una década a compartir los cargos de dirección política con los jefes sindicales, pero el nuevo presidente había comprendido que para consolidar el aparato estatal posrevolucionario era menester no solamente unir a los "partidos" que se reclamaban de la "Revolución", eliminar a los grupos agraristas armados que exigían el reparto de tierra y disciplinar al ejército, sino también iniciar una política de reformas sociales profundas. Y para ello era imprescindible a las autoridades incorporar a algunos líderes campesinos y obreros a responsabilidades de elección popular, en particular facilitando el acceso al Congreso de

la Unión, por lo que Cárdenas comenzó a confiar a los dirigentes campesinos algunos cargos administrativos.

El presidente de la República comenzó a ser en vez del Partido el eje de la vida política del país. Al eliminar al grupo callista, someter a los principales caciques y propiciar la reorganización de campesinos y obreros. Cárdenas afirmó ampliamente la preeminencia presidencial. El dominio del Ejecutivo sobre el Partido no dejó por consiguiente de acrecentarse en el curso de esos meses y así pudo Cárdenas ir tomando las decisiones que comenzaban a transformar tan profundamente a la organización. La política de "puerta abierta", el manifiesto de septiembre de 1936 y la aceptación de un acuerdo electoral frente populista constituían ya un primer paso. El segundo era para Cárdenas una transformación formal del Partido: el PNR debía convertirse oficialmente en un amplio frente que encuadrara a las organizaciones más importantes del país, en una poderosa organización de masas en la que militares, empleados públicos, campesinos, trabajadores, maestros y otros grupos de las capas medias de la población pudiesen legitimar la acción del gobierno, consolidando de esta manera el aparato estatal posrevolucionario.⁵⁷

La transformación operada en el Partido de 1934 a 1937 se debió a iniciativas presidenciales y no fue consagrada oficialmente en los documentos partidarios. Después de los graves acontecimientos de esos años. Algunos de las organizaciones que formaban parte de ese vasto "frente popular" – entre ellas la CTM y el PCM- acentuaron sus peticiones y gobierno cardenista comprendió la urgencia de transformar de manera formal al PNR para consolidar el "frente" que debía permitirle acelerar la aplicación del Plan sexenal y hacer más claramente del PNR el partido del proyecto cardenista.

El "Partido de la Revolución" se consolidó en el curso de los tres últimos años del gobierno de Lázaro Cárdenas, como un pilar fundamental del Estado mexicano posrevolucionario. Las transformaciones de 1938 lo constituyó oficialmente en una formidable organización de masas y dio sin duda a los dirigentes políticos mexicanos una amplia base social "institucionalizada" que les permitió realizar su programa de reformas sociales. A pesar de las múltiples disidencias que se manifestaron en el último trienio del

⁵⁷ Garrido, Luis Javier, **El partido de la Revolución Institucionalizada: La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)**, siglo XXI, México, 1985 pp.230

sexenio cardenista y que afectaron seriamente a la unidad partidaria, el Partido no sólo siguió desempeñando el papel que había tenido en los años precedentes sino que comenzó a cumplir además nuevas funciones.

El gobierno de Cárdenas logró consolidar un amplio frente de organizaciones populares en el interior del Partido. Al reorganizar o apoyar la organización de los obreros, campesinos, empleados públicos y grupos de las capas medias de la población y encuadrarlos al lado de los militares en las centrales integrando éstas a los cuatro sectores del Partido, el régimen cardenista pudo presentar al PRM como el legítimo representante de la nación y disponer por consiguiente de un formidable apoyo popular. Desde el principio de su sexenio, Cárdenas había buscado establecer un compromiso entre las diversas clases sociales que reclamaban de la "revolución", tratando de satisfacer un cierto número de sus reivindicaciones más importantes – cosa que los gobiernos precedentes no habían podido lograr – y la reorganización del Partido le permitió instituir oficialmente ese compromiso de clases y hacer de él uno de los fundamentos del Estado mexicano posrevolucionario.

Los líderes callistas habían iniciado el proceso de incorporación de las masas al Partido, haciendo entrar a él a las organizaciones controladas por los caciques posrevolucionarios, y el gobierno de Cárdenas dio un impulso vigoroso y definitivo a dicho proceso reorganizando a los disidentes del callismo y organizando a los campesinos en una sola confederación nacional, apoyando la consolidación de una sola central obrera, colaborando en la organización o reorganización de múltiples sindicatos y creando los sectores en el Partido. Gracias al control que el Partido comenzó a ejercer en el aspecto político sobre las organizaciones sindicales, el Estado mexicano posrevolucionario pudo entonces consolidarse definitivamente. En 1938 fue el Estado el que transformó al Partido. Calles, como jefe de la "Revolución", había invitado en 1928 a los dirigentes políticos del país a unirse en el PNR bajo su dirección. Con Cárdenas, por el contrario, fue gracias a la acción del Estado –cuyo jefe real era desde el fin del periodo del maximato callista el presidente de la República– que se realizó la unión. La concepción del Partido como un partido de Estado –desarrollada a lo largo de los años treinta–, lejos de ser abandonada se consolidó.

El régimen mexicano fortaleció entonces sus rasgos como un régimen unipartidista. A partir de 1938, el sistema político mexicano estuvo fundado, más que en el pasado, en la existencia de un partido único de hecho: el PRM. Aunque un número importante de organizaciones derechistas se constituyeron entonces como reacción al cardenismo, la casi totalidad de dichas formaciones políticas – a excepción de la UNS y el PAN-, no fueron más que partidos ocasionales, carentes de bases organizadas, que no tuvieron más que una vida efímera. A la izquierda del régimen cardenista surgieron algunas pequeñas formaciones durante esos años, pero ninguno tuvo una verdadera relevancia. El único partido de izquierda existente, el PCM, había decidido apoyar al PRM considerando que este el “frente popular” en las condiciones de México y no hubo por consiguiente oposición formal alguna al Partido oficial. Los movimientos de oposición nacidos entre 1938 y 1940, surgieron como una reacción a los principales aspectos de la política cardenista, pero no lograron constituir una organización estructurada ni estable. El principal frente de opositores al cardenismo – el PRUN- se formó con fines puramente electoralistas, en torno a un caudillo y no sobrevivió a las elecciones de 1940. Sin apoyarse en una doctrina de “partido único”, con sus cuatro millones de miembros aproximadamente, el PRM era de hecho un partido casi único, con sus cuatro millones de miembros aproximadamente, el PRM era de hecho un partido casi único que daba al Estado un apoyo inigualable que le permitía desempeñar un papel activo en la transformación económica del país.⁵⁸

La transformación de 1938 permitió a los dirigentes de la burocracias políticas y sindical presentar al partido como un amplio frente popular que realizaba un combate contra la herencia “contrarrevolucionaria” existente en el aparato estatal mexicano, pero en realidad dicha herencia no fue abandonada nunca. Lo mismo en su composición, que en sus tesis o en sus prácticas el PRM cardenista recibió del PNR callista toda una serie de características que siguió conllevando.

Las tesis del Partido se radicalizaron ampliamente en el momento de su transformación. lo que contribuyó sin duda a darle una nueva imagen. La ideología oficial del PRM continuó sin embargo marcada, al igual que la del PNR, por un número importante de contradicciones . En los nuevos documentos oficiales, por un lado se reconocía por

⁵⁸ Garrido, Luis Javier, **El partido de la Revolución Institucionalizada: La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)**, siglo XXI, México. 1985. pág. 298

ejemplo a la "lucha de clases" y se hablaba del paso hacia el "socialismo" pero, por el otro, no se cuestionaban aspectos esenciales de la política seguida hasta ese entonces por el gobierno, en particular en lo relativo al modo de desarrollo que se había elegido. Entre la ideología oficial y las tesis expresadas por los dirigentes partidarios hubo desde un principio un abismo y el importante viraje que tuvo la acción gubernamental poco después de la transformación de 1938 se reflejó en la acción del Partido. Ni la tesis del Partido ni los discursos de sus dirigentes correspondieron jamás a la acción real de la organización. Los líderes sindicales, aunque convencidos de que el PRM no iba a ser un partido de izquierda, habían obtenido sin embargo que los nuevos documentos oficiales tuviesen un vocabulario bastante radical y, al igual que los principales dirigentes políticos, desarrollaron una retórica bastante izquierdista, pero ello no correspondía de ninguna manera a la acción partidaria que a largo de esos tres años había hecho caso omiso de sus tesis esenciales.

El proyecto político de 1938 fue en términos generales vago e impreciso y no tuvo otra finalidad que la ensanchar formalmente las bases partidarias integrando y encuadrando en el PRM a las organizaciones sindicales. Si se considera al PRM como un proyecto de partido "popular", se puede decir por consiguiente que nació muerto. La participación de los dirigentes campesinos y obreros en los puestos de dirección del Estado, no se realizó nunca. Uno de los abandonos esenciales que se hicieron al proyecto del PRM fue el de dejar la dirección de la organización a cuadros surgidos de los sectores militar y popular los sectores minoritarios sobre los que el control gubernamental era mucho más firme. Reducidos a ser los mediadores entre el Estado y las fuerzas populares, los dirigentes sindicales comenzaron así a establecer gracias a la corrupción vínculos estrechos con los dirigentes políticos y a convertirse, en particular en el sector campesino, en simples correas de transmisión. Las masas populares quedaron así reducidas en el interior del PRM, al igual que en el pasado, al papel de simples legitimantes de las decisiones tomadas por la cima. La división de sectores – que había constituido la novedad más importante en la estructura del PRM y por consiguiente el punto de ruptura con el PNR- no hizo más que dar al Estado nuevos medios para fortalecer su control sobre las organizaciones sindicales pues este podía en lo sucesivo, oponer las demandas de un sector a las de otro y reforzar su capacidad de negociación. La afiliación obligatoria de los campesinos y de los militares y la incorporación de la mayor parte de los trabajadores y

de los asalariados sindicalizados, consolidaron una amplia estructura de mediación que permitía el control de los movimientos populares.

En el curso de los años de la segunda guerra mundial, el Partido de la revolución Mexicana tuvo un papel bastante singular que contribuyó, de manera decisiva, a la consolidación del Estado mexicano contemporáneo. En tanto que órgano político de " la Revolución", el PRM permitió al grupo avilacamachista presentarse en 1940 como el heredero legítimo del movimiento armado. En su calidad de instrumento de incorporación y de encuadramiento de las masas populares al Estado dio al régimen la posibilidad de ampliar notablemente su base social. Como aparato ideológico contribuyó a lo largo de los cinco primeros años del gobierno a hacer aceptar la línea gubernamental.

Para concluir este apartado sobre el PNR y su importancia en el desarrollo de las normas vigentes en del sistema político mexicano, hagamos unas anotaciones finales sobre el significado del presidencialismo en México: 1) El partido que surgió en 1929 asentó las reglas del juego del régimen, dos son las claves que explican su larga estabilidad (que tuvo): el arbitraje centralizado ejercido por la presidencia de la República y la gran circulación del empresario político permitido por la regla nodal de la no reelección. Sólo, al final del gobierno de Cárdenas, quedaron definidas las reglas que regirían a partir de entonces la sucesión presidencial, el partido nacido del pacto del 29 se convirtió en el instrumento privilegiado para resolver las controversias del empresario político⁵⁹. 2) El pacto de 1929 dio lugar a un proceso de ajuste institucional en el que se fueron abriendo paso nuevas reglas del juego estructurarían el marco de preferencias de los actores durante los años siguientes. 3) La iniciativa de Calles de crear el PNR pudo haber trasladado el eje de poder hacia el partido, pero el hecho de que éste sirviera durante sus primeros años como instrumento del fundador para manejar personalmente los hilos del poder, provocó que uno de los efectos del rompimiento entre Calles y Cárdenas fuera el sometimiento del partido a la presidencia de la República, como vía para eliminar la posibilidad de que surgieran nuevos caudillos, al margen del poder constituido; de ahí que la principal de las facultades metaconstitucionales de la institución presidencial sea la de ejercer la dirección real partido. 4) El pacto de las élites requería mecanismos disciplinadores que garantizaran su continuidad; en 1932 se restablece la no reelección

⁵⁹ Romero, Jorge, La construcción institucional del presidencialismo, en Congreso Nacional de Ciencia Política

presidencial con carácter absoluto, se extiende el principio a las gobernaturas y se prohíbe la reelección inmediata de diputados y senadores” este cambio generó un cambio institucional debido a que se forman un: conjunto de incentivos para el disciplinamiento del empresario político local a la maquinaria central” y sería un elemento clave en el declive del poder de los caudillos regionales, que se agudizará con la disolución de los partidos estatales, que le dieron al PNR un carácter de coalición.⁶⁰

A partir de la presidencia de Manuel Ávila Camacho, el sistema político mexicano descansaría en un presidencialismo de enorme poder, pero limitado por el pacto implícito en su duración, desde entonces el PRI se volvería el núcleo de concertación de intereses por excelencia, en suma las claves de la estabilidad política y la causa de la permanencia de un sólo partido en el poder, bajo programas de muy distinto perfil ideológico corresponden a garantizar un espacio a los grupos políticos de mayor representación nacional. Podemos decir también que el PRI nació como el espacio de negociación política por excelencia, pero también como el pilar sólido del apoyo social organizado por el presidente el presidente obtenía la lealtad incuestionada de sus seguidores y el PRI recibía a cambio los beneficios políticos y económicos de la intermediación presidencial. La disciplina del partido y el liderazgo presidencial formaban parte de del mismo proceso.⁶¹ En síntesis el presidencialismo mexicano fue (¿y es?) la representación más acabada de la compleja combinación entre constreñidos informales y ordenamientos legales del régimen, es la base actual de las normas instauradas dentro del servicio público y la legitimación misma de las prácticas políticas para acceder a servicio y puestos públicos. Estas consecuencias de orden cultural son las que nos interesan resaltar, para ir configurando el esquema que nos permitirá describir con mayor precisión las condiciones en que se mantiene la clase política en México.

Continuando con nuestro recorrido histórico del sistema político mexicano podemos detenernos a estudiar el periodo de Echeverría y López Portillo. De 1940 a 1988, se caracteriza por la institucionalización y la hegemonía del partido oficial, los caudillos militares se retiran de los comicios y se observa una clara consolidación institucional de

⁶⁰ Romero, Jorge, La construcción institucional del presidencialismo, en Congreso Nacional de Ciencia Política

⁶¹ Espinoza, Ricardo, “Superpresidencialismo y Presidencialismo” en *La Ciencia Política en México*, FCE, México, 1999, pag. 64.

los procesos electorales en comparación con los anteriores. En estos años, el Estado es el actor fundamental del sistema político, forjando un sistema de partidos al que Giovanni Sartori denominó de partido "hegemónico", caracterizado por la permanencia del Partido Revolucionario Institucional y la presencia casi testimonial de otros partidos políticos cuya función también entre otras fue la de legitimar el régimen y al sistema de partidos.

El desarrollo electoral de esta época se caracteriza por el control de las instituciones encargadas de organizar las elecciones, legislaciones electorales que limitaban el desarrollo de la oposición, un amplio caudal de recursos de todo tipo para el partido oficial, corporativismo y clientelismo electoral, cooptación cuando no con fraudes e irregularidades electorales que llegaron a conformar toda una antología del factor político. El papel de las elecciones ha jugado un lugar secundario en el complejo fenómeno de la legitimación, por que las votaciones han servido para dar una base legal a todos los mecanismos autoritarios de que dispone el régimen para designar a sus gobernantes. Otro rasgo distintivo no es sólo que el gran poder del presidente, sino que no existe una instancia capaz de limitar sus posibles excesos. En este sentido la descomunal presencia del poder ejecutivo en nuestro sistema ha empequeñecido a los otros poderes⁶². Esto es, los poderes legislativo y judicial.

2.1.2 El Preámbulo para la Crisis y la Transición

Los proyectos políticos del sistema han sido producto de la necesidad política y no han resultado de un diseño teórico –ideológico. Al movimiento obrero ferrocarrilero de 1958-1959, el sistema político respondió con el desarrollo estabilizador. Al movimiento estudiantil de 1968, el sistema respondió con la fórmula implícita de "mantened unida a la clase política y pagad bien al ejército", mientras se opta por una directriz económica y política que tiene el tiempo en su contra.

Al gobierno de López Mateos le correspondería enfrentar a las nuevas organizaciones que se habían formado en el seno de los sindicatos burocráticos. Después de algunos intentos de cooptación de las fuerzas obreras recién organizadas, la postura del liderazgo y la movilización alcanzada por los grupos obreros llevaron al gobierno a detener, por medio de una intervención súbita del ejército y la policía, estos esfuerzos de organización

⁶² Ibid. p, 23

independiente y a encarcelar a sus principales dirigentes. En términos de subsistencia, el sistema resistió el enfrentamiento, sin tener que cambiar su naturaleza básica. El ejército regresó a los cuarteles, la dirección cetemista acudió a ofrecer su apoyo al presidente y a ofrecer el apoyo del resto del movimiento organizado. Y el propio presidente procuraría no entregarse a la derecha con base a su política independiente frente a la Revolución Cubana, la nacionalización de la electricidad (que fue apoyada por el sector combativo de los electricistas) y en todo un manejo de la imagen popular del presidente.⁶³

Los dirigentes del sistema político habían reconocido el peligro: o se diseñaba una estrategia económica que limitara la inflación y acelerara el crecimiento o el sistema tendría que descargar eventualmente y crecientemente en una sola de sus piernas: la coerción. El proyecto para poner fin a la insurgencia obrera fue, precisamente, el desarrollo estabilizador.

El proyecto político con que el sistema enfrentó al movimiento obrero de 1958 le había dado 10 años de vida al sistema, sólo que había parcialmente engendrado los motivos de su propio fracaso. El auge de la economía había deteriorado las posiciones de quedaron fuera de la alianza del desarrollo estabilizador. El mayor impacto negativo ocurrió en el campo, entre ejidatarios y jornaleros, pero alcanzo en la ciudades a colonos y al grueso de la clase obrera que mantuvo reducidos sus salarios, e incluso a los pequeños propietarios que como resultado de la concertación y la mayor dependencia externa fueron quedando desplazados. El país había crecido, pero con un alto costo en términos de independencia externa y, sobre todo, de justicia social. En resumen, en términos estrictamente económicos, el desarrollo estabilizador enfrentó obstáculos de consideración en la balanza de pagos, en el proceso de sustitución de importaciones de bienes intermedios y de capital, en la productividad del campo y en el ahorro público. Incluso sin el conflicto político de 1968 se habrían tenido que realizar ajustes considerables al modelo desarrollista. Pero de mayor importancia que los obstáculos económicos y que el deterioro del nivel de vida de los sectores mayoritarios de la población al proyecto de 1958- 1959 lo invalidaron razones políticas. En el año de 1968 se hizo evidente que las instituciones políticas de México se enfrentaban a una insuficiente

⁶³ Camacho Solis, Manuel, "La crisis en el Sistema Político Mexicano (1928-1977)", en **Los modelos históricos del Sistema político Mexicano**, Revista del Centro de Estudios I., Colmex, México , 1977 pag. 198-199

representación, falta de dirección política y ciertas escisiones al interior de la clase política.

La falta de representación concernía fundamentalmente a las clases medias. Los estratos sociales que se había creado, nutrido y orientado la Revolución mexicana habían adquirido una existencia social, pero sólo tenían una mínima representación política. El Congreso, que había sido un foro natural, era una institución servil y desprestigiada; la prensa se consideraba controlada por el gobierno y la administración pública dominaba por los políticos que, a los ojos de la clase media, eran ineficientes y corruptos. El sistema había creado fuerzas a las que no había dado acceso político y no estaba preparado para que le exigieran ese acceso.

Sin embargo, aun con la falta de representación y dirección política, no se habría logrado una movilización tan amplia sin algunas escisiones entre la clase política y actos de gobierno que unificaron a la oposición. El costo que implicó la subsistencia del sistema político en 1968, que cayó por completo en el recurso coercitivo, fue considerable entre los sectores importantes de la nación y en términos de la imagen internacional de México. A pesar de que el presidente había contado al final con el apoyo, o la anuencia, de todas las fuerzas políticas, de los sectores empresariales e importantes del estrato de las clases medias que habían observado directamente la potencialidad de la oposición al gobierno, la alianza social que surgió de la revolución estaba en entredicho pues el sistema había tenido que reprimir a uno de sus sectores fundamentales, casi su objeto social: la clase media.

El costo político de 1968 alcanzó, incluso, a sectores de la clase política que, por una parte, estuvieron sujetos a una crítica sin precedente y presenciaron fenómenos que desbordaron todas sus predicciones, y por la otra, les dejó insatisfacciones ideológicas y remordimientos. El cambio de gobierno ofrecía la posibilidad de renovación y fortalecimiento de las élites. Pero la práctica de gobierno, necesariamente, tendría que enfrentar el problema de la representación y de la dirección política.

Podríamos hacer un corte histórico a partir de José López Portillo en 1976 cuando asume la presidencia de la República, en ese entonces el país se encontraba, "extrañamente", sumido en una crisis económica y política, las iniciativas que en su gobierno se dieron se

han ganado la atención de los estudiosos del sistema político y coinciden en señalar a este periodo como el inicio de la transición, debemos señalar al respecto que aquí consideramos que no es sólo el inicio de la transición sino también el inicio de las crisis políticas y económicas cíclicas, devastadoras para la sociedad, con lo cuál el sistema entra en una etapa de frustración aguda de la que difícilmente podrá salir sino plantea alternativas para su superación, dicha alternativa es: La democracia.

Al finalizar el periodo de Luis Echeverría Álvarez, en el nivel de lo económico se presento la inflación creciente (que aumenta de un promedio de 14.2 por ciento entre 1973 y 1976); una drástica reducción de la inversión y de la producción en todas las áreas de la economía; un enorme déficit gubernamental acompañado de un inusitado crecimiento de la deuda pública externa (la cual entre 1971 y 1976 tuvo un incremento medio anual del 29.8 por ciento, pasando así de 4, 545 millones de dólares en 1971 a 19, 600 millones al finalizar el sexenio); un grave desequilibrio con respecto al sector externo, que se quiso corregir a través de la devaluación de la moneda en casi cien por ciento (se abandonó la paridad de 12.5 pesos para cada dólar, mantenida por más de 20 años, para fijarla en 23 pesos); Así como una abierta y descarada fuga de capitales por parte de los sectores más pudientes del país.⁶⁴

La crisis política se manifestó, entre otros fenómenos, en una prácticamente total pérdida de la confianza en el gobierno. Y este sentimiento fue compartido por diversos grupos, pero se concentró, sobre todo, en las clases medias urbanas que, como en 1982, vieron amenazados sus intereses. En algunos casos la desconfianza llegó a traducirse en enfrentamientos abiertos con el gobierno, como el caso del grupo Monterrey, o bien, implicó presiones como el retiro de fondos de los bancos, la dolarización de los ahorros y finalmente, la salida de capitales.

En oposición a la actuación del gobierno de Echeverría, los rumores y actos terroristas fueron tácticas frecuentemente utilizadas por los grupos de presión y de poder. Todo ello restaba sentido a la campaña electoral de López Portillo, en la que, debemos recordar, se presentó como único candidato a la presidencia

⁶⁴ Miron Lince, Rosa María y Pérez Germán; "López Portillo un sexenio de auge y crisis", en *Evolución del Estado Mexicano: Consolidación 1940-1983*, Tomo III, México 1991, Ed. El Caballito. pag. 193

Frente al mundo capitalista, la situación de México en 1975 y 1976 no era halagadora. La pérdida de legitimidad que sufría el Estado mexicano tuvo consecuencias en el extranjero, sobre todo en EU, donde el proceso de deslegitimación del gobierno de Echeverría fue dirigido por la élite norteamericana. Cabe mencionar que la política exterior de esa administración se caracterizó por una clara intención, más que anti- yanqui, liberalizadora. En efecto, fue el sexenio cuando se fundó el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), cuyo objetivo central fue establecer una red industrial y comercial en América Latina que excluyera a los Estados Unidos.

En las condiciones de crisis de este sexenio, la capacidad de liderazgo del gobierno y de su partido estaban, ciertamente, deterioradas. Para resolver esta cuestión, desde su campaña electoral López Portillo intentó recuperar la conducción del país. Para ello fue importante deslindar políticas y estilos. Por grande y sorpresiva que haya sido la crisis de 1976, la pérdida de consenso se limitó a una administración, esto es, no afectó al Estado en su conjunto, en tanto institución. De esta manera, fue verdaderamente importante que habría una rectificación del rumbo que salvaría a la crisis.. En este sentido se hizo evidente que la conservación de la estabilidad política y la recuperación económica incluían un proyecto muy diferente al de Echeverría Álvarez y el cual, además se instrumentaría lejos de su influencia.

Con la intención de hacer frente a la problemática del país, el nuevo gobierno diseñó una serie de reformas, planes y programas tendientes a superar la crisis. En busca de una mayor eficacia y control estatales, se propuso una amplia reforma administrativa. Esta afectaría también a los aparatos judicial y legislativo. El propósito era organizar primero al gobierno para organizar después la país. Este halo de tecnicismo permitió, además, la construcción de todo un aparato legal de apoyo hasta entonces desconocido. Antes de concluir su primer año de gobierno López Portillo propuso al Legislativo, con éxito, más de 27 reformas a la constitución, algunas de ellas de gran trascendencia. En ese mismo lapso, también aparecieron publicadas la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, concreción de la reforma política; la Ley Orgánica de la

Administración Pública Federal, que reglamentó gran parte de la reforma administrativa, y por último, la Ley de responsabilidades de los funcionarios y Empleados Públicos.⁶⁵

225261

En el ámbito político los propósitos de reforma del sistema fueron quedando relegados al diálogo y la apertura presidencial. De ahí que se llegó a plantear el problema en términos de Echeverría o el fascismo, donde la segunda opción que en sentido estricto no era el fascismo –sino un régimen burocrático, tecnocrático y crecientemente militar– correspondía a una posibilidad efectiva, pero donde la primera opción de servilismo al presidente era una expresión de flojera intelectual en la que ni siquiera se exploraban las distintas opciones de reforma que tenía ante sí el sistema político. Los costos y los riesgos de una reforma económica y política, el servilismo de sus colaboradores y de sus cuadros recién cooptados, la falta de oposición política real que había ocasionado el uso extensivo de las fuerzas públicas y las confrontaciones verbales con los grupos de presión fueron llevando al presidente a optar por aquella alternativa de reforma en la que se corrían los menores riesgos inmediatos y que a la vez conducía a una mayor concentración del poder presidencial. Se escogió la vía del populismo⁶⁶.

El problema de la representación se enfrentó mediante la cooptación de técnicos e intelectuales y una reducida cooptación de dirigentes políticos. Pero el expediente fundamental que se utilizó fue la ampliación acelerada del gasto público.

Como proyecto económico el populismo mexicano de la década de los setenta significó un considerable fracaso. Con excepción de algunas grandes inversiones hidroeléctricas, en petróleo y en acero, con posibles frutos a largo plazo. La secuela del populismo fue una crisis económica de grandes proporciones. Si tomamos en cuenta las dificultades para superar la crisis, el año de 1976 ocurrió la mayor crisis de México de la posguerra. A diferencia del proyecto de desarrollo estabilizador que le dio diez años de vida al sistema político (1959-1968), el populismo se agotó en cinco años (1971-1975) y estrictamente hablando en cuatro años (1972-1975). La dinámica del proyecto populista creó sus propias limitaciones políticas. Al tratar de relegitimarse el presidente había articulado una

⁶⁵ Miron Lince, Rosa María y Pérez Germán; "López Portillo un sexenio de auge y crisis", en **Evolución del Estado Mexicano: Consolidación 1940-1983**, Tomo III, México 1991, Ed. El Caballito. pag. 203

⁶⁶ Camacho Solís, Manuel, "La crisis en el Sistema Político Mexicano (1928-1977)", en **Los modelos históricos del Sistema político Mexicano**, Revista del Centro de Estudios I., Colmex, México, 1977, pag. 203-204

nueva oposición fundamental empresarial. Al integrar un nuevo equipo político, cooptar a ciertos cuadros de oposición e imponer un sucesor presidencial sin apoyos políticos, había polarizado a algunos sectores de la clase política.

El sistema político mexicano se vio fuertemente cuestionado en el sexenio de Miguel de la Madrid. Las contradicciones sociales subyacentes mostraron todas sus complicaciones y generaron toda clase de rechazo, o por lo menos, actitudes de desconfianza. El gobierno de Miguel de la Madrid, enfrentaba no sólo la crisis económica y la necesidad ingente de controlar sus más graves manifestaciones sino, también, fuertes problemas de consenso prácticamente respecto a todos los grupos sociales organizados, tanto de la clase dominante como del bloque de los dominados. Estos problemas de orden político, también tiene su historia ⁶⁷

Anotemos, aun en forma muy breve y esquemática, que durante varios lustros en la sociedad mexicana hubo una notable estabilidad en el ejercicio de la dominación y la hegemonía, a través de la que parecía una muy sólida institucionalidad política y un (mil veces probado) sistema de procesamiento y concertación política entre los agentes colectivos organizados: sindicalismo oficial, organización campesinas, cúpulas empresariales, capital extranjero y coalición de grupos políticos que han ejercido directamente el mando del gobierno, principalmente. Este sistema de procesamiento y concertación políticos incluía la aceptación – expresa o tácita, según el grupo de que se tratara- del liderazgo del jefe del Ejecutivo; sistema presidencialista que con precisión se le ha definido.

La crisis económica sumó importantes fracturas al sistema político, en este sentido debemos señalar que las dificultades del proceso de concertación política entre los agentes colectivos organizados respecto a la administración de la crisis económica crecieron y se multiplicaron, y se tradujeron en problemas de consenso. Durante el auge el ingreso de muchas familias de asalariados creció, pero por la vía de un aumento en la tasa de explotación del trabajador individual combinando con un aumento en el número de miembros de la familia que se incorporaron al trabajo remunerado. Y el auge terminó y los primeros duramente golpeados por la crisis fueron los trabajadores asalariados y los

⁶⁷ Blanco, José; "Política económica y lucha política (un examen de la coyuntura mexicana)" en **México ante la Crisis** González Casanova y Aguilar Camín (coords.), Siglo XXI, México, 1985 pag 410-411

campesinos; los sectores medios fueron también afectados marcadamente, y desde el fin del auge viven profundamente frustrados sobre todo si se piensa en la magnitud de las expectativas forjadas. El fin del auge y las tormentas financieras de 1982 incluyeron, asimismo, una prueba de fuerza entre la burguesía financiera y el gobierno, que condujo a la nacionalización de la banca, una extendida desconfianza – que se diría irremovible - de la clase dominante en general respecto al gobierno.

El planteamiento estratégico para superar la crisis incluyó la insistencia de que el Estado fuerte no es un Estado grande , y que el Estado mexicano es muy grande ; incluye la tesis de que en el proyecto de modernización no tiene cabida el tutelaje que el Estado ha ejercido sobre los trabajadores; incluye, asimismo, la crítica acérrima a la populismo de los gobiernos anteriores. Estas tesis que sin duda forma parte de la ideología liberal y neoliberal, coexisten con otras polarmente contradictorias, pues también se propone la sociedad igualitaria y, además, por la vía del nacionalismo revolucionario. El planteamiento de modernización no incluye la democracia, pues frente al presidencialismo como sistema político y régimen de gobierno, no hay propuestas. Coherente con el carácter liberal y neoliberal de las tesis que se apuntan, fue la aprobación de las principales reformas constitucionales de diciembre de 1982, especialmente la referida al reconocimiento constitucional del sector privado y la eliminación de la tutela sobre los trabajadores mencionada, mediante el reconocimiento constitucional del sector social. El reconocimiento constitucional del sector privado también forma parte, desde luego, del programa de recuperación del consenso.

Resulta a todas luces interesante la manera como se ha venido configurando la estructura del sistema político, los lazos económicos y sociales que ha fortalecido como pilares de la legitimación, sin embargo para aquí surge la pregunta: ¿si el sistema había logrado sobrevivir a las crisis y había sabido manejar a los actores que ejercían presión, que circunstancias originan el declive de las normas y reglas establecidas en el núcleo político?. Si la experiencia histórica mexicana explica en gran medida la permanencia de las formas antidemocráticas del ejercicio del poder, entonces hay que buscar en otras áreas el origen de los procesos que hoy están empujando a que la sociedad en su conjunto exija y apoye un cambio en las reglas centrales del juego político.

Una explicación del cambio se encuentran en el surgimiento de la división, de un conflicto de fondo, en la cúspide de la pirámide del poder, que abrió el cerrado círculo gobernante a la participación de los excluidos, de las masas. En realidad, fueron conflictos dentro de la élite gobernante los que dispararon los procesos que llevaron a la Independencia, a la guerra de Reforma y a la Revolución de 1910. Tras la consolidación del último régimen – el de la Revolución-, en 1929, 1935, 1940, 1946 y 1952 volvieron a ocurrir otras tantas rupturas dentro del círculo gobernante, y en cada caso el grupo descontento busco buscó movilizar al resto de la sociedad en su favor. Sin embargo, la fuerza del “jefe máximo” en el primer caso y del presidente en turno en el caso y del presidente en turno en el resto, más un uso muy discrecional de los elementos de cooptación y de represión, llevaron a que finalmente se volviera a imponer las disciplina y se obligara a todos, dentro de grupo, a cerrar filas.⁶⁸

En los años ochenta volvió a surgir el conflicto interno. En efecto, por un lado, el populismo de los setenta creó un golfo entre el gobierno y los empresarios; por el otro, la monopolización de los puestos de decisión del gobierno por un puñado de jóvenes y ambiciosos tecnócratas abrió una brecha insalvable entre estos y el ala izquierda del PRI. A mediados de los años ochenta, la vieja coalición en que se sustentaba el poder presidencial desde 1940, sufrió una serie de fracturas, ahondadas por una crisis económica estructural. Fue esto último, los efectos negativos de las devaluaciones, de la inflación y del desempleo del círculo gubernamental tuviera eco en el resto de la sociedad y la movilizara electoralmente y de otras maneras para construir alternativas a un sistema que, desde 1970 en adelante, concluía cada periodo presidencial con gran crisis política o económica o con ambas. En estas circunstancias – y teniendo como trasfondo el fin de la guerra fría y las transiciones democráticas en América Latina y Europa-, una oposición cuyo núcleo era un viejo partido de centro derecha y otro recién creado de centro izquierda – el PAN y el PRD, respectivamente-, se puso al frente de una sociedad que estaba lista para recibir el mensaje opositor y movilizarse en la búsqueda de una alternativa, neutralizando los intentos del poder de acabar con los contestatarios por las tradicionales vías de la cooptación o de la represión ⁶⁹. En el sistema político mexicano, las elecciones federales, estatales y municipales, además de ser un procedimiento legal

⁶⁸ Meyer, Lorenzo; **Fin de Régimen y Democracia Incipiente**, Océano, México, 1998, pag. 22-24

⁶⁹ *ibid*, pag, 26

para la renovación de élites políticas, son uno de los asientos de la legitimación del propio sistema.

Aunado al poder presidencial existe el poder del PRI ante los otros partidos políticos, apenas con un contrapeso opositor de consideración a partir de los resultados electorales de julio de 1997, cuando el partido oficial pierde la mayoría absoluta de la Cámara de Diputados. Aquí se puede aplicar la misma idea que la tratada con el ejecutivo: la causa de que los partidos políticos de oposición sean pequeños no obedece a su escasa representatividad, lo que ocurre es que la legislación electoral hizo posible que el PRI alcanzara un tamaño desproporcionado frente a sus adversarios.

Como hemos estado señalando las características del sistema político, engendró una forma de hacer política desde y para las cúpulas, esto se mantuvo gracias a la estrategia exitosa del corporativismo mexicano que sirvió no sólo de control sino de legitimación del Partido y del Sistema. Nos detendremos un poco a hacer algunas precisiones generales en torno al corporativismo y su variante mexicana, antes de proseguir con el periodo de transición, que es sin duda el más importante en este apartado.

2.2 El Corporativismo

Como expusimos en el capítulo 1 la relación entre el auge de la sociedad de mercado y la reorganización del Estado, como parte del nuevo contexto ha originado una desregulación de la economía y no solo eso sino una especie de papeles inversos donde ahora las variables económicas son quienes indican los caminos que la política de alguna u otra manera debe asumir. Nos encontramos pues con que el papel de Estado en la actualidad es si bien menos absoluto, no por ello ha dejado de jugar su doble papel de mediatizado y parte, en los conflictos suscitados en el interior de la sociedad.

En la concepción pluralista, el poder no se organiza de forma jerárquica o competitiva. Es una parte inextricable de "un proceso interminable de intercambio" entre numerosos grupos que representan diferentes intereses entre los que incluye, por ejemplo, las organizaciones empresariales, los sindicatos, los partidos políticos, los grupos étnicos, los funcionarios de prisiones, los institutos de la mujer y los grupos religiosos. Estos grupos de interés pueden estructurarse alrededor de determinadas divisiones económicas o

culturales, como las clases sociales, la religión o la raza. Pero a largo plazo, las constelaciones de fuerzas sociales tienden a cambiar su composición, a alterar sus intereses y modificar sus posturas. Por lo tanto, la determinación de las decisiones políticas a nivel nacional o local no refleja una marcha majestuosa del público unido en determinadas cuestiones políticas básicas.

La descripción de la política de los grupos de interés que ofrecían los pluralistas clásicos era un correctivo importante al énfasis unilateral en la "política elitista", y al excesivo énfasis en la capacidad de los políticos de modelar la vida contemporánea, que encontramos en los escritos de los elitistas competitivos. Los pluralistas subrayaban correctamente las muchas formas en que determinadas pautas de interacción, competitividad y conflicto se inscriben en, es decir, están inmersas, la organización, la administración y las políticas del estado moderno. Las limitaciones electorales y la política de los grupos de interés implicaban que la capacidad de los dirigentes políticos para actuar independientemente de las demandas y presiones de la sociedad estarían casi siempre comprometida, con la excepción quizá de las épocas de guerra y otro tipo de catástrofes nacionales. La democracia, como conjunto de instituciones, no puede entenderse adecuadamente sin hacer una referencia detallada a este complejo contexto⁷⁰.

Sin embargo, el énfasis pluralista en la naturaleza "empírica" de la democracia introduce una dificultad en el pensamiento democrático, una dificultad creada, en parte, por Weber y Schumpeter. Al definir la democracia en términos de lo que en occidente se denominaba convencionalmente "democracia- las prácticas y las instituciones de la democracia liberal", y al centrarse exclusivamente en los mecanismos a través de los cuales los ciudadanos, se dice, pueden controlar a los dirigentes políticos (elecciones periódicas y políticas de grupos de interés), los pluralistas no examinaron de forma sistemática, no compararon, la justificación, las características y las condiciones generales de los distintos modelos democráticos.

Existen dos ramas importantes de la ciencia política recientes que amplían la crítica al pluralismo: los desarrollo neomarxistas de la teoría del Estado y las apreciaciones de científicos sociales sobre la importancia de las tendencias "corporativas" en las instituciones políticas modernas. Un grupo de analistas políticos ha tratado de superar

⁷⁰ Held, D., **Modelos de Democracia**, Alianza Editorial México, 1992 pag. 236-237

algunas de las carencias de la teoría de la democracia, estudiando el surgimiento del corporativismo. En lugar de la visión ofrecida por los marxistas, de una política dominada por las clases, los teóricos corporativistas se concentran en el poder centralizado de los grupos de interés organizados, y en los intentos del Estado por resolver los problemas que se generan, mediante la ingeniosa estrategia de la integración política. Por lo tanto, el corporativismo contemporáneo ha sido definido como:

*Un sistema de representación de intereses en el que las unidades que lo integran están organizadas en un número limitado de categorías singulares, obligatorias, jerárquicamente ordenadas y funcionalmente diferenciadas, reconocidas o autorizadas (si no creadas) por el estado y a las que se garantiza un intencionado monopolio de representación dentro de sus respectivas categorías, a cambio de que observen ciertos controles sobre la selección de sus líderes y la articulación de las demandas y apoyos*⁷¹

En la medida que los arreglos corporativos se han desarrollado, han permanecido frágiles, porque requieren la presencia de un conjunto relativamente raro de condiciones que garanticen la integración del trabajo, entre las que se incluyen:

1. Una actitud en el movimiento obrero que favorezca la dirección corporativa frente a las medidas estructurales o redistributivas en la política macroeconómica.
2. La presencia de instituciones estatales relevantes para las iniciativas de dirección tripartita.
3. La institucionalización del poder de los sindicatos dentro de un movimiento obrero coordinado.
4. Suficiente centralización para que las decisiones de las confederaciones sindicales obliguen a cada uno de los sindicatos industriales.
5. Una adecuada influencia de la élite dentro de los sindicatos que garantice la conformidad de las bases con las políticas acordadas.

El enfoque predominante en la teoría política, económica y social estadounidense utiliza, el tipo ideal de la mano invisible y la soberanía del consumidor al analizar la conducta política y la naturaleza de la democracia en las sociedades capitalistas avanzadas. Con la actual crisis del Estado liberal, hay quienes atacan al Estado mismo como el mayor

⁷¹ Held, D., **Modelos de Democracia**, Alianza Editorial, México, 1992, pag. 260

impedimento a la democracia y a la "perfección" de la mano invisible. Ha habido un resurgimiento de la ideas smithiana del Estado "mínimo" y un regreso al mercado "libre" como el medio más sencillo y más "moral" para el mejoramiento social y material . Hay otros que consideran la democracia liberal como inherentemente inestable en las condiciones sociales industriales modernas. Los corporativistas creen que la formación de nuevas estructuras políticas es la base para un tipo diferente de Estado, uno que represente las organizaciones de grupos de intereses y – con la cooperación de estos grupos. Que organice el desarrollo económico y social para el bien común.

Pero existe otro enfoque para comprender al Estado capitalista moderno. La crítica hecha por Schumpeter a la democracia liberal y la obra de Panitch sobre el corporativismo, presupone un subyacente conflicto de clases en la democracia capitalista, que el Estado liberal tiene dificultades para resolver y que impide la extensión de las estructuras corporativistas a un sistema corporativista. Un análisis clasista del Estado impugna la unidad de propósito entre los ciudadanos de una sociedad capitalista y la correspondencia entre interés de la mayoría y los beneficios públicos de la acción del Estado. Impugna la idea misma de democracia en el contexto del desarrollo capitalista. También rechaza el corporativismo como tipo ideal, basado en que los modelos del sistema corporativista descartan, por principio, la subyacente naturaleza de clase social de la producción capitalista, aun en sus nuevas formas corporativas ⁷².

Prado Avellaneda en *El neocorporatismo como paradigma de la Sociología Política*, nos ofrece una perspectiva del papel del Estado en un contexto similar al que hemos señalado. Su análisis se deriva del estudio de los modelos nacidos en relación con la crisis del paradigma pluralista, los cuales argumenta que son recuperación o prolongación y alteración de enfoques sociológicos clásicos: el elitismo, el marxismo, el corporativismo. Según Prado Avellaneda el eje central de discusión gira en torno a las relaciones entre Estado y Sociedad Civil. Debido a la múltiple interpretación que de esta relación se han venido haciendo, por el peso, que los diferentes análisis, les han dado a una u a otra institución; Prado, señala que varios autores han venido postulando al conveniencia de involucrar en el orden social cuatro instituciones centrales aunque con pesos diversos: la

⁷² Carnoy, Martín, **El Estado y La Teoría Política**, Alianza Editorial, México, 1993, pag. 60-61

comunidad, el mercado, el Estado, y las asociaciones corporativas⁷³ (pluralismo, neoelitismo, neomarxismo y corporativismo; respectivamente.)

En lo que se refiere al corporativismo y sus diferentes nociones y conceptos, existe un uso que asocia el concepto mismo de corporatismo con una correspondencia directa con particularismo. Otro uso le asocia con el sueño romántico o la utopía "vuelta al revés" de una sociedad orgánicamente integrada y armoniosa, presente en nuestro siglo en ciertos segmentos de la ideología nacional-socialista y fascista, pero también en el discurso político de élites políticas. En este sentido específico, corporativismo ocurre en el interior de un discurso que pretende dar cuenta, desde una perspectiva sobrecargada ideológicamente, de las tensiones generadas por los procesos de modernización de algunas sociedades europeas o, para decirlo con las categorías largamente trabajadas por los clásicos de la sociología, por el paso de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, del status adscriptivo al status adquirido, de las morales deontológicas al de las morales al de las morales teleológicas, de las Weltanschauungen redondas y sistemáticas fundantes de culturas fuertemente integradoras a las, a un tiempo, ambiciosas y auto contenidas visiones fragmentarias del mundo natural y social ofrecidas por la ciencia moderna, fenómenos todos ellos coronados con la constitución del libre mercado y del Estado representativo moderno.⁷⁴

En otra parte, Prado Avellaneda señala que el modelo neocorporativista es pues, no la identidad de intereses o de valores de los diferentes actores sociales, como postularía una teoría consensualista, sino más bien la existencia potencial de conflictos de bastante envergadura que, sin embargo, no tienen por qué implicar desorganización de la sociedad por cuanto existen dispositivos que no quedan abarcados por las estructuras convencionales de la democracia parlamentaria y el principio del gobierno de la mayoría. La base para lograr esos acuerdos negociados reside en el reconocimiento de la existencia de una fuerte interdependencia entre los intereses de los grupos sociales en conflicto dentro de una economía capitalista, imagen de interdependencia de intereses que resulta claramente opuesta a la imagen de "conflicto de intereses" que (como el

⁷³ Pardo Avellaneda, Rafael, **El "neocorporativismo" como paradigma de la Sociología Política**, ARBOR, No. 494, Febrero 1987.

⁷⁴ Ídem.

sus funciones representativas, y reconocimiento más o menos privilegiado por parte del Estado y de otras organizaciones como interlocutores cualificados para su representatividad.

- c) El proceso anterior puede atribuirse a una doble causación; de un lado a lo que se ha llamado la revolución organizativa y, de otro, a la creciente influencia del Estado, y a las existencias estructurales que han jugado un papel inductor y, a veces, creador de tal proceso.
- d) La interdependencia entre las organizaciones parece un hecho inevitable, dado el poder de interferencia y de negociación de cada una respecto a las otras y, por consiguiente, la pérdida de autonomía para actuar unilateralmente en asuntos que afecten a las demás, incluidas las organizaciones estatales.
- e) También es común a la tendencia corporatista, en sentido complementario a los puntos anteriores, la institucionalización de negociaciones y acuerdos entre gobierno, patronal y sindicatos en materia de política económica, y sobre todo de salarios. Es decir, la práctica de la concertación.
- f) La concertación, y la reestructuración del sistema de representación de intereses, parece que se relaciona con una serie de problemas tales como, la necesidad del sistema económico capitalista de contener las demandas salariales; la necesidad de racionalizar la toma de decisiones y de implicar en ella a los que han de cumplirlas; la necesidad de reducir la multiplicidad de intereses y de conflictos para asegurar la gobernabilidad; la necesidad de contener el poder sindical en el sistema capitalista.⁷⁸

Después de revisar a estos autores con respecto al problema del corporativismo nos encontramos en la inaplazable tarea de encontrar que relación guarda este contexto de fragmentación y corporativismo, con el tema de la Cultura política.

El exponer someramente lo relativo al corporativismo es por un lado la necesidad de aclarar las relaciones existentes en México desde la década de los 40's y los resquicios que aún perduran en las relaciones corporativas. Como vimos uno de los elementos esenciales del corporativismo es la representación de intereses y por otro lado la formulación en las políticas públicas. Lo que hemos venido observando en la década de los noventa es una deficiencia en esta representatividad de los intereses, puesto que lo que ha sido el bastión

⁷⁸ *Ídem.*

electoral y social, tanto par mantener el poder y la gobernabilidad, se ha convertido en una estructura por lo demás obsoleta en ese sentido, aunque cabría la pregunta maquiavélica si realmente en la variante del corporatismo mexicano la representación de intereses formó parte primordial de las funciones de las corporaciones. La participación en el diseño de las políticas públicas es otra de las deficiencias en el modelo corporativo mexicano, pues si bien con la política de pactos sociales que se han dado en llamar los pilares de la estabilidad política y económica. Sin embargo aún con todo y las deficiencias del ¿se puede pensar en alguna mejor forma de establecer la relación política entre el Estado y la sociedad?, O mejor aún lo que se requiere es una reestructuración del modelo corporatista.

La función del corporatismo en las relaciones político- sociales entre Estado y sociedad veremos que guarda estrecha relación con la imagen de organicidad de una sociedad, pues por una parte el estado promueve acciones y organizaciones, con lo cuál podría pensarse que es la sociedad quien rige las acciones, quien decide las acciones y quien legitima las tareas, cuestión que esta muy lejos de ser cierta; pero por otra parte el Estado tiene la facultad de elegir quienes serán sus adversarios legítimos mediante un proceso de legalidad burocrática.

Bien, por un lado encontramos que la forma en que la política se interpreta no depende solo de los análisis históricos, sino también de los esquemas conceptualmente vigentes y que resulten de alguna u otra forma útiles.

Guillermo de la Peña hace una síntesis de la cultura que se ha generado enmarcado en el contexto del presidencialismo, el corporativismo, la hegemonía, la crisis y el ideal revolucionario ⁷⁹, nos señala que desde el poder, se ha generado una propuesta de cultura política que se puede probablemente sintetizar en siete componentes:

1. El mito cosmogónico del sistema político mexicano. Según este mito, el sistema es producto de una revolución social triunfante que tuvo como objetivo fundamental el mejoramiento de las mayorías. En consecuencia este mismo objetivo sigue informando las instituciones de régimen y las acciones de sus representantes.

⁷⁹ De la Peña, Guillermo, "¿Una nueva Cultura Democrática?" En Aziz y Tamayo (coords.) **El nuevo Estado Mexicano**, Vol. IV Estado y Sociedad, Editorial Patria, México, 199, pag. 236- 237

2. El presidencialismo y la no reelección. Ungido por el sexenio, la persona del Ejecutivo federal asume ante la imaginación colectiva una tarea heroica: el cumplimiento del objetivo fundamental de la Revolución y el Sistema. Su ineludible reemplazo al fin del periodo permite la posibilidad recurrente de corrección de los errores del pasado.
3. El partido revolucionario que se acepta como monopólico. Por ser la encarnación de los intereses superiores del pueblo, aparece como mediador necesario entre la sociedad y el Estado. Otros partidos existen si acaso como expresión simbólica de la tolerancia revolucionaria ante las minorías – las cuales, sin embargo carecen por su insignificancia de cualquier peso en la toma de decisiones-.
4. La inagotable capacidad benefactora del gobierno. Para quien a él se arrima – sobre todo a través de los sectores corporativos del partido-, el gobierno quiere presentarse como el gran dispensador de bienes.
5. La unidad nacional. Forjada en una creciente homogeneidad cultural y en la concentración de clases y grupos – de nuevo , gracias a la acción benefactora del gobierno y por la mediación centripeta del partido-, el pueblo mexicano comprueba un presente de justicia sin conflictos y vislumbra un futuro de mayor armonía.
6. El nacionalismo revolucionario. El gobierno de la Revolución continúa la tradición de orgullo por lo propio y el rechazo a las influencias ajenas a nuestra idiosincrasia. Garantiza, además, mediante la nacionalización de la economía y la vida pública –ejidos, empresas estatales, rectoría e intervención gubernamental en la educación, la promoción y difusión artística y los servicios de toda índole-, la inalienabilidad del patrimonio nacional.
7. La innecesaria participación ciudadana. Si existe una adecuada representación, no tiene por qué haber movilizaciones desde la base, ni opiniones de opinión drásticas. De este modo, se infiere que el papel del ciudadano se reduce a dimensiones ritualistas (votar a favor de los candidatos revolucionarios) y clientelares (formular peticiones para solucionar los problemas particulares – de uno en uno- por los canales debidos)

Esquematisado el marco conceptual e histórico de las relaciones de clase gobernante y las normas engendradas en su dinámica de dominación, nos proponemos pasar al último punto de este capítulo: la Transición, que por ser el marco de análisis más generalizado ha sido el responsable de las últimas interpretaciones sobre el sistema político mexicano.

2.3 La Transición

2.3.1 Los Marcos de la Transición

Como es ya costumbre en las ciencias sociales, existe un debate constante en torno a los conceptos y los marcos de análisis de estos conceptos, el de la transición no es la excepción. El debate sobre la transición ha estado enmarcado en el supuesto de la democracia como el sistema político ideal para las sociedades modernas, de ahí que el origen del debate surga precisamente de los marcos relacionados con el liberalismo y la democracia. Como podemos observar existen 2 puntos a resaltar: 1) el Concepto de la transición, 2) El debate democracia vrs. Liberalismo.

En la teoría del cambio político, por transición política suele entenderse el intervalo entre un régimen político y otro, asumiendo por régimen político el conjunto de patrones, explícitos o no, que determinan las formas y canales de acceso, y los recursos y estrategias que pueden usarse para tener acceso. De esta manera, los momentos de transición están definidos por el cuestionamiento a los arreglos institucionales y a las prácticas políticas; esto es, por la ausencia de consenso hacia ellos, y la lucha por la definición y establecimiento de unos nuevos. De acuerdo con esto, la transición democrática o transición de un régimen autoritario a uno democrático, es el intervalo durante el cual se pasa de un conjunto de arreglos institucionales y prácticas políticas definidos y controlados discrecionalmente por la élite del poder, a otro acuerdo en el que la definición y el funcionamiento de las estructuras y prácticas políticas se someten a la discusión, están garantizadas por la Constitución y respaldadas por la participación.

Cansino, concibe la transición democrática no sólo como una etapa de pos autoritarismo o de pre democracia, sino como a una situación en la que surgen nuevas características, algunas de poca duración y otras para su consolidación en el futuro. Una transición democrática puede estar definida ya sea por una liberalización política o por una democratización. Ambos procesos funcionan con lógicas distintas e imprimen dinámicas peculiares a la transición.

La transición democrática se construye por medio de métodos democráticos. Es decir, la base del cambio político se encuentra en las negociaciones, compromisos y acuerdos por las élites políticas, más que en otros posibles mecanismos. El espacio, profundidad y

ritmo de esos acuerdos –así como la profundidad alcanzada en su ejecución- se encuentran determinados, obviamente por las condiciones particulares de cada proceso; pero lo fundamental de los mismos radica en que las fuerzas políticas y los grupos sociales clave son quienes pactan entre sí – ya sea de manera explícita o implícita- los términos mínimos para transitar a la democracia. Así transiciones democráticas pueden ir acompañadas de un mayor o menor grado de tensión o conflictividad, y pueden ser rápidas o lentas. Dependiendo de esos factores, pueden ser continuas o discontinuas. Por lo general, las continuas son procesos en los que se verifica el pasaje entre formas profundamente diversas de organización institucional de una comunidad política, en tiempos más bien concentrados y de manera pacífica. Las discontinuas, por su parte, son procesos de cambio incrementales que también pueden ser profundos, pero que sólo se concretan en el largo plazo y presentan un mayor grado de tensión o conflictividad.⁸⁰

Durante la transición democrática se vive una gran incertidumbre entre los actores sobre el rumbo del proceso. Cuando concluye la transición, la incertidumbre se referirá, ahora, a los resultados del juego democrático, donde la posibilidad de alternancia es aceptada por todos siempre y cuando existan condiciones de competencia equitativas y debidamente sancionadas.

Huntington construye, tomando como variable de base la correlación de las fuerzas presente en un determinado momento entre el gobierno y la oposición, tres modelos básicos de transición pacífica a la democracia. Dichos modelos se conocen con los nombres de transformaciones, reemplazos y traspasos. Brevemente caracterizados, la dinámica de cambio político a la que dan paso se definiría de la siguiente manera: las transformaciones ocurren, dice Huntington, cuando las élites en el poder apuestan por la democratización en función de garantizar el control del proceso y mantenimiento de importantes cuotas de poder. Aquí se trata de élites dominadas por sectores “blandos” que buscan prevenir su caída y que, en el fondo, aspiran a mantenerse en el poder de manera legitimada. Los reemplazos, en cambio, tienen una lógica inversa y suponen la existencia de una oposición fuerte, con capacidad para imponer el cambio político de acuerdo a sus condiciones y someter, por tanto, a las fuerzas y sectores vinculados al gobierno. Finalmente, el traspaso se articula a partir de una situación intermedia, en

⁸⁰ Cansino, César, **Democratización y Liberalización** Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, No. 14, IFE, México, 1997 pag. 18-19

donde existe más bien un equilibrio de fuerzas entre el gobierno y la oposición pero que no está claramente definido. Ninguno de los oponentes, entonces, se encuentra seguro de imponerse a su adversario y- al predominar los moderados en ambos bandos- prefieren pactar las condiciones, ritmos y profundidad del proceso de cambio.

Cansino muestra un cuadro que resulta útil para este apartado pues resume los rasgos distintivos de los dos modelos de interpretación de las transiciones.

Los modelos de Transición

Tipos de modelos	CARACTERÍSTICAS				
	Naturaleza y extensión de los pactos políticos	Papel de las fuerzas armadas	Participación de la sociedad civil y de los partidos	Contexto Internacional	Naturaleza del régimen de partida
Consensual	Pactos explícitos y amplios	Papel modesto, responsabilidad mediana en la violencia oficial	Fuerte con movilizaciones. Predominio de partidos moderados	Favorable	Menor grado de militarización. Autoritarismo y fascismo
Conflictivo	Ausencia de pactos explícitos	Papel protagónico y gran responsabilidad en la violencia oficial	Débil. Con polarización partidaria	Desfavorable	Mayor grado de militarización. Burocrático - autoritario

Fuente: César Cansino (2000), La transición Mexicana pag. 57

Si bien el pluralismo posibilita la democracia moderna, es al mismo tiempo su condición de imposibilidad, ya que evita su realización última. En efecto, la democracia moderna tiene algo enigmático y paradójico que muchos de sus críticos han advertido y que proviene precisamente, de su articulación con el liberalismo. Podemos, indudablemente, percibir dos lógicas distintas y de la equivalencia, se vuelve imposible frente a la lógica liberal del pluralismo y de la diferencia; esta obstaculiza el establecimiento de un sistema total de identificaciones. Las dos lógicas son, entonces, incompatibles, lo cual no nos debe llevar a afirmar, como Schmitt y otros críticos, que se trata de un régimen inviable. Podemos, la contrario, considerar que es precisamente esa tensión entre la lógica de la

identidad y la lógica de la diferencia, la que convierte a la democracia pluralista en un régimen particularmente adaptado al carácter indeterminado e indecible de la política moderna. A través de la articulación entre liberalismo y democracia, la lógica liberal, que tiende a construir cada identidad como positividad y como diferencia, debe necesariamente subvertir el proyecto de totalización al que apunta la lógica democrática de la equivalencia y la de la diferencia y también entre los principios de igualdad y de libertad, entre nuestras identidades como individuos y como ciudadanos, constituye la mejor garantía contra cualquier intento de realizar una clausura definitiva o una total diseminación. Evitemos entonces suprimir la tensión, pues eso nos llevaría a eliminar lo político y a destruir la democracia. Entre la visión de una equivalencia completa y la de una diferencia pura, la experiencia de la democracia moderna consiste en reconocer esas lógicas contradictorias, así como en la necesidad de articularlas. La articulación debe ser continuamente recreada y renegociada; no hay ningún punto de equilibrio que nos pueda llevar a una armonía final. La experiencia del pluralismo sólo puede vivirse en el espacio siempre precario de aquella tensión ⁸¹.

Dicho lo anterior comencemos a ligar estos diferentes apuntes con el caso mexicano. La transición se instauró en México a partir de 1976, según el modelo de interpretación, a partir de las crisis de hegemonía dentro de la élite, y exigiendo las condiciones de legalidad y participación para una pronta instauración de la democracia. Sin embargo quisieramos resaltar algo que nos ha erguido como una duda de interpretación: ¿es la democracia el fin que "todos" quieren para México?, ¿es el fin inevitable para terminar con la transición?. En este sentido queremos retomar a Fernández Reyes, que nos menciona que la idea fundamental es pensar acerca del carácter de la transición política y de las vías de consolidación que apuntan al reforzamiento de una forma de régimen, gobierno y de alianzas entre clases en la actual situación latinoamericana. Lo cual permite preguntarnos otra vez sobre el tipo de transición, los medios y recursos para lograr un estadio político estable y/o bajo un orden (deseado o deseable), del perfil de participación que se está alcanzando, así como, en general, si se consolida una forma política que se legitima o en su defecto se revela incapaz para alcanzar la gobernabilidad política básica⁸².

⁸¹ Mouffe, Chantal, "Liberalismo, Pluralismo y Ciudadanía Democrática", *Colección Temas de la Democracia, Serie Ensayos, No. 2*, IFE, México, 1997, pag. 38-39

⁸² Fernández Reyes Otto, "Política, Economía y Subjetividad: de la transición posible a la consolidación improbable" en *Sociológica*, No. 19. UAM-Azcapotzalco, México, mayo-agosto, pag 32

Una forma, entre tantas otras, para afrontar estas preguntas puede ser la de concentrar tres ámbitos relevantes: la política, la economía y los sujetos sociales, asumiendo su impacto en una esfera específica: el Estado, permite vislumbrar el rango de legitimidad y gobernabilidad en la representación, participación y cambios políticos que están aconteciendo para el conjunto de las arenas sociales y políticas. La selección frontal de las arenas estatales no se privilegia de forma politicista. Por el contrario, se escoge por qué es allí donde se producen “desenlaces políticos” sistémicos, en cuanto a la institucionalización de los intercambios, conflictos, acuerdos, así como rupturas significativas. Aparece como una variable. Aquella que absorbe y resiente el peso de las contradicciones, así como la que sirve de canal para “rebotarlas” hacia el sistema político o para generarlas en su entorno particular de interacción (intrá e interburocráticas). Las contradicciones inherentes de la transición política sin transformación social y, por último, el tipo de consenso que se vislumbra y que permite hacerse la pregunta de hacia dónde vamos en el derrotero de la actual transición. Si algo caracteriza la discusión sobre transición política es el equivoco mayor de que ésta descansa en una uniformidad analítica y de procesamiento que se espera alcanzar irreductiblemente. Es decir: la transición es, tiene que ser y sólo puede ser de naturaleza democrático-burguesa-liberal-capitalista: fuera de aquí, nada vale. Con esta afirmación se define hoy en día el horizonte de la transición⁸³.

De entrada una primera razón parecería ser de carácter contextual. Y es que el contexto en donde se aceleraron los procesos de transición parece haber sido condicionante de la postura con relación a como se modificó la actitud frente al Estado. Así se precipitó un grito de guerra para exorcizar al Estado latinoamericano, el cual se extendió rápidamente y gozó de aceptación política. Con ello se ratificó que con la desestatización – como medida central para lograr buena parte del reordenamiento político- la transición y la consolidación de una forma democrática se convertiría en algo fundamental, siendo imposible prescindir de ésta. Es más, haciendo impensable la democracia sin “privatización estatal”. Por lo tanto la transición se enlazó con cambios del aparato estatal desde una forma específica y puntual: a cambio de la “liberalización política” se optó por una reprivatización sustancial del Estado en sus áreas público-sociales.

⁸³ Fernández Reyes Otto, “Política, Economía y Subjetividad: de la transición posible a la consolidación improbable” en *Sociológica*, No. 19. UAM-Azcapotzalco, México, mayo-agosto, pag 32-33

La imagen del orden que reivindica se erige en la calificadora por excelencia de las concepciones y prácticas de participación y representación de intereses que son aceptados para introducirse en las arenas políticas recién “liberados” del contrapeso autoritario. En esta etapa de los procesos de transición, y sin que la sociedad lo perciba con extrema claridad, se fundamenta de nuevo el teorema de que la libertad de las élites es la “libertad de la sociedad”. A pesar de ello, esta forma de transición ha hegemonizado el espacio de la coyuntura política y de la reflexión teórica correspondiente, convirtiendo al fetiche transición en una suerte de pensamiento mágico que no preocupa por interiorizar de forma adecuada en el hecho de que no existe un triunfo social de las formas adecuadas en el hecho de que existe un triunfo social de las formas democráticas sobre las condiciones de exclusión social de las formas democráticas sobre las condiciones de exclusión social tradicionales, ni que la reforma social ha sido derrotada a favor de tránsitos políticos que se localizan en las superestructuras del aparato del Estado y de los gabinetes políticos burgueses⁸⁴

Retomaremos después este debate entre la irrevocable llegada de la democracia como fin último del sistema político. Ahora sentémonos en algunas características de la transición en México, así como los periodos históricos más significativos que permitan hacer un enlace con la transformación de la cultura política de este periodo de transición.

2.3.2 Los Movimientos Sociales y su papel en la Transición

Todas las transiciones, señala Terry Lynn y Schmitter, se pueden clasificar según su evolución a lo largo de dos ejes, uno horizontal que va del compromiso multilateral entre los actores políticos hasta el uso unilateral de la fuerza por uno de ellos, y la transición hasta los casos donde son las masas los protagonistas principales. El proceso mexicano es ejemplo de una transición que se desarrolla en una dimensión intermedia entre esos tres tipos ideales. Lo que se ha avanzado en la transición mexicana no se ha hecho teniendo como base un acuerdo multilateral entre las dirigencias de las principales fuerzas en pugna – el intento más acabado de un acuerdo de élites, el de febrero de 1995, se

⁸⁴ Fernández Reyes Otto, “Política, Economía y Subjetividad: de la transición posible a la consolidación improbable” en *Sociológica*, No. 19. UAM-Azcapotzalco, México, mayo-agosto, pag. 49

frustró- y, aunque la violencia ha estado presente a todo lo largo del proceso, lo logrado hasta ahora tampoco ha sido resultado de una imposición unilateral y por la fuerza de uno de los actores. Desde la perspectiva de la dicotomía élite – masas, nadie puede negar el papel fundamental que jugaron en las movilizaciones antisistémicas de 1987- 1988 Manuel Clouthier y Cárdenas – dos miembros de la élite del poder mexicana. Pero el éxito de esas movilizaciones en las urnas y en las calles se explica también y en mismo grado por la acción de numerosos grupos no elitistas, como lo fueron y son los cuadros de base de los grandes partidos de oposición., las comunidades indígenas chiapanecas y tabasqueñas, las organizaciones urbanas populares, las ONG's de clase media, etc. Y tampoco se ha hecho evidente el dominio de las negociaciones entre la Presidencia y el PAN de 1988 en adelante – ni la rebelión de masas, que también ha habido – La presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas es uno de los telones de fondo de la transición⁸⁵.

El debate sobre las relaciones entre movimientos sociales y la acción política en México comenzaron a surgir con especial intensidad durante la década de los 80. El tema fundamental para comprender estas relaciones era el de la *democratización*. Este tema hacía referencia a la coyuntura histórica que experimentó la región durante ese momento y que consistía en la salida de los regímenes dictatoriales en el Cono sur y el resquebrajamiento de estructuras autoritarias estatales particularmente en México y en algunos países de Centroamérica.

Los puntos nodales de esta reflexión eran los siguientes:

- El potencial democratizador de los movimientos sociales en los países de la región.
- La atomización de la vida social y la desarticulación de las relaciones cotidianas.
- La relación de los movimientos con los procesos de institucionalización.
- La relación de los movimientos sociales con los partidos políticos y con la política en general.

Para considerar estos puntos se partía de una consideración de las prácticas políticas en la región determinadas por la presencia de dos hechos centrales:

- los regímenes políticos latinoamericanos son excluyentes de las mayorías.

⁸⁵Meyer, Lorenzo; "Fin de Régimen y Democracia Incipiente", Océano, México, 1998, pag. 23

- hay una crisis en el papel articulador y mediador de los partidos políticos.

Los movimientos sociales vendrían a ser los vehículos de una nueva cultura política dentro de este contexto. El efecto de los movimientos sociales no se expresa como cambios en las relaciones dentro del sistema políticos, sino como cambios de valores en el seno de la cultura política. No introducen nuevas formas de hacer políticas (es decir, no presentan un programa que intente sustituir, por lo menos al nivel de nacional, la acción de los partidos políticos como instancias de mediación para la construcción de las decisiones estatales), sino que introducen nuevas formas de organización social (esto es lo que, en definitiva, se quiere indicar con el señalamiento del problema de la identidad y los movimientos sociales). Por tanto, no se subordinan a los partidos. El problema es que estas concepciones consideran a los movimientos sociales como nuevos *sujetos sociales transformadores*, y no como meros actores colectivos. Al conceptualizarlos como sujetos sociales transformadores, se quiere ver en múltiples acciones colectivas una misma capacidad de influir en los sistemas de acción histórica de los países de la región. De tal manera que, cualquier grupo, actor social u organización que desarrolla actividades por demandas propias de su sector, es definido como movimiento social.

Con lo que se encuentran los teóricos latinoamericanos es con una heterogeneidad de acciones colectivas a la cual quieren encontrarle una unidad teórica. Bolos, no considera que los movimientos sociales en América Latina estén produciendo nuevas relaciones sociales, organizaciones alternativas o nuevos valores, o portadores potenciales de una propuesta de nuevo orden social. La dislocación entre lo público y lo privado, permite pensar la participación política de una manera diferente. En primer lugar, la dislocación permite que un conjunto de iniciativas locales planteadas desde los social, pueden alcanzar influencia en la toma de decisiones, pues las descentralización política abre nuevos espacios de participación en lo público para los sectores menos privilegiados.

Por otra parte, el ingreso dentro de organizaciones, así sean pequeñas, ofrece a los actores sociales la posibilidad de entrar en contacto con el conocimiento y la comprensión de procesos más amplios asociados a las necesidades y problemas cotidianos. Resulta, en este sentido interesante la reflexión que hacer Arditi, citada por Bolos, sobre las distinciones entre la política y lo político. Mientras que la política puede ser considerada como un espacio (terreno) de intercambios entre partidos políticos, de actividades

legislativas y gubernamentales de elecciones y representación territorial y, en general, del tipo de actividades, prácticas y procedimientos que se desarrollan en el entramado institucional del sistema o régimen político⁸⁶, lo político es un modo de relación, desarrollado en cualquier espacio, relación que se estructura según la lógica amigo-enemigo, o más matizadamente, relaciones que se estructuran por la presencia de conflictos que dividen un campo en, por lo menos, dos sectores reconocidos como enfrentados entre sí. Según Ardití, lo político también configura un espacio público, diferente del espacio público que corresponde al sistema político, en la medida en que es "virtual", en el sentido de que sus fronteras, y su localización son móviles, dependiendo de la localización de los conflictos y de los actores involucrados. Desde esta perspectiva, el espacio público de lo político, surge en varias zonas del espacio social, sin aviso previo, dependiendo, en gran medida de la acción de los actores sociales.

Coincidente con esta concepción es la posición de Offe en el sentido de que la acción de los grupos sociales (para Offe, los movimientos sociales) abren espacios de política no institucionalizada. Esa acción y ese espacio surgen cuando los sectores sociales tratan de confrontar la incapacidad de las instituciones para contener y dar respuesta a las demandas planteadas por los grupos. Offe, señalaría que la presencia cada vez mayor de esos espacios de política no institucionalizada son una expresión más de la crisis del Estado del bienestar, en la medida en que el sistema político es rebasado en su capacidad de dar regular los conflictos sociales.

Si lo político rebasa a la política, abriendo espacios de política no institucionalizada de manera cada vez más pronunciada es que existe una crisis de representación: los nuevos actores sociales no se sienten representados por los actores políticos y reaccionan mediante formas no institucionales de hacer política. Los objetivos de esta política no institucionalizada son variados:

- a) Obtener reconocimiento por parte de las instancias gubernamentales: convertirse en actor reconocido (cuestión de identidad) legítimamente por las instancias de poder.

⁸⁶ Bolos, Silvia, *La constitución de actores sociales y la política*, México, UIA-Plaza y Valdés, 1999, pag 131

- b) A partir de ahí, entrar en negociación con esas instancias para resolver problemas que les interesan.

Las sociedades actuales, en consecuencia, no están constituidas por masas de individuos atomizados, sino más bien por la presencia (por lo menos en cierto grado) de redes de organizaciones sociales de distinto tipo, cuya articulación es la demanda de derechos. Estas organizaciones (o a partir de estas organizaciones) el concepto de ciudadanía se amplía, en el sentido de que la participación política ya no consiste meramente en el derecho a delegar a sus representantes el manejo de los asuntos públicos. Los intereses de este ciudadano no son puramente privados, sino que pueden ser publicitados. El ciudadano así, para defender sus intereses está obligado a participar, mediante la organización. Esa participación pública a partir de circuitos locales es lo que los autores identifican como un potencial de democratización.

Dislocamientos entre lo público y lo privado, apertura cada vez mayor de espacios de política no institucionalizada, intentos por redefinir el concepto de ciudadanía desde lo particular-concreto (y ya no lo universal-abstracto), y a partir de ahí una redefinición de la participación política, hablan no ya de un estado social y político de las cosas cristalizado, sino de un espacio de incertidumbre en las sociedades actuales. Una de las cuestiones centrales es precisamente si estos actores sociales locales, si esta concepción de ciudadanía, si esta concepción de participación, si este espacio público móvil, puede o debe ser institucionalizado. Para ciertos autores, como Offe, la institucionalización de estas nuevas formas sociales es indispensable para que tengan alguna efectividad en el proceso de toma de decisiones, pues solamente la institucionalización hace de estos actores, agentes reconocidos legítimamente por las instancias de decisión. Para otros autores, particularmente para Melucci, la institucionalización de los actores sociales en movimiento (de las redes en movimiento, como prefiere denominarlas) significa un peligro para la vitalidad de los movimientos sociales. Porque para Melucci los movimientos sociales no son (ni deben serlo) actores políticos (aunque pueden plantear desafíos políticos), sino que son portadores de demandas emanadas de la vida social y que las transmiten a los actores políticos. Los movimientos sociales no podrían ser portadores de esas demandas si se institucionalizan y se desplazan hacia el espacio del sistema político. En todo caso, diría Melucci, la institucionalización va en el sentido de que en las sociedades avanzadas cada vez es más posible distinguir un "subsistema de los

movimientos sociales”, distinto de otros subsistemas sociales, poseedor de su propia lógica y contribuyente al desenvolvimiento de esas sociedades.

Para Bolos la dificultad que tienen los actores sociales para institucionalizarse no es necesariamente un defecto. Cercana en esto a Melucci, para Bolos la carencia de institucionalización permite que los actores sociales conserven flexibilidad interna y movilidad exterior. Flexibilidad interna en el sentido de que no se encierran en la defensa de los intereses particulares de un sector social, sino que aglutinan inquietudes, intereses, demandas y cuestionamientos provenientes de amplios sectores de la sociedad. En parte esto es así, porque los intereses defendidos no se definen en términos de intereses sectoriales, sino de derechos que conciernen a una gran cantidad de sectores sociales (derechos humanos, derecho a la vivienda, derecho a la alimentación, derecho a la información, etc.) La flexibilidad también se manifiesta en la posibilidad de establecer alianzas, en la aceptación de militantes o activistas de los partidos políticos, flexibilidad en las estructuras organizacionales (no centralizadas ni unificadas bajo una conducción única).

La movilidad exterior hace referencia a la posibilidad de utilizar múltiples espacios para la acción: la calle y los espacios urbanos públicos, los medios de comunicación, el sistema político. Para Bolos, la relación central que ocurre entre la acción colectiva y el sistema político viene dada por el término “apropiación”. Los actores colectivos no tratan de tomar el poder, sino de apropiarse del sistema político institucional, en el sentido de lograr la capacidad de modificar programas, políticas de gobierno, instituciones de gobierno. Los actores colectivos se apropian de las instituciones cuando son capaces de afectar el proceso de toma de decisiones para dirigirlas en un sentido que tome en cuenta sus intereses. Esto no requiere que el actor colectivo se institucionalice como parte del sistema político. Porque la vitalidad de la acción colectiva (que es lo que la sostiene) se produce con elementos que están fuera del sistema político: relaciones de vida cotidiana, redes familiares y de vecinos, redes afectivas, etc.

2.3.3 La Transición Electoral

Otro aspecto importante de resaltar, además de los movimientos sociales, es el papel de las instituciones electorales y de los partidos. El avance de los partidos de oposición, la

aparición del movimiento guerrillero en Chiapas, el error de diciembre y el retroceso electoral del Partido de Estado, fueron factores que crearon una amplia crisis de credibilidad en la política y sus instituciones, lo mismo que un cuestionamiento permanente de la figura presidencial, y con ello del partido de Estado y las distintas organizaciones corporativas. En este proceso de transición política, ha ocupado un espacio central la disputa electoral mediante la conformación de un sistema de partidos crecientemente competitivo y la demanda de arribar a procesos electorales libres y confiables.

En este periodo se da una interesantísima relación entre el sistema político y los procesos electorales. Esta circunstancia ha implicado que mediante sucesivas reformas a partir de 1977 el subsistema electoral haya tenido que transformarse bajo presión y aceleradamente dar cabida a esta sobre demanda política evitando que los conflictos Político-Electorales puedan desbordarlo. El punto que han destacado como esencial los teóricos de la democracia liberal y del pluralismo es: la tensa relación entre un sistema electoral crecientemente competitivo y tendencialmente democrático, así como un sistema político inercialmente autoritario. De como se resuelve esta tensión entre sistema político y subsistema electoral dependerá del futuro de la transición.

Las elecciones de 1988 constituyeron un hito, las circunstancias que durante un largo período mantuvieron la estabilidad del sistema político bajo condiciones de elecciones semi competidas se estaban adecuando.

Carlos Salinas ascendió al poder en medio de una ola de suspicacia y rechazo por parte de amplios sectores de la sociedad. La crisis electoral constituyó un aviso importante: muchos analistas habían advertido desde años atrás que, sin una reforma política profunda y auténtica en el sentido democrático, el régimen enfrentaría situaciones cada vez más complicadas, que incluso podían poner en riesgo la estabilidad del régimen y la paz social.

Salinas de Gortari tomó providencias que creyó necesarias para hacer de las elecciones presidenciales de 1994 todo un éxito; es decir, la consecución de un triunfo para el PRI, que aunque no fuese aplastante, si fuera más o menos holgado y sobre todo, no impugnado ni comprometido como lo fue el de 1988, y continuar con el proyecto

económico. Salinas optó por seguir la liberalización política, y tomó las medidas necesarias. Por un lado, separar a los dos partidos de oposición, el PAN y el PRD, aprovechando sus diferencias ideológicas, a través de una estrategia de concesiones al PAN y al aislamiento del PRD, que fue llamada: "democracia selectiva". Con esta política se intentaba marginar al PRD del juego político, obligarlo a que se adaptará posturas intransigentes que presuntamente lo llevarían a perder la confianza de los ciudadanos y condenarlo a una incapacidad para obtener triunfos importantes en las urnas.

Bajo esta "democracia selectiva" el régimen comenzó a dar pasos hacia la alternancia (limitada y controlada), siempre y cuando no pusiera en riesgo la continuidad del modelo económico. De este modo se dieron y se crearon las circunstancias en las cuales el PAN, se alió al régimen para apoyar las transformaciones y los cambios constitucionales de fondo, a cambio de no "dificultar" su ascenso a posiciones políticas.

A fines de 1993, pese a la tensión política y a la irritación provocada por los diversos conflictos electorales en varios estados de la República, todo parecía apuntar a que la estrategia electoral de Salinas saldría adelante, por lo menos hasta la nominación de Colosio como candidato del PRI a la presidencia de la República.

La estrategia de captación de votos a través del PRONASOL y del Programa Nacional Electoral había demostrado su eficacia en los comicios de 1991, y no había motivos para pensar que no pudiera operar satisfactoriamente, una vez más, en agosto de 1994 Salinas contaba con la legitimidad derribada de un aparente éxito a nivel macroeconómico, mismo que se reflejaba en su alta popularidad todavía hacia finales de 1993. El proyecto salinista de reestructuración económica parecía haber demostrado fehacientemente su viabilidad para la recuperación y el crecimiento del país. Igualmente el gobierno contaba con la fuerte carta del TLC, que finalmente se firmó a fines de 1993. Todo parecía indicar que Salinas había ganado su apuesta política a través de una reforma limitada y superficial, a través de la tradicional liberalización gradual. Así pues al fin del sexenio resultó, sumamente complicado. De hecho se puede decir que fue la mayor crisis política que el régimen priísta haya experimentado desde la institucionalización de los años cuarenta. En el periodo que abarca de enero a agosto de 1994 prevaleció un ambiente de fuerte tensión, inquietud e incertidumbre política. Al levantamiento de los guerrilleros en Chiapas siguió una ola de movilizaciones campesinas

en varias partes del país, el asesinato del candidato oficial, el fantasma de la ingobernabilidad y la inestabilidad política de cara a los comicios de agosto.

A partir de la década de los ochentas el presidencialismo mexicano empieza a mostrar un debilitamiento que se va acentuando en la década de los 90's. En las últimas administraciones presidenciales: el poder del presidente se debate entre dos extremos cada vez difíciles de conciliar: sus facultades constitucionales son excesivas pero en la práctica son cada vez menos aplicables; su intervención política, aunque necesaria para el buen funcionamiento de las instituciones, cada vez han sido más cuestionadas por la sociedad. La presidencia es la representación más acabada de la compleja combinación entre límites informales y ordenamientos legales del régimen."⁸⁷

Por otro lado para algunos el presidencialismo mexicano fue: "la gran solución política en nuestro país, pero en condiciones distintas a las actuales los grandes márgenes de arbitrariedad y autoritarismo que caracterizaron al poder presidencial son tan notables como las reglas que lo limitan en el tiempo y frente a los demás elementos del sistema. El presidencialismo fue la única institución que realmente ha sujetado el poder en México."⁸⁸

Ahora bajo el esquema de competitividad en el que: crece la sociedad, crece la posición, crece el sector privado, crecen los estados de la federación, crece la prensa independiente y la opinión pública, crecen las iglesias; el presidencialismo pierde presencia y eficacia. Desde hace algún tiempo, la demanda social de democratización fuerza hacia el cambio en la lógica política. Ahora se trataría de reformar el sistema institucional para acotar el presidencialismo, restaurar e instaurar un auténtico federalismo y la división y equilibrio de poderes. En los últimos años el presidencialismo ha estado obligado a dar paso a un proceso de reajustes políticos y democráticos y a la búsqueda de nuevas estrategias internas y nuevos consensos, para mantener mayor dificultad, la estabilidad pactada.

Otro aspecto que ha ayudado a debilitar el presidencialismo se basa en que el sufragio es necesario que sea efectivo y transparente. Ello supone la existencia de un sistema de partidos competitivo con fuerzas opositoras bien plantadas y evolucionadas. Porque un

⁸⁷ Ibid pag. 66

⁸⁸ Ibid pag. 68

presidente que quiera democratizar al país tiene que apoyarse en los triunfos de la oposición, abdicar no en favor del partido oficial sino en el de los votantes, empezando por romper con el monopolio de los poderes locales.

El anterior argumento tiene también como referencia que la democratización del PRI es impulsada por las necesidades derivadas de la competencia política de la alternancia de partidos en los distintos niveles de la estructura de poder y los requerimientos impuestos por el alejamiento de un presidencialismo fuerte y acentuado de la esfera política mexicana.

Para lograr esto ha sido necesario el desarrollo de un proceso de liberalización del régimen, que ha sido consistente y sistemático, los aspectos definitorios de este proceso de liberalización implican el acuerdo de los partidos en cuanto a las reglas y procedimientos de producción de gobiernos y explica la larga marcha electoral mexicana a la democracia basado en el debilitamiento del poder presidencial, tanto legal como discrecional y el perfeccionamiento de los procesos electorales mediante el fortalecimiento de los partidos.⁸⁹

Retomemos a Fernández para exponer lo que considera algunos dilemas del régimen se delimitan por la forma de transición que lo acompaña y expone los siguientes rasgos:

- Arribar a la “democracia” siendo autoritario y liberalizar esferas de la vida pública sin extenderla al seno de los aparatos de estado propiamente dichos.
- Intensificar un escenario de legalidad burguesa capaz de institucionalizar una democracia de élites y, por sobre todo, entre-élites o intra- élites pero no de élites y masas automatizadas desde el poder burgués con relación a la clase política.
- Garantizar la continuidad de la centralidad Presidencial sin colocar en la agenda política del partido- aparato una lógica pluralista de desenvolvimiento político de este segmento de la institucionalidad respecto de otras instancias calificadoras de ésta (Congreso, Suprema Corte, Tribunal de Garantías Constitucionales, etc.)
- Concertar acuerdos con fuerzas opositoras desde lógicas no corporativas, pero preservando hacia adentro del estado prerrogativas y prácticas de cooptación y

⁸⁹ Ibid pag.71

alienamiento desde una lógica no democrática en las interacciones sociopolíticas tanto excepcionales como cotidianas.

- Intensificar la privatización de la vida pública a partir de un discurso segmentado que, a su pesar, reclama la participación de la sociedad provocando una abulia que conduce, inexorablemente, a una activación pasiva y distante de las cuestiones de orden estratégico en las decisiones políticas.
- Desarrollo de una combinación de discursos hegemónicas que carecen de la centralidad del pasado reciente; por lo cual se pasa de fórmulas neo- corporativas y neopopulistas a las neoliberales, democratizantes y de clase sin lograr asentar un sustituto adecuado hacia las convocatorias de masas anteriormente inauguradas con el nacionalismo, desarrollismo y antiimperialismos originarios bajo el legado de la post-revolución.

Nos encontramos con el dilema de una transición dentro de la transición. Cuestión muy diferente si se tratara de una transición en que estructuras políticas y sociales, más allá del sistema de reglas institucionales, cobraran virtual relevancia en la capacidad de producir un orden político con autonomías aceptadas y no sujetas a un control, aun decisivo, por las arenas estatales. Las contradicciones del sistema intra- estatal se sitúan así en la paradójica circunstancia de una transición posible dentro de una consolidación político- social improbable.⁹⁰

Tenemos un estado discursivamente proyectado como si no tuviese nivel deliberativo y decisonal fundamental. Con lo que se maneja la "ilusión liberal" de que son las instituciones y la sociedad las depositarias del poder y representación de decir que si o no a las distintas iniciativas sociales originadas en este periodo. Por supuesto, lo anterior es una fórmula política que reditúa beneficios a corto plazo y nada más. Esto, aunque algunos piensen lo contrario, se desdobra respecto a la redefinición de los ciclos e inflexiones estructurales que acompañan los cambios sociales relevantes. Propiciando una acumulación de déficit de gobernabilidad que sólo hacen más difícil y brumosas las relaciones bajo la coyuntura.⁹¹

⁹⁰ Fernández Reyes, Otto, "El Régimen Político Mexicano: Prisionero de sus Dilema", en *Convergencia*, FCP y AP, Año 1 No. 3, Junio, México, 1993, Pág. 149

⁹¹ *Ibid.* Pág. 151

Tomando en consideración esta amalgama de factores estructurales y coyunturales del sistema podemos comenzar a establecer las condiciones en que se desarrolla la cultura política de las élites en México, en este periodo generalmente definido como de transición.

Pero antes de señalar cuales son las reglas y cuáles las implicaciones de dicha relación entre las subculturas, nos ocuparemos del contenido de la llamada subcultura de élite ¿cuáles son las características de los sujetos que pertenecen a dicha subcultura? ¿Cuáles son las reglas que definen una relación intra elite? ¿Cuáles son sus normas y patrones de comportamiento? ¿En que se sustenta la autoridad que recae en este grupo?.

Por otra parte pretendemos mostrar que la cultura política forma parte tanto del proceso social como del cambio en el proceso político, ya que el proceso de culturación es más dinámico y tardado que el de proceso político y que precisamente este proceso de transformación de valores tiene relación con las historia del sistema político mexicano, particularmente con las prácticas corporativas y las reglas explícitas e implícitas de distribución del poder.

Teniendo presente que el piso ideológico en que se fundamentan las reformas económicas poseen un signo privatizador, individualista y particularista y las que se ubican en un derrotero político se basan en una convocatoria social extensa e indefenciada, la articulación entre uno y otro no deja de ser problemática. Ya que, al parecer, sería una obviedad arribar a la cuestión de que aquí se procesa un nivel de ingobernabilidad social tendencial. Donde el llamamiento a la constitución de una "ciudadanía reglamentada", por y desde el poder mismo, sólo ratifica la fragilidad institucional del actual mecanismo de "transición intra-élite política" en marcha en el México del fin del milenio ⁹². La valoración de la acción política, además de atravesar por fisuras y complejas desarticulaciones ideológicas, hoy se presta a una "línea convenenciera" en las masas más que evidente. Resultado obvio de una crisis política que tiene como perspectivas una liberalización económica y promueve y promete elevaciones sociales diferenciales en el bienestar individual a una "velocidad mayor" que las reivindicaciones políticas de representación y participación sociales. En esa situación

⁹² Ibid., Pág. 156

la decisión es obvia en términos coyunturales. La inmediatez diferencial es estimulada y respaldada como fórmula de segmentación político-social en el sistema social⁹³.

⁹³ Ibid., Pág. 158

CAPITULO III
La Cultura Política de las Élités en México,
aproximación al proceso de análisis

Toda responsabilidad concreta desaparece
en la representación abstracta de la injusticia universal
Theodor W. Adorno, *Mínima Moralia*

Nos hemos encontrado con literatura que le da a lo político un sentido fantasmagórico, como si no existiera la figura del político, como si las fronteras se desdibujaran por el pesimismo y la perspectiva posmoderna de la pérdida de sentido y dirección. Creo que esto no permite ver la *personalidad* de la política, dicha personalidad es necesaria para la confrontación y la contienda. No se puede interactuar con conceptos pero sí con las instituciones, (poderes ejecutivo, legislativo, partidos, iglesia) la política sigue teniendo personalidad y el Estado sigue siendo necesario para condensar las demandas y los sentidos de la vida político social del sujeto. A pesar de nuestro desencanto por los atributos de la política, no podemos dejar de ponderar la importancia que tiene para la vida social, el trasladar las relaciones sociales a lo informacional o la meramente subjetivo es retraernos de una realidad que políticamente vive y concibe los procesos inaplazablemente, la vida, la política, es a pesar de nuestro desencanto y de nuestra frustración, la vida es y como menciona González Casanova, no podemos permitirnos que los estados de ánimo contaminen las perspectivas analíticas del realidad social.

Antes de comenzar el tema de la cultura política de las élites en México, quisiéramos hacer unas consideraciones finales al tema del Estado, comenzaremos enunciando las corrientes de interpretación del Estado.

Existen dos ramas importantes de la ciencia política recientes que amplían la crítica al pluralismo: los desarrollos neomarxistas de la teoría del estado y las apreciaciones de científicos sociales sobre la importancia de las tendencia corporativas en las instituciones políticas modernas. En el estudio del Estado y la democracia no se puede dejar de lado las interpretaciones marxistas. Marx dejó una herencia ambigua, sin llegar nunca a reconciliar, plenamente, su concepción del Estado como instrumento de dominación de clase con su reconocimiento de que el Estado podría también tener una independencia política significativa. El énfasis de Lenin en la naturaleza opresiva de las instituciones del estado capitalista no resolvió ciertamente esta ambigüedad, y sus escritos parecen aún menos convincentes. Después de la purgas de Stalin y del crecimiento a gran escala del mismo estado soviético. Miliband, proporcionó un estímulo al pensamiento neomarxista, haciendo constar la posición cada vez más central del Estado en las sociedades occidentales, trató de reafirmar, por un lado, la relación postulada por Marx entre clase y estado y de evaluar, por otro, el modelo pluralista clásico de las relaciones Estado-Sociedad, entonces la ortodoxia reinante. En contra de aquellos que sostiene que el Estado es un árbitro neutral entre los intereses sociales, el argumentaba: a) que en las sociedades occidentales contemporáneas existe una clase dominante o dirigente que posee y controla los medios de producción; b) que tiene relaciones estrechas con instituciones poderosa, entre ellas los partidos políticos, el ejército, las universidades y los medios de comunicación, y c) que tiene una representación desproporcionada en todos los niveles del aparato del Estado, especialmente en las posiciones de mando. Los antecedentes sociales de los funcionarios (abrumadoramente) del mundo de los negocios y de la propiedad, o de las clases medias profesionales), sus intereses especiales, implica que la mayoría de las instituciones si no todas, funcionan como un elemento crucialmente importante y comprometido con el mantenimiento y defensa de la estructura del poder y privilegio inherente al capitalismo.

El concepto de Estado sigue estando presente en los análisis de cultura política, de hecho el papel que le adjudican desde un principio los estudiosos del tema implica una relación directa con la forma en que las clases políticas se apropian, acceden y permanecen en el

poder. Aquí nos resulta útil resaltar que la lucha por el poder del Estado ha estado presente en todo estudio de cultura política. Sin embargo creemos que para el caso de México se ha tratado de la lucha por el poder de entre élites y no entre clases, el sistema político mexicano con sus rasgos corporativos, autoritarios, tradicionalistas y nacionalistas; ha hecho una eficiente tarea en que la lucha por el poder sea excluyente y exclusiva, existen condiciones que han permitido el acceso de ciertos personajes representantes de sectores relevantes de la sociedad incursionen en la toma de decisiones, sin embargo no podemos hablar de una total ascensión de grupos importantes de los sectores marginados, campesinos, obreros, etc. Si lo que caracteriza a la élite es precisamente su organización y rasgos peculiares y distintivos de grupo, habilidades, conocimientos, estrategias, etc., los sectores excluidos han carecido evidentemente de estos rasgos por ellos creemos que la teoría clásica de las élites sigue siendo una herramienta sumamente relevante para entender el funcionamiento de la rotación de las élites en México.

Cuando el Estado juega un papel dominante en la sociedad, quienes acceden a la élite política al lograrlo adquieren mucho poder (la oportunidad de tomar decisiones definitivas respecto a problemas básicos no sólo en el campo de la política, sino también en lo que se refiere a la asignación de recursos sociales y económicos). Cuando el gobierno goza de la estimación de los ciudadanos el sistema y el sistema político cuenta con una amplia base de legitimidad, un puesto político supone para quien lo ocupa un prestigio considerable. Dependiendo de múltiples circunstancias, los cargos públicos también pueden significar ganancias económicas y enriquecimiento personal. Es evidente que estos factores pueden variar de una época a otra, y de un lugar a otro. Por lo tanto, para comprender el significado que tiene la pertenencia a la élite en determinada situación, es indispensable tener una idea del tipo de recompensas que acompañan a los cargos públicos en un momento dado, en qué grado los acompañan y como se combinan.⁹⁴

En este sentido y para entender como es que se ha conformado la élite en México, Camp, nos ofrece un esquema de investigación donde estudia las variables que intervienen en el reclutamiento político, uno de los principales actores a investigar por Camp son los militares, la mayoría de los líderes militares con influencia política han ocupado una o más

⁹⁴ Smith, Peter H., **Los Laberintos del Poder: El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971**, COLMEX, México, 1981, pág 35

de las posiciones seleccionadas. Debido a que estos son los cargos que, en opinión de otros investigadores, tienen el mayor control sobre la toma de decisiones políticas en México, se puede describir como una élite política a los individuos que los han ocupado⁹⁵.

El Reclutamiento Político en México, este ha sido definido de muchas maneras. Putnam lo define como "el proceso que seleccionaría, entre los varios millones de ciudadanos favorecidos socialmente y motivados políticamente que conforman el estrato político, a los militares que alcanzan posiciones con influencia nacional significativa. El proceso más importante para el reclutamiento parece incluir lo siguiente:

1. Los canales o caminos hacia los niveles más elevados que por lo común utilizan los líderes políticos potenciales.
2. Aquellos que seleccionan o patrocinan a quienes llegan a las posiciones políticas de mayor nivel y los medios o cualidades de que se valen para seleccionar a los posibles líderes.
3. Requisitos o calificaciones formales de los aspirantes.

Recientes evaluaciones de la estructura política mexicana la describen como un sistema autoritario, aunque tiene sus propias peculiaridades. Debido a que es autoritario, se supone que el reclutamiento, la socialización y la toma de decisiones políticas, no seguirán los mismos patrones que los procesos equivalentes en un sistema político democrático. Además aunque entre los estudiosos del tema no hay acuerdo sobre el papel del Presidente en la toma de decisiones y la importancia del partido oficial o Partido Revolucionario Institucional (PRI), dentro del sistema, es bien sabido que para llegar al nivel más alto a través de la burocracia gubernamental o mediante cargos de elección, se debe contar con la simpatía de otros líderes políticos y, cuando menos, no carecer de simpatía hacia la filosofía política del presidente bajo el cuál se trabaja.

Al analizar los métodos del reclutamiento político, los investigadores por lo general estudian a los partidos políticos, burocracias y gobiernos locales. En México, una institución social, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ha funcionado como el sitio institucional más importante par el reclutamiento político, con toda claridad en forma desproporcionada numéricamente con respecto a otras instituciones educativas

⁹⁵ Camp, Roderic, **Los líderes Políticos en México**, Ed. Siglo XXI, México, 1990 pag. 30

mexicanas. Según Camp, la mejor oportunidad de ingresar a la política mexicana y mantenerse en los niveles más altos, en especial a partir de 1950, era cursar estudios a nivel superior en la Universidad Nacional. Además del partido la burocracia y los gobiernos locales, los sindicatos y el ejército han desempeñado un papel institucional crucial en el proceso de reclutamiento, proporcionando con frecuencia un camino a líderes políticos con diferentes antecedentes económicos y sociales y de diferente formación.

Cultura política y gobernabilidad son dos términos clave de la discusión política en el México contemporáneo en un contexto de liberalización gradual del modelo de inclusión y participación política y de la gestación de la actividad económica. En estas condiciones, la relación entre ambos conceptos se ha convertido en objeto de renovado interés tanto por parte de los académicos como de los políticos. Ello es sugerente si tomamos en consideración que la capacidad de gobierno del régimen así como la estabilidad de la cultura política han constituido históricamente una de las constantes del modelo de desarrollo político y económico en México a lo largo de los últimos 60 años. Son estas razones que lo convierten en un tema particularmente relevante de investigar, en momentos que se discute con intensidad si nos hallamos en los umbrales de un proceso de radical transformación de la cultura política nacional, al mismo tiempo que de la aparición de síntomas que parecieran indicar un incremento de las dificultades del arte del buen gobierno. El objetivo central del proyecto de investigación está dirigido a investigar si la cultura política nacional ha experimentado cambios significativos a lo largo del período de estudio, examinando tanto los elementos que favorecen la continuidad, como aquellos otros que estimulan el cambio, así como los efectos sobre la gobernabilidad, en los niveles correspondientes a la legitimidad y efectividad del régimen político mexicano.

Haciendo un poco de historia para remarcar los orígenes de las prácticas políticas de las élites haremos un rápido recorrido del periodo de Díaz. En el transcurso de 1876 a 1911, Díaz demostró ser un político extraordinario. A pesar de que partió de una base de apoyo muy precaria, que al principio consistía en su propio estado mayor, logró, sin embargo, crear una coalición amplia y duradera. Díaz estaba plenamente convencido de que la estabilidad política a cualquier precio era de suma importancia para la prosperidad del país, y la logro combinando la represión sistemática con el cuidado y la atención conscientes de un círculo selecto de incondicionales. Siempre dispuesto a evitar conflictos innecesarios, Díaz permitía que los caudillos regionales pelearan entre sí de suerte que

se debilitara su fuerza conjunta. Fomentó el desarrollo del ejército, y para mantener el orden en el campo creó el temible cuerpo de guardias rurales. Los orígenes de Díaz eran liberales, pero aunque no favoreció directamente a la iglesia tampoco tomó medidas en su contra, y consistió a que su segunda esposa, católica ferviente, fuera el símbolo de la reconciliación.⁹⁶

Con el tiempo Díaz desarrolló una especie de grupo de expertos, formado por intelectuales positivistas, conocidos popularmente por el nombre de los científicos. Ajuntándose a la fórmula de la Reforma al pie de la letra, aunque no enteramente con apego a su espíritu, Díaz ordenó que la prohibición que pesaba sobre las corporaciones relativa a la posesión de tierras se aplicara a las comunidades indígenas - de manera que las tierras quedaron a disposición de especuladores, de rancheros y de favoritos políticos- y en 1894 buscó congraciarse con los terratenientes al decretar que las tierras que no estaban siendo utilizadas podían ser objeto de explotación privada. Díaz buscó y encontró el apoyo de un grupo nuevo, el de los inversionistas extranjeros, en su mayoría británicos y estadounidenses, cuyo capital sería un estímulo para el progreso económico. También es de señalar que para amortiguar los antagonismos nunca se haya proclamado dictador; simple y sencillamente reformó la constitución cuantas veces fue necesario para poder ser reelegido para la presidencia de la república.⁹⁷

Dadas las condiciones en las que se encontraba la sociedad mexicana en esta época "no es de extrañar que el orden porfiriano se enfrentará a una serie de desafíos populares. No pasaba año sin que se declarara alguna huelga, y la agitación obrera se aceleraba con el correr del tiempo. Entre 1906 y 1908 se produjeron importantes estallidos de violencia especialmente en el norte de la república, donde los trabajadores reaccionaron en contra de las preferencias salariales que la Cananea Copper Company otorgaba a los empleados norteamericanos; pero también hubo estallidos entre los trabajadores ferrocarriles y las fabricas textiles de Rio Blanco.

El régimen de Díaz, centralizó el poder político y fortaleció considerablemente el papel del Estado. Las decisiones clave se tomaban por lo general por el propio Díaz en la Ciudad de México, y sin que intervinieran los caudillos locales o regionales. En el seno de las

⁹⁶ Smith, Peter H., **Los Laberintos del Poder: El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971**, COLMEX, México, 1981, pág. 37

⁹⁷ *Ibíd.*, Pág. 38

altas esferas de la sociedad mexicana, el puesto político se convirtió en objeto de envidia y de prestigio y formar parte de la élite gobernante era un bien preciado, en parte y quizá en buena medida, porque la estabilidad política era vista como la condición previa, necesaria e indispensable, del crecimiento económico y material. Hacia el final de su régimen el propio Díaz expuso el siguiente razonamiento: 'Fuimos duros. En ocasiones fuimos duros hasta el punto de la crueldad; pero esa dureza era entonces necesaria para la existencia y el progreso de la nación. Si hubo crueldad, los resultados la han justificado. La educación y la industria han continuado la tarea que inició el ejército'. Los opositores de Díaz percibieron claramente las implicaciones de estas palabras y también le atribuían una enorme importancia al ejercicio del poder central, aunque por diferentes (y variados) motivos. La presión iba creciendo y a medida que Díaz y su camarilla de colaboradores envejecían la explosión parecía cada vez más una mera cuestión del tiempo.⁹⁸

Todos aquellos que pudieran seriamente aspirar al poder tendrían que adoptar una postura retórica en favor de los obreros y de los campesinos en México. Este imperativo retórico sumado a la escala de violencia de la lucha (cuyo resultado probable fue un millón de muertos), ha llevado a muchos observadores a aceptar sin discusión, vacilación ni definición de ninguna especie, el status "revolucionario" de la revolución mexicana. Yo considero asimismo, que estas características responden efectivamente a la definición de revolución: la toma ilegal del poder político, a través de la amenaza o del uso de la fuerza, con el objeto de llevar a cabo un cambio estructural en la distribución del poder político, social o económico. Hasta aquí no hay problema. Pero también quisiera señalar que la revolución fue todo menos monolítica, que unas facciones eran más revolucionarias que otras y que triunfó el ala moderada. No cabe duda que Carranza -y Madero antes que él- se habían comprometido a modificar sustancialmente los procedimientos de distribución del poder político, y el principio de la "no reelección" es prueba de su compromiso durante mucho tiempo la preocupación central de los líderes mexicanos era más el poder y la estabilidad que la transformación estructural. El fin de la lucha armada generalizada dio paso a una lucha política que se convirtió en una guerra de desgaste. En 1919 tropas carrancistas asesinaron a Zapata; Villa fue asesinado en 1922.⁹⁹

⁹⁸ *Ibíd.*, Pág. 40

⁹⁹ *Ibíd.*, Pág. 42-43

En 1920 cuando Carranza intentó imponer a un personaje casi desconocido, Ignacio Bonillas, en la presidencia de la república, Álvaro Obregón inició una insurrección que culminó con la muerte del jefe del constitucionalismo y con el advenimiento del propio Obregón al poder. En 1923 un íntimo colaborador de Obregón, Adolfo de la Huerta, promovió otra revuelta y terminó en el exilio. Durante su régimen presidencial (1924-28) Plutarco Elías Calles le declaró la guerra a la rebelión proclerical de los cristeros, y en 1927, aplastó otra tentativa de golpe de estado. La solución de la crisis política, y el inicio de la estabilidad institucional sentaron el prerrequisito vital para que México se comprometiera por el rumbo del desarrollo económico. Durante los años sesentas, algunos observadores extranjeros bautizaron los logros económicos del país de "milagro mexicano", por la admiración sin límites que les inspiraba el hecho de que un área del mundo en desarrollo registra crecimiento económico y gozara de estabilidad política. No obstante para entender las repercusiones sociales y políticas de este proceso es necesario partir de una perspectiva analítica en cuanto a la forma y al hecho mismo del cambio económico en México.¹⁰⁰

Hace tiempo que la clase política mexicana, la heredera de aquella facción revolucionaria que finalmente se adueñó del poder por la vía de las armas entre 1914 y 1917 – la carrancista –, se quedó sin "formula política", es decir, sin un discurso eficaz, sin una coartada que justifique un supuesto derecho a gobernar por más de ochenta años interrumpidos. Hace más de medio siglo, Daniel Cosío Villegas, en su famoso ensayo sobre el sistema político del México en que se iniciaba la posrevolución, declaró tajante que todos los líderes de la Revolución mexicana, sin excepción alguna, habían resultado inferiores a las exigencias de ellas. Los años transcurridos desde entonces no sólo han confirmado ese duro juicio de Cosío Villegas sino que lo han extendido, pues es claro que tampoco los hombres que han ejercido el poder de entonces a la fecha han estado a la altura de las circunstancias.¹⁰¹

Los hombres y las mujeres de la clase política posterior a 1946 – cuando los generales fueron sustituidos por los abogados y los economistas.- nunca se plantearon la posibilidad de cuestionar abiertamente y menos de enfrentar las deficiencias éticas del poder existente, sino que simplemente lucharon a brazo partido por introducirse en el aparato

¹⁰⁰ Ibid., Pág. 46-47

¹⁰¹ Meyer, Lorenzo; **Fin de Régimen y Democracia Incipiente**, Océano, México, 1998, pág. 46-47

gubernamental y usufructuario – Adolfo López Mateos fue quizá, una excepción, pero sólo en su juventud, cuando formó parte de la rebeldía estudiantil vasconcelista. Los integrantes de la elite política de la segunda mitad del siglo XX, ya no olieron la pólvora y nunca tuvieron que arriesgar la vida en el intento por dar forma a una gran visión del destino colectivo, como si fue el caso, al menos en el inicio, de sus predecesores.

Será que siempre la historia de México ha sido escrita por lo gobernantes que no han sabido tener la visión clara de un ejercicio profesional de la carrera pública, en palabras más claras y menos elegantes lo que se pretende describir sobre todo es la necesidad de poner a la luz la incapacidad de los gobernantes en México para dar soluciones a las necesidades de las personas. Pero ¿por qué razón los políticos y los encargados de formular las políticas de desarrollo, las financieras, las sociales, están convencidos de que la forma en la actúan es la correcta? ¿será que vivimos en dos Méxicos distintos tan desiguales el uno del otro pero al fin y al cabo con un mismo gobierno, esto es los gobernantes para quien gobiernan, saben de la existencia de la marginalidad de la pobreza de la crisis, pero ¿por que parece ser que no lo ven? y hasta pareciera que aun sabiendo de la existencia de estas condiciones la favorecieran de manera tan vehemente como si fuera una necesidad del sistema, o un simple cinismo de la clase gobernante, saber que existen pero a pesar de ello ignorarlos y darles el tiro de gracia con más medidas impopulares. ¿Ha dejado de ser el sistema político mexicano un sistema impopular, para convertirse en sistema cínico?

Pero si se ha convertido en cínico, entonces por que no dar el tiro de gracia a la miseria la cuestión es que no les importa la pobreza pero la consideran necesaria, esto es que la consideran tan necesaria para mantener y desarrollar el estado actual de las cosas que hacen hasta lo imposible por que los pobres no mueran pero tampoco que dejen de serlo

3.1 El nacionalismo revolucionario

Una de las ideas más extendidas en las Ciencias Sociales es la que explica al nacionalismo como un instrumento para resolverlos conflictos sociales y como un medio de dominación. El hecho evidente es que el nacionalismo, en incontables ocasiones, cumple una función legitimadora de los sistemas políticos moderno, le agrega un aura de

certidumbre a esta idea. El nacionalismo mexicano, que ilumina las estructuras de poder que se consolidan paulatinamente después de la revolución de 1910, parece ser un buen ejemplo para ilustrar el mito: una gran parte de los "especialistas" en el tema llegan a la conclusión que el nacionalismo mexicano es "un medio de resolver el conflicto entre grupos", un utilísimo dispositivo de control social, un proyecto de Estado revolucionario para integrar los intereses de todas las clases al desarrollo capitalista. Pareciera que nos enfrentamos a un problema de técnica política, en donde se trataría de encontrar las fórmulas para crear lo que se ha llamado una cultura cívica, es decir, una forma de participación en la que se logra una congruencia entre la cultura política y la estructura política.¹⁰²

El nacionalismo que se consolida después de la revolución cumple una importantísima función reguladora del consenso en que se basa el Estado. Es imposible comprender la estable sucesión de gobiernos posrevolucionarios sin acudir al estudio del nacionalismo revolucionario. El nacionalismo realiza, en este sentido, una función ideológica muy importante, en la medida en que se consolida como una tendencia política que establece una relación estructural entre la naturaleza de la cultura y las peculiaridades del sistema político. Sin embargo, el mero análisis de esta función ideológica fácilmente puede llevarnos a ver las relaciones entre la cultura y la política en forma unilateral y, en última instancia, instrumental. El nacionalismo - como otros conglomerados de ideas- sería simplemente un puente mediador entre la sociedad y la política, entre la cultura y las instituciones de coerción. El problema es de gran complejidad, pues el mito nacionalista se inserta en la sociedad mexicana en forma paradójica. El nacionalismo sin duda ha contribuido a la legitimación del sistema político, pero se estableció como una forma mítica poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental típico del siglo XX.¹⁰³

Es necesario reconocer que la modernidad mexicana es un cúmulo de frustraciones y fracasos; es una modernidad que, después de más de medio siglo de nacionalismo revolucionario, nos ha dejado un país en donde la miseria, el analfabetismo, la represión y la corrupción son todavía un grave problema nacional.

¹⁰² Bartra, Roger, "La crisis del nacionalismo en México", en *Revista Mexicana de Sociología*, IIS-UNAM, México, 1990, pág. 188-190.

¹⁰³ *Ibid*, pág. 190

Ante los terribles embates de la crisis económica que estalló en 1982 y los síntomas de una crisis política latente, los dirigentes del sistema —especialmente los tecnócratas— han propuesto una “nueva política” que se puede resumir en una sola palabra: la modernización. Se sugiere que es necesario realizar algunos cambios al sistema político para ponerlo a tono con los nuevos vientos que soplan por el mundo. Se trata de un reconocimiento implícito de que las estructuras de poder están rezagadas con respecto a las exigencias de la sociedad moderna; en consecuencia, se dice, es preciso modernizarlas para que los aparatos de Estado vuelvan a su tradicional eficiencia y funcionalidad. El origen tecnocrático de la política de modernización es evidente, aunque solo sea por el mensaje implícito: el sistema ya no es tan eficiente, debido a su relación de relativa disfuncionalidad con respecto a la sociedad civil. La modernización es, en realidad, una propuesta de refuncionalización.¹⁰⁴

La crisis política de 1982 — que provocó la espectacular nacionalización de la banca— reveló descarnadamente el avanzado estado de disolución de los lazos de cohesión (o de concertación, para usar la palabra preferida de los tecnócratas) que une al grupo gobernante. El aspecto más visible de la crisis es la demanda generalizada de una democracia representativa: el hecho trágico de que la extensión de la “democracia liberal” (la eliminación de los banqueros privados) haya transcurrido en una forma tan despótica, es un síntoma más que demuestra la incapacidad del gobierno para armonizar la democracia social con la democracia política. La crisis de 1982 abre una época que se caracteriza por la rápida extensión de un nuevo fenómeno: la necesidad de una salida democrática aparece en todos los estratos de la sociedad política y en sectores cada vez más amplios de la sociedad civil. La precariedad de los mecanismos democráticos se ha convertido en un obstáculo para diversas corrientes y tendencias que operan dentro del gobierno; la forma priísta de gobierno autoritario ya no es operativa ni eficiente para reproducir las funciones mediadoras y legitimadoras del estado.

Las tensiones críticas que caracterizan al Estado mexicano se expresan, a nivel de la cultura política, en la aparente contradicción entre “modernización” y “democratización”. Esta situación ha logrado desarrollarse debido a los importantes cambios que ha sufrido la élite política en los ochentas. El grupo gobernante, tal como se desarrolla desde los años postcardenistas, estaba esencialmente formado por la peculiar confluencia de las clases

¹⁰⁴ Ibid, pág. 195

económicamente dominantes y de la burocracia que ocupa el poder en nombre de las masas de campesinos, obreros y empleados. De manera más precisa, la cúpula política estaba compuesta por tres grupos: la tecnocracia, los "nuevos" empresarios y los banqueros. Se trataba de tres grupos políticos que ejercían, en cierta forma, la representación del conjunto abigarrado y complejo de intereses coaligados en torno al gobierno de la revolución. Los tecnócratas formaban el grupo que encabezaba y representaba a las instancias de la burocracia (sindical, agraria, "popular", etc.). Los nuevos empresarios "nacionalistas" (especialmente la burguesía del centro de México surgida gracias al proteccionismo) se asignaron el papel de dirigentes de todo el empresariado (gracias a sus sólidos canales de presión y expresión en los gobiernos del DF y del Estado de México, en la Secretaría de Industria y Comercio etc.). Y los banqueros, por último, que se habían colocado en una poderosa y peligrosa posición de equilibrio entre el empresariado derechista del norte y la burocracia política. Sin embargo, en 1982 se hizo evidente que habían aparecido nuevos factores, junto con la crisis económica:

1. El ahondamiento de la división entre los tecnócratas y el resto de la burocracia política. Las divergencias políticas entre los sectores "nacionalistas" y los "derechistas" del empresariado se habían atenuado.
2. La eliminación de los banqueros privados como grupo (en 1982), y la consiguiente desconfianza generalizada del empresariado con respecto a la burocracia política
3. El debilitamiento del sector agrario del PRI y de la red de caciques tradicionales en la provincia, acompañado de un fortalecimiento de burguesías y clases medias regionales.
4. El fortalecimiento relativo de la burocracia sindical, acompañado de un incremento de las fracturas que separan a los diversos grupos y corrientes que se disputan el poder.

Debido a estos factores y muchos otros, desde 1982 se produce un extraordinario fortalecimiento político de los tecnócratas; pero al mismo tiempo se genera un cierto vacío en torno al nuevo núcleo de poder, ya que los antiguos pactos que ligaban a las diversas fracciones políticas se han desgastado o, incluso, han dejado de ser respetados. De esta manera el núcleo tecnocrático hegemónico ha tenido que proponer una restauración del conjunto de pactos; sin embargo, es evidente que los grupos de presión, más que una

restauración, desean la reformulación del conjunto de alianzas. Así muchos empresarios desconfían de la restauración de la vieja alianza con el gobierno: quieren cambios sustanciales, y algunos incluso han apostado a una alternativa ajena al sistema. Paradójicamente, la burocracia sindical es, talvez, la fracción que aloja más elementos conservadores, lo cual se expresa en su deseo de renegociar sobre bases tradicionales y en su desconfianza de todo cambio democratizador en la estructura del sistema; pero tolera mal la política tecnocrática de austeridad que tanto ha deteriorado el nivel de vida de los trabajadores.

La década de los años ochenta ha significado para México el período de encumbramiento de la tecnocracia política. Este hecho ha sido señalado por muchos observadores de la política mexicana, pero poco se han examinado sus consecuencias en el campo de la cultura política, no obstante que pareciera muy evidente el antagonismo entre el discurso nacionalista tradicional y el estilo tecnocrático de gobierno. El nacionalismo revolucionario se define, mínimamente, por cuatro grandes series de actitudes y de postulados:

1. Una desconfianza hacia las grandes potencias (especialmente los Estados Unidos), acompañada de dosis variables de xenofobia y de antiimperialismo.
2. Una afirmación de la nacionalizaciones como forma de limitación de la propiedad de la tierra, del control de los recursos naturales y de la concentración de capital.
3. Un amplio Estado fuerte interventor, cuya fuerza excepcional es legitimada por su origen revolucionario y por su amplia base de masas.
4. Una supervaloración de la identidad mexicana como fuente inagotable de energía política.

Desde luego que la tecnocracia política en el discurso, no ha renunciado a los postulados del nacionalismo revolucionario. Pero si descorremos las cortinas de la demagogia y nos asomamos a observar lo que hace la tecnocracia, es fácil advertir que el nacionalismo revolucionario ya no es fuente de su inspiración.

La cultura política mexicana se encuentra en una situación crítica: está atravesada por una profunda fractura que separa el nacionalismo revolucionario de una masa de expresiones conservadoras. En cierto sentido, esta escisión existe desde hace muchos años, y es la que ha separado a las tradiciones católicas guadalupanas de la

institucionalidad revolucionaria. Sin embargo, desde fines del período cardenista se había establecido un acuerdo para restañar las heridas que las luchas cristeras y sinarquistas habían provocado en el embrionario sistema de poder político posrevolucionario.¹⁰⁵

La cultura nacionalista hegemónica no se enfrenta solamente al reto de “modernizarse” o “refuncionalizarse” para contrarrestar con eficiencia las presiones de una sociedad civil rechazada. Nos debemos preguntar si acaso no han ocurrido cambios significativos en el propio espacio cultural del nacionalismo revolucionario; me refiero a cambios que puedan obstaculizar su reproducción como cemento ideológico y, sobre todo, cultural del sistema. Si ello es así, no nos enfrentamos a una situación de “atraso” de las expresiones nacionalistas, que podría superarse finalmente mediante una modernización y adaptación a las nuevas necesidades. Hay, más bien, una contradicción, creciente entre nacionalismo y cultura nacional.

La gesticulación nacionalista toca a su fin. Los gestos dramáticos que evocaban gestas revolucionarias se van convirtiendo en muecas tragicómicas que apenas ocultan el trasfondo de un Estado autoritario. El nacionalismo oficial construyó un puente entre el nuevo Estado y la nación con los ladrillos del despotismo populista y obrerista. Bajo el puente quedaron ocultos los frustrados apetitos democráticos de una masa popular convertida en espectadora del gran teatro de la unidad política nacional. Durante los últimos años, sin embargo, estos espectadores-participantes han comenzado a sacudir los pilares del puente nacionalista. Desde 1968 podemos observar los primeros síntomas de la quiebra de la estatolatría instituida por los gobiernos que surgieron de y se inspiraron en la Revolución mexicana.¹⁰⁶

La estructura formal del sistema político mexicano no arroja mucha luz sobre la manera en que los mexicanos interesados siguen carreras políticas exitosas. En el proceso de reclutamiento influyen fuertemente la centralización de la autoridad política y la realidad de la selección por los que ocupan cargos. Como hay otras variables y otros grupos que tienen poca influencia sobre la designación y la “elección” de los funcionarios de gobierno las credenciales informales sustituyen los requisitos, más formales como convenientes o indispensables para el reclutamiento político.

¹⁰⁵ *ibid*, pág. 211

¹⁰⁶ *ibid*, pág. 215

Las credenciales informales están asociadas con generaciones de dirigentes políticos desde los años veinte. A medida que llegaban a los cargos dirigentes con credenciales diferentes, esos cambios se transmitían a las generaciones políticas sucesivas. La fuente gubernamental más importante de reclutamiento político es la burocracia nacional, no el legislativo. La centralización de la autoridad en México contribuye también a la importancia de las instituciones nacionales, y al descuido de las instituciones municipales y estatales en los antecedentes y la experiencia de los políticos.

El pequeño grupo, la camarilla, desempeña un papel de la máxima importancia en el proceso de reclutamiento. Se trata de una estructura informal construida con base en varias características de la cultura general, una estructura que destaca la importancia la importancia de colocar la lealtad de la carrera en las manos de amigos muy cercanos, y utilizar a un grupo de amigos para apoyarse mutuamente en la carrera. Todos los políticos mexicanos prominentes, con exclusión de la oposición, son miembros de camarillas y están unidos entre ellos por vínculos fluidos que existen entre las muchas camarillas. Las camarillas de los políticos contemporáneos vienen directamente de las originadas por Cárdenas y Alemán.

Las características más importantes de un político contemporáneo exitoso, reflejadas en los antecedentes de Carlos Salinas, incluyen un alto nivel de educación, estudios de postgrado en el extranjero, un título en economía o una disciplina técnica más especializada, un origen social de clase media, una carrera en la burocracia nacional especialmente en organismos de orientación económica como la secretaria de Hacienda residencia en un centro urbano, especialmente la ciudad de México y cada vez más un título de una institución privada, no pública, en la capital.

La modificación de los rasgos del proceso de reclutamiento y de las características de los políticos mismos han posibilitado el asenso de un nuevo tipo de político mexicano. llamado comúnmente tecnócrata. Salinas es un prototipo de tecnócrata. Los políticos tecnócratas han ido dominando cada vez más el gobierno, especialmente la rama ejecutiva, y controlan el gabinete económico de Salinas. Varios fenómenos han sido atribuidos erróneamente, a sus cualidades personales. Si las políticas de Salinas se

consideran meritorias, es probable que los políticos tecnócratas dominen el gobierno hasta el fin del siglo.¹⁰⁷

En particular, para ver la magnitud de la crisis y de los cambios ocurridos es importante mirar a la organización de los partidos y los cambios en la fisonomía de sus élites. Estos dos indicadores cubren diferentes aspectos. Por una parte, el análisis de la organización partidista nos lleva a considerar elementos de larga duración, que han aparecido incluso en partidos políticos en otros países, pero en particular en América Latina. Por otra parte, los cambios en la élite del partido pueden hacer eventos de corta duración, muy comunes en los fenómenos de transición, y por esta razón específicos de México durante estos años.

En este aspecto es posible encontrar grandes variaciones en los tres partidos estudiados. En el caso del PRI, como vimos, se encuentra en un proceso de des institucionalización. La cohesión interna que mantuvo en otros tiempos, gracias a una compleja red de apoyos y lealtades vertical y jerárquicamente establecida, comenzó a decaer sensiblemente a partir de la década de los ochenta. Sin embargo sigue existiendo dentro del PRI una gran concentración de las zonas de incertidumbre propias a toda partido en el vértice. Aunque en menos proporción que antaño, el Presidente de la República, como "principal priista" sigue teniendo una gran influencia en la distribución de incentivos organizativos. Es precisamente este hecho el que mejor revela la persistencia de prácticas de patronazgo y servilismo entre el PRI y el gobierno en turno, mismas que se han revelado contradictorias con la lógica de competencia y pluralismo que se plantea desde el discurso oficial.

De hecho, sigue resultando difícil aplicar los modelos teóricos sobre organización de los partidos a un caso tan atípico como el PRI., pues esta organización más que un partido ha sido y sigue siendo un instrumento de poder del Estado, sin autonomía real con respecto al Ejecutivo. Sin embargo eso no significa que la relación entre gobierno y el PRI no se haya vulnerado en tiempos recientes, aunque tal pareciera que las tendencias y grupos más progresistas dentro del PRI no se comparten las líneas dominantes sólo tienen dos caminos: disciplinarse en espera de que las cosas cambien en el largo plazo, o escindirse de las filas del partido, como de hecho ya ocurrió en la corriente democrática en 1987. En consecuencia, siguen predominando dentro del PRI relaciones de dominio más que de

¹⁰⁷ Camp, Roderic Ai, *La política en México*, Siglo XXI, México, 1995, págs.145-147

intercambio y negociación entre grupos, relaciones estas últimas que constituyen un presupuesto necesario para la autonomización real de toda organización partidista.

Empero puede reconocerse una tercer alternativa, pero en este caso proveniente de los sectores más duros o conservadores, interesados sobre todo en mantener sus privilegios: la rebeldía. Este es el caso cada vez más frecuente, de algunos priístos en el ámbito local, o de otros grupos que han recurrido sistemáticamente a la violencia anónima para desestabilizar cualquier iniciativa de cambio. Bajo esta perspectiva pueden leerse los crímenes del candidato a la presidencia como de su secretario General, ambos ocurridos en 1994.

La emergencia de las acciones de este tipo sugieren cuando menos dos cuestiones: En primer lugar, que la estabilidad del PRI es sumamente débil. No sólo se han roto las líneas de lealtad jerárquicas tradicionales sino que los compromisos en el vértice del partido se han vuelto más precarios. En segundo lugar, que la élite del partido se concibe cada vez más alejadas de las bases y sectores intermedios, con lo que las líneas internas de autoridad comienzan a cuestionarse.

Con respecto al PRD, la élite política de este partido muestra un grado de cohesión limitado. En su seno predominan más las facciones que las tendencias; es decir grupos organizados que van del vértice a la base del partido. Empero la élite fundadora del partido, aunque poco cohesionada, sigue contando con una gran autonomía para imponer sus decisiones a los grupos restantes. Por otra parte, pese a que los intercambios horizontales y los compromisos entre las élites no siempre han sido estables, las diferencias no han estallado más allá de un umbral crítico permisivo para el propio partido.

Finalmente, con respecto al PAN la élite de este partido sí mantiene un buen grado de cohesión. Las fracturas que experimentó en 1991 no tuvieron un impacto decisivo en la estructura del partido y hoy parece caminar con éxito hacia su re institucionalización. Por otra parte, este partido muestra los compromisos más estables en el vértice de la organización. Por lo general, las decisiones del aparato central no son impugnadas o

contestadas, mostrándose una gran disciplina en sus filas así como líneas de autoridad no cuestionada.¹⁰⁸

La clase política centraba su accionar en redefinir una estrategia dirigida a reactivar la acumulación capitalista. Esta se encontraba convencida de que ese era el eje de estabilidad que primero debía lograrse. Y por lo tanto, sus preocupaciones respecto de la inestabilidad política o pérdidas de consenso se remitían a un segundo nivel de resolución que, y es capital captarlo, no demandaban una apertura ni mucho menos una transición del orden de la negociación con fuerzas políticas opositoras. Muy por el contrario, el mayor esfuerzo de "concertación" escenificado entre 1982- 88 se expresó en la organización de pactos neocorporativos entre Estado, Empresarios y la Burocracia sindical oficialista.¹⁰⁹

De esta forma deberíamos caracterizar a la administración 82-88, lo obvio sería que su rol político no tuvo nada que ver con gestar condiciones (positivas) de una transición democrática posible. Por el contrario, su énfasis privatizador gestó las bases de un rechazo popular a un autoritarismo que rebajó los logros sociales del desarrollismo y condujo, por otra parte, a retrotraer la condición social de amplios segmentos de la sociedad a situación de privación y empobrecimiento extremos.

Y que pasa si todos nos organizamos?, eso hablaría de la desaparición de las élites, si el factor principal de éxito y permanencia de una élite es la organización eso quedaría reducido a mero formalismo, creo que las normas sociales y culturales que permiten que una élite permanezca en el poder tiene que ver no sólo con la organización de esta élite si no con la forma de "desorganización" de la mayoría, esa aparente desorganización establece vínculos sociales que si son transgredidos forman barreras sociales de resistencia. O se tratara de un problema de legitimidad de la fuerza utilizada por la élite?

Existe una confusión entre los logros y maquinaciones del sistema, al parecer nos confunde la forma en que el PRI ha sabido manejar y cooptar a las organizaciones sin que podamos declaradamente decir que se trata de una pantomima, pues existe una base social que le apoya y entonces ¿dónde esta el truco, la trampa, el engaño?

¹⁰⁸ Cansino, César, **La Transición Mexicana 1977-2000**, Centro de Estudios de Política Comparada, AC, México, 2000, pág, 317-319

De la misma manera como antes se hablaba del socialismo como el ideal político o como la garantía de que los que hacia el partido era en beneficio de la población, ahora el discurso corre a través del río caudalosos de la democracia, donde esta es el ideal donde los ciudadanos tendrán las garantías de desarrollo y mejores niveles de vida. Parece que las interpretaciones sobre el cambio político en México han dejado de tener el tinte de crisis o transición desde el arribo de la hospicio al poder gubernamental en México, sin embargo considero que estas visiones si bien dejan ya de lado los antiguos marcos de análisis sociológica por un realidad que trasciende estos mismos marcos, no se trata de encontrar nuevos sino de reformular los que un están vigentes como podría ser el de Cansino que hace una distinción entre la liberalización y la democratización.

3.2 La Cultura Política de Clase Media

Gran parte de la sociedad no percibe las propuestas panistas como de derecha. La visión en torno al Partido Acción Nacional es neutra. Un estudio que realizó, próximo a publicarse, muestra que la población asocia la palabra PAN con términos como honestidad democracia y cambio, mientras el término PRI se vincula con corrupción. autoritarismo y algo anticuado. Al PRD si bien se le asocia con la palabra cambio también se le vincula con PRI.

El 2 de julio no hubo voto ideológico, coincide Enrique Alduncin, un experimentado encuestador sobre los valores de los mexicanos: "La geometría política la entiende sólo la mitad de la población. No es una sociedad ideologizada, es un híbrido muy raro entre derecha e izquierda que mantiene viejos rasgos que provienen del liberalismo del siglo pasado".

El voto por Fox permeó a todos los estratos sociales, incluidos los más pobres, según los sondeos. El voto desideologizado sorprendió a muchos y propició malas lecturas, de acuerdo con estos especialistas. No fue un repique a misa de domingo por la mañana ni un retorno a los valores tradicionales. Más bien votar por Fox se volvió un signo de modernidad. Muchos de sus votantes forman parte de ese 75.7 por ciento de los mexicanos -según una encuesta patrocinada por el IFE- que no quieren a los sacerdotes hablando de política desde el púlpito.

La luna de miel que los estratos medios vivieron con los primeros regímenes emanados de la Revolución y que tuvo su momento culminante con el alemanismo, entró en crisis en los sesenta. Se rebelaron los médicos y los estudiantes, miembros de esa clase media apapachada por el desarrollo estabilizador. Desde entonces no sólo fue confrontada políticamente sino que empezó a vivir un cíclico golpeteo a su bolsillo que la alejó no sólo del coche del año y la casa propia, sino de la universidad, su principal motor de movilidad social.

Dar educación superior a los hijos sigue siendo la gran aspiración -pero la menos cumplida- para estos estratos, según las encuestas de la UNAM y AMAI. Casi la mitad de los mexicanos considera que no tuvo la educación que deseaba. Son estos sectores golpeados los que hoy engordan la clase media baja.

Y en lo social, ¿tiempos modernos? Cuarenta años después de que emigró del campo a la ciudad, este grupo social parece haber adoptado valores y estilos de vida más cercanos a la modernidad. No sólo pasó de la nieve de elote a las zaramoras de los helados Holanda, o en lo político de la adulación pública de la figura presidencial y la maledicencia privada a la crítica en los dos ámbitos, sino que el individualismo y la preponderancia de lo material ha hecho que ante la disyuntiva de gastar un ahorro para los 15 años de la hija o emprender un buen negocio, 65 por ciento de los mexicanos opten por lo segundo, dejando de lado la presentación de la niña en sociedad.

Unos miran el escenario con terror y otros con optimismo, pero los jóvenes, y sobre todo las mujeres, empiezan a colocar en el centro de su interés al individuo sobre la familia durante décadas eje de la sociedad mexicana, según las encuestas de Alduncin realizadas entre jóvenes capitalinos. Ellas, desde los setenta disponen masivamente de anticonceptivos, lo que les permitió incorporarse al mercado laboral. Hoy aspiran, tanto como los varones, a convertirse en profesionistas o, en su defecto, empresarias. Ni hablar de lavar platos y pañales.

En esta apertura hedonista la cultura del ocio gana terreno principalmente entre los sectores medios. Y aquí están jugando un papel muy importante los centros comerciales, que han redefinido los espacios urbanos concentrando todas las ofertas posibles para el

tiempo libre. El cine, el café, la tienda departamental, la comida rápida... concentrados en un espacio que ofrece la sensación de seguridad. El estilo de vida que tiene como eje el consumo, luego existo, se ha ligado al placer. Pero ante una realidad que no permite ser *totalmente Palacio* -por los 2 mil pesos que cuesta un traje sastre- siempre está la alternativa de las baratas o del tianguis de los domingos.

Distantes de poderse financiar un viaje a San Antonio, pero nunca dispuestos a revolversse con la clientela de El Rollo -un balneario popular cercano a la ciudad de México-, los sectores medios mexicanos se quedan el fin de semana a ver la televisión, y cuando salen, visitan a la familia o van al cine, indica Alduncin. No es casual que en la última década se haya dado un rencuentro entre los sectores medios y el cine mexicano con películas como *Sólo con tu pareja*, *Cilantro y perejil* y *Sexo, pudor y lágrimas*, que reflejan conflictos de las clases medias. Con todo, su educación sentimental sigue teniendo como origen las telenovelas y el cine hollywoodense, de donde proviene 96 por ciento de las películas que se exhiben en el país, comenta Rafael Montero.

Pero el nuevo gusto por la vida coexiste con el fatalismo. Todavía un sector de la población sigue pensando que el hombre propone y Dios dispone. El estrato medio bajo, según Alduncin, es más fatalista incluso que los marginados. En ese grupo sólo un tercio piensa que la vida esta en sus manos más que en las de Dios. En la medida que hay una mayor escolaridad e ingresos la percepción de descontrol disminuye. Sin embargo hay visiones de la vida donde los estratos más altos y más bajos se tocan. Son estos polos donde se sostiene la tradición. Los estratos medios altos y medios-medios incorporan con mayor facilidad la modernidad a sus vidas.

En esta lucha entre tradición y modernidad no es extraña la elección de un líder premoderno y posmoderno a la vez como Vicente Fox, dice el escritor Juan Villoro porque al mismo tiempo que es un patriarca rústico, bronco y campechano habla de *head hunters*, calidad total y vende un México de una modernidad que no hemos conocido.

CONCLUSIONES

Parece que las interpretaciones sobre el cambio político en México han dejado de tener el tinte de crisis o transición desde el arribo de la oposición al poder gubernamental en México, sin embargo considero que estas visiones si bien dejan ya de lado los antiguos marcos de análisis sociológico por una realidad que trasciende estos mismos marcos, no se trata de encontrar nuevos sino de reformular los que ya están vigentes como podría ser el de Cansino que hace una distinción entre la liberalización y la democratización.

El nacionalismo es un elemento medular para reconocer las actitudes de las élites. Un ejemplo de ello lo tenemos en las campañas electorales de los candidatos a la presidencia del 2000, la privatización de PEMEX y la "exportación de mano de obra calificada" fue uno de los argumentos utilizados en contra de Fox por Labastida pero ¿Qué sucedió? que simplemente la "ciudadanía" se volcó en Fox.

Estas conclusiones son más bien un listado de hipótesis y sugerencias en torno al complejo campo de la cultura política en las élites, creo que, como señala, Pye, las culturas tienen series complementarias de valores, esto es, la tecnocracia como parte de los actores del sistema político ha establecido una guerra con valores tradicionales. Sin embargo no es simplemente que las decisiones del comportamiento político sean implementadas de manera maquiavélica por las élites, sino que precisamente las élites reflejan las contradicciones mismas de la sociedad, por un lado tenemos a un Priísmo

anquilosado en los restos de la familia revolucionaria y otro Priísmo encaminado a democratizarse como único medio para sobrevivir en este nuevo contexto donde sí, las reglas del juego han cambiado, aunque sea de manera meramente formal, los mecanismo de rotación de élites han dejado de estar en manos de la élite dominante, pero creo que lo que ha sucedido ha sido una ampliación de las élites, esta ampliación ha ocasionado una erosión en los fines y medios convenidos y aceptados de manera tradicional por la antigua élite. La permanencia de la vieja élite en esta otra nueva y grande imprime un sello particular y contradictorio en las tareas políticas que se desempeñan. Y presenciamos la capacidad camaleónica de los antigua élite para permanecer con otro aspecto dentro de las esfera de la toma de decisiones y dentro de las primeras opciones de gobierno que los mexicanos puede elegir. En este sentido la antigua élite muestra una vez más su sorprendente capacidad de adaptabilidad al cambio y su fuerte cohesión interna, esto a pesar de las fuertes fracciones que ha sufrido el PRI, sigue siendo uno de los más fuertes e importantes actores de la vida política y social actual. La muerte del PRI y de la vieja élite esta muy lejos de morir, esta muy lejos de extinguirse, la capacidad que ha mostrado esta para adaptarse y reclutar nuevas estrategias y miembros es prueba de por que se ha mantenido en el poder durante tantos años.

El estudio de Camp, sobre lo que podríamos llamar el perfil del político que gobierna, nos sentenciaba una tecnocratización de las filas de gobernantes importantes en México, sin embargo ¿cómo explicar el triunfo de la derecha en México? Con un presidente que acaba de obtener su grado de licenciado en la Ibero, el único criterio que corresponde aquí es de la importancia de las escuelas privadas en la movilidad de las puestos.

Me parece que las hipótesis son muchas y lo único que hemos hecho aquí es exponer las razones y vínculos importantes para el estudio de la cultura política. Sigo pensando que los valores tradicionales están explícita y claramente presentes en el comportamiento de las élites, Puede pensarse que talvez sea la forma de recuperar la eficiencia del sistema mediante métodos antiguos, o bien que se pretende involucrar a la mayor parte de las masas activas y politizadas a la incorporación del nuevo modelo moderno de hacer política.

Los tecnócratas forman parte todavía de la élite y están ejecutando y decidiendo programas y políticas, no se puede pensar ingenuamente que las elecciones han

cambiado de modelo, creo que las elecciones dieron un respiro necesario a la élite, esa amplia élite que se ha gestado desde los setentas y que ahora ha delegado, creo yo que sólo por un momento, el poder en la derecha. No quiero decir que las elecciones sean una pantomima, pero si los discursos y las reivindicaciones de cambio TOTAL, el ya basta no es una ruptura con el modelo de modernización, ni es un compromiso mayor con los movimientos y actores, es una rotación obligada del sistema para no descomponerse totalmente.

Creo que el sistema político es el mismo que hemos conocido desde hace más de 30 años, los actores han cambiado y de ahí la relevancia del estudio de las élites. Hay que *personalizar*, la política, esta no ha dejado de ser la estructura de contienda, ni el estado ha dejado de ser el depositario de las demandas, no ha dejado de existir ni de tener vigencia, quien así lo piense sólo disfraza la evidencia que se presenta contundentemente ante nosotros. El sistema sigue siendo contradictorio, con el PAN en el gobierno se han instaurado las viejas consignas nacionalistas y tradicionales que tan fehacientemente los Priístas trataron de cataflixiar con los valores modernizante de la eficiencia y la productividad, el individualismo y la competitividad.

El PAN ofrece la misma línea política del PRI pero con una legitimidad conocida únicamente en la época del nacionalismo revolucionario y del corporativismo fuerte. La élite parece decir " ya basta , que el PRI se como el pastel solo y nos deje en segundo lugar, ya basta de ser los segundos, ya basta de soportar que el priísmo, sigamos igual pero con rostro distinto", por su parte la ciudadanía parece decir "ya basta de PRI, si pero vamos despacio, sin prisa y sobre todo sin cambios contundentes.

La *profundización de la democracia* sólo puede lograrse en el contexto de una sociedad liberada de la *dominación*. Pero esta liberación no puede ser considerada como una trascendencia absoluta del presente, sino que debe ser entendida como una intervención social que tiene en cuenta, como hecho incontrovertibles, la diferenciación en esferas sociales que caracteriza a las sociedades modernas

Por último me gustaría señalar algunas ideas entorno a la modernidad para Touraine, para este autor, en primer lugar la dicotomía entre el sistema (lo universal, lo público, la razón) y el actor (lo particular, lo privado, los sentimientos y los intereses). El modo de

disolver esta dicotomía es dejar de pensar en sus términos y comenzar a pensar a lo social como relaciones sociales.

En términos históricos, la era moderna es para Touraine la era del sujeto. Para Touraine, las sociedades avanzadas se caracterizan por ser partícipes de un nuevo sistema de acción histórica, en el centro del cual se encuentra unas orientaciones culturales que, de manera general, pueden unificarse en torno al tema del sujeto: la posibilidad de construir la persona, la personalidad (en otras palabras, a participar activamente en la construcción de las identidades que dejarían cada vez más de ser adscriptas y serían cada vez más radicalmente adquiridas). Este tema del sujeto se ve potenciado en las sociedades avanzadas porque se trata de sociedades dominadas por la producción masiva de bienes simbólicos, informaciones imágenes y lenguajes.

El tema del sujeto como una instancia para comprender a las sociedades avanzadas no aparece en las teorizaciones sociológicas clásica, incluso Parsons, porque incluso en estas teorizaciones, la posición misma de los actores dentro de las estructuras sociales no aparece como una construcción, sino como un proceso mediante el cual, gracias a procesos objetivos, el individuo queda inscrito dentro de un sistema de estatus-rol como diría Parsons. En esta medida, el orden social, podría ser descrito a partir de los invariantes estructurales que definen el sistema social: pautas culturales, contradicciones fundamentales, etc.

En este intento de teorización, donde la sociedad como ente da lugar a lo social como proceso continuo, resultan centrales los conceptos de "historicidad", "movimiento social" y "sujeto". Estos tres conceptos tratan de captar la mutación esencial que sufren las sociedades avanzadas: su gran capacidad para actuar sobre sí mismas (para redefinir sus metas, para producir instrumentos de intervención para modificar situaciones sociales, para modificar el ambiente físico, y, en consecuencia, las relaciones que han de establecerse con él) que conduce a la posibilidad de reorientar las prácticas sociales y culturales, redefinir las relaciones de poder y las formas del conflicto social.

Como señalamos, en las sociedades avanzadas, los modelos culturales existentes en el centro de su historicidad pueden definirse en general como orientados hacia el tema del sujeto: hacia la posibilidad de construir autónomamente la propia identidad, la propia

personalidad, a desafiar las determinaciones estructurales (que también son determinaciones del poder). Los modelos u orientaciones culturales no son para normas o valores concretos, destinados a ser socializados entre los individuos. Son, más bien, construcciones discursivas-simbólicas de un alto nivel de generalidad, que pueden ser apropiadas (e interpretadas) de manera diferencial por diferentes actores.

El conflicto, para Touraine se ubica, precisamente en torno a esa apropiación sobre los modelos culturales. Porque para Touraine, la apropiación sobre los modelos culturales para darles una orientación específica (o una interpretación) es efecto, ante todo, de relaciones asimétricas de poder. Tenemos así actores que se convierten en agentes, gestores del modelo cultural, participantes activos en su instrumentación dentro de las relaciones sociales, y actores que se convierten en sujetos dependientes de la acción de los agentes activos, pero que, al mismo tiempo, se esfuerzan por desprender a los modelos culturales de la particular orientación que les imprime el poder social dominante.

Finalmente, existen acciones colectivas que pueden ser definidas como "propuestas modernizadoras". Estas acciones colectivas son ya más generalizadas, porque no se circunscriben al ámbito de una organización o de una estructura decisional, sino que afectan al conjunto de la sociedad y, por lo tanto, éstas acciones se vinculan con el cambio social.

En primer lugar, el movimiento social, es una categoría analítica que, en buena medida, es construcción del investigador¹¹⁰, por lo que la definición de una acción colectiva no depende de lo que los actores afirmen conscientemente sobre el sentido de su acción. La identificación de una acción colectiva como movimiento requieren que el investigador identifique los modelos culturales vigentes dentro de una sociedad (cosa que sólo puede hacer al mismo tiempo que estudia las acciones colectivas). A partir de esta identificación se trata de situar aquellas acciones colectivas que, más allá de sus reivindicaciones concretas (reformistas o revolucionarias), en su práctica representen un cuestionamiento de la dominación, es decir un cuestionamiento de la orientación hegemónica que existe en

¹¹⁰ Es esta naturaleza del término "movimiento social", lo que llevó a Touraine a fundamentar la investigación sociológica según la metodología de la intervención social. En esta metodología, el investigador y los miembros de una acción colectiva establecen un pacto, mediante el cual, el investigador obtiene los insumos empíricos que le permiten continuar con su programa de investigación, y los actores reciben insumos de conocimiento que les permiten potenciar sus acciones al adquirir consciencia de la dimensión histórica de su acción.

la sociedad sobre sus modelos culturales. Así, en el terreno del conflicto no nos encontramos con el enfrentamiento entre dos modelos de sociedad distintos, sino con dos versiones distintas conflictivas sobre la implementación de un mismo (o de unos mismos) modelos culturales: “El movimiento juvenil, por ejemplo, no es hostil, hacia la sociedad de consumo; plantea una versión distinta en relación con los objetos de consumo: el disfrute, la expresión, la imaginación. El conflicto es entre esta versión y la visión tecnocrática de un mundo de objetos”.

El movimiento social funciona así, para Touraine, como un concepto analítico para señalar la forma en que se producen los conflictos en las sociedades con altos niveles de historicidad. Una cosa un tanto diferente es identificar al **actor del movimiento social**. Para ello se proponen tres criterios analíticos que pueden ayudar en esa tarea:

- El principio de identidad, por medios del cual el actor da una definición de sí mismo. Sin esta definición, el movimiento social, quedaría atrapado como mera potencialidad analítica, pero no se actualizaría como acción social
- El principio de oposición, por medio del cual, el actor puede dar una definición de aquello a lo que se enfrenta; aquello frente a lo cual se afirma la identidad. Tanto el principio de identidad, como el principio de oposición sólo pueden aparecer en el seno de un conflicto social. La presencia de las desigualdades sociales en el seno de las sociedades es lo que hace posible un potencial de conflictos en las sociedades modernas. Es en torno a esos conflictos que surgen actores que reclaman una identidad, y definen a aquellas fuerzas que, o bien les impiden constituir plenamente su identidad, o bien, tratan de minar esa identidad.
- Pero si bien todos los conflictos pueden generar actores colectivos, el actor específico del movimiento social sólo aparece cuando el conflicto se localiza en el terreno del modelo cultural que orienta la historicidad de la sociedad. Por ello para Touraine el tercer principio que ayuda a identificar al actor de los movimientos sociales es el de totalidad. Los movimientos sociales se orientan hacia la totalidad del sistema de acción histórica. Si bien el conflicto puede aparecer en uno de los ámbitos del este sistema, el movimiento social tiende a cuestionar el o los modelos culturales que orientan la acción del sistema de acción histórica en su totalidad.

El sistema político, se ubica, así, en un segundo nivel de análisis posterior al de la historicidad y al del sistema de acción histórica. Es mediante el sistema político que la

historicidad se concretiza, o de otra manera, es el mecanismo mediante el cual se produce la unidad concreta que resulta de la diversidad potencial contenida en la historicidad. "El sistema político es un sistema institucional pues regula, ordena y gestiona a la sociedad, sus relaciones y recursos mediante la elaboración de decisiones que sanciona una autoridad legítima".

De esta caracterización general del sistema político debemos descender al asunto de las relaciones que se establecen entre el mismo y otros elementos de lo social que nos permitirán entender más acertadamente el papel del sistema político. El sistema político se define en relación con tres elementos:

- En relación con la clase dominante (definida como la que hegemoniza la orientación del modelo cultural ubicado en el centro de la historicidad). La clase dominante es la que otorga unidad al campo político.
- En relación con los actores institucionales (las fuerzas políticas) que representan grupos de interés.
- En relación con los problemas sociales, que son la expresión de los que el sistema de acción histórica transcribe en el sistema político. (pp. 100-101)

Se pueden pensar diferentes situaciones sociales según el estado de las relaciones que conserva el sistema político hacia estos elementos. La cuestión central para Touraine es la de la autonomía del sistema político. Mientras más abierto sea un sistema político, es decir mientras menos autónomo sea el sistema político con respecto a las fuerzas sociales, más dependiente es de las relaciones de clase que operan en la sociedad. En otras palabras, tiende a más a reflejar en su seno el conflicto de clases. Ello es así, porque las fuerzas políticas participan en él sin restricciones: "el sistema tiende a representar los intereses de distintos grupos sociales y, en última instancia, de las clases". (pp. 101-102) Por otra parte, mientras más cerrado es un sistema político, es más autónomo con respecto a las fuerzas sociales; por tanto, tiende a reflejar menos la diversidad contenida en la historicidad y a identificarse con el Estado. De este modo, el sistema político tiende a privilegiar la unidad de la sociedad y refleja así los intereses de grupos más preocupados en defender un orden, que en potenciar el desarrollo económico (el despliegue de la historicidad).

Una dominación férrea de la clase dominante se traduce en una mayor autonomía del sistema político y, por tanto, una menor dependencia de las fuerzas sociales que operan en el campo de la historicidad (es decir, se deja un menor campo de acción para los movimientos sociales). Esto se traduce en una mayor capacidad del sistema político para producir integración mediante una fuerte intervención estatal. "En este sentido, el sistema político como integrador, rechaza como ilegal lo que resulta amenazante o conflictivo para la clase dominante mediante mecanismos de control social".

Los actores políticos, al orientarse al sistema político, se orientan hacia la gestión de lo social, hacia la producción de integración social y, en esta medida, a la reducción de los conflictos. En cambio, los movimientos sociales se orientan hacia la historicidad, hacia la potenciación de la diversidad y los conflictos que yacen en el seno de las luchas por la apropiación de los modelos culturales.

Según Touraine, en los países latinoamericanos, el Estado predomina como interventor social y político sobre la sociedad. Es el Estado el que produce a la sociedad y no los actores sociales autónomos. Esto produce una "política de participación", en donde las fuerzas sociales son definidas mediante términos unificantes como "el pueblo". En esta política de la participación, no existen intereses diferenciados según diferentes actores sociales, sino intereses globales de una nación que, en consecuencia, sólo pueden ser perseguidos por instancias unificantes como el Estado.

En este sentido, para Touraine, el "tránsito a la democracia" en los países de la región puede considerarse como el paso hacia una "política de representación", en la que se haga posible la expresión de conflictos, de intereses diferenciados, de visiones alternativas sobre la aplicación de los modelos culturales vehiculizados por movimientos sociales. La democracia, así, para Touraine supone la separación y la autonomización del sistema político de representación con respecto al Estado: "Un síntoma de esta distancia es la aparición de partidos políticos más independientes del Estado o de los actores sociales. Asimismo, dicha separación se puede observar en la importancia creciente que toman las instituciones jurídicas como las cortes de justicia o los tribunales constitucionales".

El tránsito a la democracia, no puede, sin embargo, concebirse como una autonomización absoluta del sistema político con respecto a las fuerzas sociales, de manera que el sistema de partidos se convierta en un mero mercado político. Esta es una situación de sobredesarrollo político en la que “se desarticula la acción económica y social de la acción política. Esto significa que no existen los mecanismos que vinculan transformaciones de una con las otras”.

Así, la democracia se define como un régimen político que contiene cuatro rasgos centrales:

- un espacio político.
- la separación del sistema político con respecto al Estado.
- un principio de igualdad.
- una pluralidad de grupos de intereses reconocidos.

El planteamiento general de estas conclusiones consiste en que ante el poder aparentemente sin contrapeso de las leyes del mercado y de los grandes capitales del mundo globalizado, la sociedad civil sólo puede oponer su fuerza identitaria, es decir, la recreación, ahí en donde aún no está completamente roto el tejido social. Se trata de formas compartidas que tienden a la construcción y defensa de identidades colectivas y mecanismos de interacción y comunicación, que tengan como resultado la consolidación del poder social; pero el planteamiento agrega que el camino privilegiado para acercarse a ello tiene que tomar en cuenta el hecho de que los esfuerzos productivos, culturales, de organización ciudadana, política, religiosa, etcétera, siempre lograrán un mejor éxito cuando se encuentran enraizados territorialmente. La gente pertenece a un lugar, tiene noción de los límites de lo que considera su espacio colectivo social y lo defiende, es capaz de invertir una parte de sus recursos en afecto, no se limita al mero cálculo privado, al mero interés con respecto a fines personalizados y considera como mayor ganancia el apoyo compartido, la solidaridad grupal ante la amenaza exterior y ante la violencia generalizada que se han convertido en el distintivo de nuestra época.

BIBLIOGRAFÍA

Alcantara, Saez, Manuel, "Gobernabilidad, Crisis y Cambio", Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994.

Almond Gabriel A. y Verba Sidney, "La cultura Cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones", EUROAMERICA, Madrid, 1970.

Blanco, José; *Política económica y lucha política (un examen de la coyuntura mexicana)* en "México ante la Crisis" González Casanova y Aguilar Camín (coords.), Siglo XXI, México, 1985

Bobbio, Norberto, **El filósofo y la Política**, FCE, México, 1996

Bolos, Silvia, **La Constitución de Actores Sociales y la Política**, UIA-Plaza y Valdés, México, 1999

Camp, Roderic, **Los líderes Políticos en México**, Ed. Siglo XXI, México, 1993

Camp, Roderic AI, *La Política en México*, Siglo XXI, México, 1995

Camacho Solís, Manuel, "La crisis en el Sistema Político Mexicano (1928-1977)", en **Los modelos históricos del Sistema político Mexicano**, Revista del Centro de Estudios I., Colmex, México , 1977

Cansino, César, **La Transición Mexicana 1977-2000**, Centro de Estudios de Política Comparada, AC, México, 2000

_____, **Democratización y Liberalización**, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática , No. 14, IFE, México, 1997

Carnoy, Martín, **El Estado y La Teoría Política**, Alianza Editorial, México, 1993

Carpizo, Jorge, **El Presidencialismo Mexicano**, siglo XXI, México

Cfr.-, L. girola Molina y M. Olvera Serrano, "Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años", en **Sociológica**, No. 24, enero-abril México, 1994

Cosío Villegas, Daniel; **El sistema político mexicano** , Joaquín Mortiz, México, 1987

De la Peña, Guillermo, **¿Una nueva Cultura Democrática?** En Aziz y Tamayo (coords.) "El nuevo Estado Mexicano" Vol. IV Estado y Sociedad, Editorial Patria, México, 1992

Deutsch, Karl W., **Política y Gobierno**, FCE, México, 1993

Eder, Klaus, *La paradoja de la "cultura". Más allá de una teoría de la cultura como factor*

consensual en **Zona Abierta** 77/78 ARCE, España, 1996.

Espinoza, Ricardo, *Superpresidencialismo y presidencialismo* en "La Ciencia Política en México", FCE, México, 1999

Fernández Reyes Otto, ***Política, Economía y Subjetividad: de la transición posible a la consolidación improbable***, Sociológica, No. 19, UAM-Azcapotzalco, México, mayo-agosto

_____, ***El Régimen Político Mexicano: Prisionero de sus Dilemas***, CONVERGENCIA, FCP y AP, Año 1 No. 3, Junio, México, 1993

Garrido, Luis Javier, "Las quince reglas para la sucesión presidencial", Grijalbo, México, 1987

_____, "El partido de la Revolución Institucionalizada: La formación del nuevo Estado en México (1928-1945), siglo XXI, México, 1985

Giacomo, Sani, "Cultura política", en *Diccionario de Ciencia Política*, a cargo de Bobbio y Metteucci, tomo I, siglo XXI Editores, México, 1981.

Held, D., "Modelos de Democracia", Alianza Editorial, México, 1992

Lechner, Norbert, "Las transformaciones de la política" en ***Revista Mexicana de Sociología***, Instituto de Investigaciones Sociales, Vol. 58, núm. 1, enero- marzo, 1996.

Meyer, Lorenzo; ***Fin de Régimen y Democracia Incipiente***, Océano, México, 1998

Mires, Fernando, ***La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad: la revolución feminista, la revolución ecológica, la revolución política, la revolución paradigmática***, Ed. Nueva Sociedad, Venezuela 1996.

Mirón Lince, Rosa María y Pérez Germán; *López Portillo un sexenio de auge y crisis* en "Evolución del Estado Mexicano: Consolidación 1940-1983", Tomo III, El Caballito, México, 1991

Mitchell, William C., Concepto de sistema político en ***Enciclopedia de las Ciencias Sociales***. Vol. VI.

Michels, Robert, ***Los Partidos Políticos*** Tomos I y II, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1991

Moran, Luz María, *Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural*, en ***Zoña Abierta*** 77/78, ARCOS, España 1996.

Mosca, Gaetano, "La Clase Política", FCE, México, 1984

Mouffe, Chantal, "Liberalismo, Pluralismo y Ciudadanía Democrática", *Colección Temas de la Democracia, Serie Ensayos, No. 2*, IFE, México, 1997

Pareto, Vilfredo, "Forma y Equilibrio Sociales", Alianza Editorial, Madrid, 1980

Pérez Yruela, Manuel y Salvador Giner, "Corporatismo: el Estado de la cuestión", REIS, No. 31, Madrid

Pardo Avellaneda, Rafael, *El "neocorporatismo" como paradigma de la Sociología Política*, ARBOR, No. 494, Febrero 1987.

Pye, Lucian, el concepto de Cultura Política en **Enciclopedia Internacional de la Ciencias Sociales**, Vol. 3.

Smith, Peter H., **Los Laberintos del Poder: El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971**, COLMEX, México, 1981

Touraine, Alían, **Producción de la Sociedad**, UNAM-IFAL; 1995